



Silvia
García
Ruiz

*Juego de
conquista*

Hermanas Withler, 2

zafiro[♥]

Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Biografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita **Planetadelibros**
una
nueva forma de disfr

¡Regístrate y acced

exclusiv

Primeros ca
Fragmentos de próxim
Clubs de lectura cc
Concursos, sorteos y
Participa en presenta

PlanetadeLil

Comparte tu opinión en
y en nuestras red



Explora

Descubre

Capítulo 1

Las afueras de Londres, 1802

El campamento gitano, con sus coloridos carromatos agrupados en torno a una enorme fogata y sus gentes llenas de vida, que cantaban y bailaban por

doquier, era un estallido de luces y fiesta que cobraban vida en mitad de la noche. Para cualquier extraño, se revelaba como un mundo mágico; para un joven de apenas catorce años, representaba toda una nueva aventura.

Ese día había sido su cumpleaños y William se hallaba extasiado enseñando a sus amigos su más preciado presente: una moneda que su querido abuelo le había regalado y por la que, sin duda, había pagado una pequeña fortuna, ya que se trataba de una auténtica moneda romana de oro, un *aureus*, que portaba un grabado del rostro solemne de César en el anverso y, en el reverso, la famosa

frase latina que él mismo pronunció ensalzándose por su rapidez en la victoria de la batalla de Zela: «Veni, vidi, vici».

Era, definitivamente, el día más dichoso para William, un joven adinerado colmado de regalos, con un futuro prometedor y que, como colofón, había hallado en un terreno cercano un pequeño campamento gitano.

Aunque sus mayores le habían advertido una y otra vez acerca de lo taimados que eran estos personajes, él siempre había querido aventurarse en su mundo para ver bailar a las bonitas y salvajes mujeres alrededor del fuego. A

sus jóvenes oídos habían llegado los rumores de lo apasionadas que podían llegar a ser. ¿Cómo le sonreiría la fortuna ese día? Quizá pudiera tener a su primera mujer esa noche y que ésta fuera una bella y fogosa cingara.

Cuando William y sus compañeros llegaron junto a la hoguera, un niño harapiento atendió sus monturas y el jefe del clan salió a recibirlos o a echarlos del lugar, cualquiera sabía lo que podía pasar entre gitanos y nobles si no había dinero de por medio, así que William sacó pecho y reveló su título nobiliario lo primero, pero no para parecer importante, sino para demostrar que sus

bolsillos no carecían de parné.

—Buenas noches, jóvenes, ¿qué les trae a mi humilde campamento? —preguntó un hombre de mediana edad vestido con ropas más elegantes que los demás y con un pendiente de oro en la oreja izquierda.

—Soy lord William Turner, futuro conde de Wilmore. Pasábamos cerca de aquí cuando vimos vuestras luces y oímos vuestra música. Como nosotros también estamos de celebración, hemos decidido unirnos a vuestra fiesta, si nos lo permitís —respondió William con firmeza, sin dejarse intimidar por la presencia de los gitanos.

—¿Y puedo preguntaros, excelencia, qué estáis celebrando en este día tan señalado para nosotros? —quiso saber el patriarca del clan con un ligero tono de burla ante la bravura de un joven tan arrogante.

—Mi cumpleaños, señor —contestó William, muy formal.

—Llámame Giorgio —repuso el jefe gitano—, a mí lo de señor me sobra. Lamento decirte que nosotros también estamos celebrando un cumpleaños: el de mi ahijada Jack. Hoy cumple nueve, y para ella también es un día muy importante. No creo que quiera que ningún joven le haga sombra en su fiesta,

así que, antes de que te dé mi aprobación, tendrás que hablar con ella y pedirle su permiso para unirte a nosotros.

—Bien, ¿y dónde se encuentra ella para que pueda solicitarle su conformidad?—inquirió William, algo molesto por tener que pedir autorización a una niña pequeña.

—Allí, bailando junto al fuego —contestó Giorgio con una pícaro sonrisa mientras señalaba una pequeña figura que se movía alrededor de la fogata.

William se preguntó durante unos instantes por qué sonreía Giorgio ante la idea de que viera bailar a una cría de tan

sólo nueve años. Cuando comenzó el baile, lo comprendió. Era como si ella formara parte de las llamas; danzaba con una pasión única, y no parecía una niña, aunque tampoco era una mujer, sino que se asemejaba a un ser fantástico, mágico, cautivador, que hechizaba con su baile y comunicaba con él su alegría o su dolor.

La música empezó bulliciosa y sus movimientos transmitieron alegría y deleite. Incluso él, que no sabía cómo moverse, quiso danzar junto a ella. Pero cuando la guitarra expresó su llanto y los movimientos de ella se tornaron tristes y melancólicos como si con ese

baile expresara todo el dolor de su alma, William se encontró a punto de llorar por la joven, quien finalmente acabó su danza derrumbándose en el suelo como si el mundo la hubiera abatido.

William se adelantó unos pasos hacia ella instintivamente con el fin de ayudarla, cuando la música cesó y ella se levantó, alegre y feliz como si no hubiera sucedido nada.

—¿Y bien, Giorgio? Ya he bailado para ti. Ahora, ¿dónde están mis regalos? —preguntó la chiquilla ignorando a los jóvenes lores.

—No tan deprisa, pequeña; antes de

proseguir con tus festejos, tengo algo que preguntarte —intervino Giorgio señalando a William.

—¡No me digas que me has vuelto a prometer con otro muchacho desagradable! —exclamó molesta la cría sin dejar de repasar a William con la mirada—. Pues te diré lo que ya te he dicho mil veces: ¡yo nunca me casaré! Aunque éste es mucho más guapo que el último —concedió la pequeña Jack—. Giorgio, vas mejorando, pero sólo soy una niña. No quiero novios, quiero juguetes y golosinas, y cosas bonitas.

—No, cielo —repuso Giorgio entre risas—, éste no es para ti, éste es un

caballero; demasiado hielo en sus venas para una pelirroja como tú.

William se ofendió al verse descartado de un modo tan poco favorecedor. Aunque jamás imaginaría siquiera casarse con esa niña, no le gustaba que lo trataran como ganado, a él, un lord, alguien que sin duda alguna estaba muy por encima de esos gitanos.

—Entonces, ¿qué hace él aquí? —inquirió la pelirroja mientras sus ojos verdes brillaban con furia—. ¿No vendrá a echarnos? Porque resulta que ésta es tierra de nadie y por ahora no pertenece a ningún lord.

—No, fierecilla, no viene a

echarnos, sino a hacernos una petición. A ti en concreto —contestó Giorgio echando a William a los lobos.

—¿Qué quieres? —preguntó Jack con insolencia.

—Soy lord William Turner, futuro conde de...

—Me importan muy poco tus títulos —lo interrumpió ella—, lo que quiero saber es por qué has irrumpido en mi fiesta de cumpleaños.

—Hoy también es mi natalicio y quería preguntarte si puedo celebrarlo con vosotros —declaró William, ofendido, pero mordiéndose la lengua para no contestar a esa mocosa tal y

como se merecía y evitar así ser expulsado del campamento.

—¿Eso es todo lo que quieres hacer? ¿Beber y bailar con nosotros? ¿O hay algo más? —interrogó la pequeña señalando a las bailarinas de más edad que sin duda se dedicaban también a otros quehaceres menos honrosos.

William miró hacia Giorgio en busca de ayuda, pero éste simplemente se encogió de hombros y lo ignoró, y William respondió lo que pensó que horrorizaría menos a una niña de nueve años. Después de que las palabras salieran de su boca, supo que todas y cada una de ellas habían sido un error.

—Tan sólo quiero celebrar mi cumpleaños con mis amigos, beber, jugar y bailar un rato. Tal vez tú no lo comprendas, pero, para un hombre, sus cumpleaños son muy importantes.

Los ojos de la pelirroja se llenaron de furia, pero su voz fue suave y dulce a la hora de emitir su veredicto sobre su presencia en ese lugar.

—Oh, claro que lo comprendo. Como es tan importante para ti celebrar tu cumpleaños con nosotros, te lo permitiré, así que bebe, juega y baila... pero sólo eso —señaló, amenazándolo con sus intensos ojos verdes—. Giorgio, si hacen algo que no sea beber, jugar a

juegos de azar o bailar, échalos sin miramiento alguno.

Tras estas palabras, la fogosa pelirroja le dio la espalda echando la larga melena de rizos rebeldes por encima de su hombro, que a punto estuvo de golpear el rígido rostro de lord William.

A pesar de los límites impuestos por la temperamental chiquilla, William decidió celebrar su cumpleaños allí, así que se sentó en un rincón cercano al fuego y brindó con Giorgio y los demás gitanos mientras observaba los bailes de las cingaras. Luego jugó y apostó a los dados y a las cartas, y se dejó leer el

destino por una anciana, que le aseguró que una bella mujer le robaría el corazón y que triunfaría en la vida.

La malcriada pelirroja continuó su celebración ignorando al lord, pero continuamente volvía su rostro enfurruñado hacia éste mostrándole su disgusto por su presencia.

En un momento de la noche, cuando los ánimos estaban más exaltados por las bebidas, las bailarinas rodearon al cumpleañosero.

—¿Queréis ver el regalo máspreciado de todos? —preguntó el joven noble avivando el interés de las bailarinas, que se sentaron alrededor de

éste y sus amigos para ver tan estimado tesoro.

—Ésta es la moneda más valiosa del mundo; perteneció al Imperio romano. En un lado se puede ver el rostro de Julio César, un gran conquistador, y, en el otro, la célebre frase que pronunció ante el Senado tras la rápida victoria en la batalla de Zela para recordarles su destreza militar: vine, vi y vencí. Tan sólo se acuñaron quince monedas como ésta. Todas ellas fueron encargadas por el propio Julio César y repartidas entre algunos miembros del Senado para que nunca olvidaran su triunfo.

—Un poco arrogante, pero ¿qué se

puede esperar de un hombre? —declaró la pequeña pelirroja mientras se acercaba a admirar el tesoro de William.

—Era un gran hombre, muy poderoso —continuó contando William sin hacer caso a Jack—; cuando veía algo que le interesaba, lo obtenía sin importarle nada más. Se centraba en el objetivo hasta alcanzarlo, para dar una gran victoria a los suyos. Era un magnífico militar y estratega.

—O un maravilloso tirano. ¿Qué pensarías de un hombre que te quitara algo que te pertenece tan sólo porque lo vio y le gustó? —preguntó Jack,

expectante ante su respuesta.

—Pienso que, si no puedo proteger lo que es mío, no merezco tenerlo — contestó el lord con altivez burlándose de la pequeña mientras lanzaba la moneda al aire exhibiendo su amada pieza.

Los ojos verdes de la pelirroja relucieron con furia, sintiéndose retada, y William se rio de la cría, que nada podía hacer por arrebatarse lo que era suyo, ya que él era más grande, más poderoso, más fuerte y, sin duda, más astuto.

—¿No crees que te has pasado un poco, Jack? —preguntó Alex a su pícara hermana mientras se alejaban en una de las carretas de gitanos camino de la ciudad.

—¡No! ¡Se lo merecía por arrogante y orgulloso! —repuso con una sonrisa ladina la pequeña pelirroja, sentada en la parte trasera del carronato.

—Pero lo que hiciste con sus pantalones no fue justo —señaló la pequeña Nick, de apenas siete años.

—Así se le bajarán esos humos de conquistador que tiene. Además, yo no se los quité, eso lo hizo Marco, yo sólo los ubiqué en un nuevo lugar.

—Seguro que, a partir de ahora, se lo pensará dos veces a la hora de tratar con gitanos —confirmó Alex a su jubilosa hermana.

—¡Pero nosotras no somos gitanas! —se quejó Nick ante tan nefasta confusión.

—No, nosotras no somos gitanas, sólo somos ladronas —comentó con elegancia Jack mientras jugaba con su nuevo y recién adquirido botín, lanzándolo al aire ante los ojos expectantes de sus hermanas.

—¡Finalmente la conseguiste! —gritaron extasiadas éstas observando con admiración su trofeo.

—Tendremos que venderla para conseguir dinero y, si es tan valiosa como presumía ese niño remilgado, podremos vivir durante mucho tiempo sin preocuparnos de nada —propuso Alex, la mayor y más sensata de las hermanas con apenas once años.

—¡Pero yo no quiero venderla! ¡Es mía! —protestó Jack escondiendo su preciado tesoro de las codiciosas manos de su responsable hermana.

—Preguntémosle a Giorgio —comentó alegremente Nick, poniendo fin a la disputa.

—¡Giorgio, Giorgio! —gritaron las tres crías hacia el interior de la carreta

en busca de los sabios consejos de un adulto.

Giorgio tendió las riendas a Marco, su hijo mayor, de trece años, mientras acudía a la llamada de las tres pequeñas pícaras que una vez al año lo acompañaban en busca de aventuras.

No sabía de dónde habían salido y al principio se negó en redondo a llevarlas consigo, pero la insistente pelirroja le robó uno de sus carrromatos delante de sus narices, gritándole que se iría a recorrer el mundo con su ayuda o sin ella.

Cuando al fin los suyos dieron con ellas, las reprendió como un padre

severo, pero era demasiado tarde para su blando corazón, porque, a pesar de carecer de sangre gitana, eran igual de apasionadas y temperamentales que cualquiera de sus retoños.

Giorgio se sentó junto a ellas en el envejecido suelo de su único hogar y se dispuso a mediar en la disputa de las pequeñas bandidas.

—¿Qué os ocurre ahora? —se quejó intentando ocultar la sonrisa que acudía a su rostro cada vez que esas diablillas discutían.

—Jack robó una moneda muy valiosa y se niega a venderla para que podamos comer —resumió la más

pequeña sentándose en el regazo de Giorgio.

—¡No es verdad! —protestó Jack enseñándole su botín a Giorgio—. Sé que debo venderla, pero es tan bonita...

—Esa moneda es muy valiosa, niña...

—¿Lo ves? —reprendió Alex a su hermana, llena de satisfacción.

—Pero definitivamente no debes venderla —sentenció Giorgio, devolviendo la moneda a Jack.

—¿Por qué no, Giorgio? —preguntó la pelirroja, confusa.

—Pues porque las cosas que son demasiado valiosas son muy difíciles de

vender y siempre corres el riesgo de que te pillen. A partir de ahora esa moneda será tu talismán. Siempre deberás llevarlo contigo para que te traiga suerte a la hora de hacerte con un nuevo botín. Si quieres, te haré un lazo con un trozo de cuero para que puedas llevarlo colgado —se ofreció con amabilidad Giorgio.

Minutos después, de nuevo a las riendas del carromato, Giorgio observaba con satisfacción cómo Jack se pavoneaba ante sus hermanas luciendo su preciado colgante. Mientras seguía su camino, se preguntó qué habría sido del joven noble dueño de tan

incalculable tesoro.

Lord William Turner, futuro conde de Wilmore, se despertó confuso y desorientado.

Le dolía la cabeza como si estuvieran aporreándole con un martillo y, cuando abrió los ojos, se extrañó al ver ante él sólo una gran extensión de árboles y tierra húmeda que sentía bajo su noble trasero desnudo. Cuando su joven y embotada mente fue capaz de orientarse, se dio cuenta de dos cosas: había sido víctima de un robo, ya que su bolsa y su montura no estaban junto a él,

y no tenía pantalones, aunque su chaqueta, chaleco y pañuelo se encontraban en perfectas condiciones.

—¿Quién demonios querría robarle a alguien los pantalones? —murmuró furioso mientras se incorporaba bruscamente, con lo que todo dio vueltas a su alrededor y tuvo que volver a sentarse en la fría y mojada tierra del camino.

Mientras descansaba su maltrecho cuerpo de la juerga vivida con los gitanos, consiguió a duras penas recordar cómo había acabado en esa ridícula e indigna situación.

Había reído, jugado y bebido con

esos infames estafadores una y otra vez, intentando hacerse un hueco entre ellos, y no lograba recordar caras hostiles o miradas taimadas por parte de ninguno de ellos, excepto... de la pequeña pelirroja con fuego en los ojos de la que se había burlado constantemente presumiendo de su poder, de su dinero y de supreciado tesoro.

Un mal presentimiento lo inundó cuando recordó la mirada retadora de esa pilluela de ojos verdes, así que buscó con desesperación en los bolsillos de su chaqueta y su chaleco, donde solía guardar su moneda.

Gritó furioso cuando se dio cuenta

de que sus peores sospechas se habían convertido en realidad, y golpeó la tierra rabioso por haber sido tan idiota de dejarse robar por una niña. Una de sus manos tanteó una porción de tierra desigual, como si en ella hubieran escrito un mensaje.

William se incorporó, lentamente esta vez, y miró con rabia lo que una no tan inocente mano infantil había escrito utilizando un mugriento palo en la húmeda y abrupta tierra que se hallaba junto a él, con una perfecta caligrafía y en latín: «Veni, vidi, vici».

Lord William no se preguntó cómo una simple gitana sabía escribir, ni cómo

habría aprendido latín. Nada le importaba de esa despreciable chiquilla, solamente recuperar su preciada moneda, aunque sabía que a esas horas todo intento de hallar la caravana de cingaros sería en vano. Su más valiosa posesión había desaparecido con tanta rapidez como había llegado a causa de la imprudencia de su juventud. En ese mismo instante se prometió no volver a dejarse llevar por sus deseos y, lo más importante, no confiar nunca en una mujer... y menos pelirroja.

Cuando alzó la vista al cielo con su juramento en mente, William vio sus pantalones colgados en las ramas de un

árbol junto a los de sus amigos, a los que no había prestado atención hasta ese momento; parecían hallarse todos en su misma situación, aunque éstos aún no habían despertado de su plácida inconsciencia.

Sus ropas estaban colgadas a propósito de las ramas más altas de un viejo roble de tronco agrietado, donde ondeaban al viento como si de una bandera que proclamara victoria se tratase. Una vez más, William maldijo a la pelirroja, mientras despertaba con brusquedad a sus amigos para intentar recuperar por lo menos su dignidad.

—¡Despertad, borrachuzos! —gritó

William mientras pateaba no con mucha suavidad a sus amigos.

—Mi hijo es un joven responsable y serio, no se parece en nada a los atolondrados futuros lores que con su vergonzoso comportamiento ponen en ridículo continuamente el nombre de sus nobles familias —se jactaba orgulloso el conde de Wilmore ante sus altivos amigos mientras paseaba por las lindes de sus tierras sobre su hermoso caballo purasangre.

»Ayer mismo fue a celebrar su cumpleaños y dudo mucho de que vuelva

a casa borracho o encaprichado de una estúpida mujerzuela, porque él sabe cuáles son sus responsabilidades y cuál es su deber —continuaba el orgulloso padre, ensalzando las proezas de su hijo ante una concurrida audiencia que, después de escuchar durante horas las alabanzas sobre ese joven, estaba comenzando a cogerle manía a su eterna perfección.

»Mi hijo William es simplemente perfec... —Las palabras enmudecieron en boca del conde cuando en medio del camino avistó una escalera humana de traseros desnudos cuya cima era coronada por el de su hijo, quien se

esforzaba por alcanzar unos pantalones que colgaban de unas ramas altas e inaccesibles.

—¡Eh, Maximilian! ¿No son ésas las nobles posaderas de tu hijo? —comentó jocosamente uno de los amigos del conde.

—Sí, ya vemos cuán responsable es lord William —se mofó, riendo, otro de los hombres.

—Yo que tú le aumentarías la asignación; después de todo, los sastres no son baratos en Londres.

—Qué orgulloso debes de estar de él: no ha vuelto a casa borracho ni tampoco enamorado de una mala mujer,

pero ¿nos podrías explicar por qué anda por ahí sin pantalones? —Esta última burla vergonzosa hizo estallar a todos en estruendosas carcajadas, y la ira del conde de Wilmore surgió dirigida hacia su único heredero.

—¡Eso, señores, es lo que me propongo averiguar en este mismo instante! —confirmó Maximilian indignado mientras bajaba de su caballo y marchaba con paso firme y estruendoso para hacer sabedores de su presencia a los incautos jóvenes que aún no se habían percatado de la bochornosa situación.

—¡William Turner! ¿Se puede saber

qué estás haciendo? —gritó airado el conde cuando llegó a esos tres muchachos desvergonzados que le daban la espalda, mostrándoles sus desnudas nalgas al tratar de alcanzar sus pantalones. Su hijo se volvió, sorprendido por haber sido hallado en tan ignominiosa situación, desestabilizó la escalera humana que habían formado subiéndose uno encima de los hombros del otro y, en el último momento, se agarró con fuerza a los pantalones que aún seguían prendidos del árbol. Como resultado, los pantalones se rajaron mientras los jóvenes caían a la húmeda tierra en posturas poco correctas para

unos nobles de su categoría.

William se levantó del suelo con la máxima dignidad que pudo, dadas las circunstancias.

Sin decir palabra alguna, mantuvo por unos instantes la mirada de reproche de su padre, quien le retaba a decir algo. Después tuvo que bajar su rostro hacia el suelo, invadido por la vergüenza. Su padre ordenó al lacayo recuperar los pantalones de sus jóvenes acompañantes, que se apresuraron a vestirse con celeridad en cuanto los tuvieron en su poder. Él, por desgracia, tuvo que conformarse con una manta vieja y ajada que portaba el caballo, que

lio sobre su cuerpo como si de la toga de un emperador romano se tratase.

De camino a su residencia de verano, una plácida casa de campo no muy lejana, cabalgó montado tras su padre e intentó una y otra vez explicarle a éste lo ocurrido, pero, por más que William hablaba, sólo recibía miradas de reproche de su parte.

Primero procuró relatarle cómo los despiadados gitanos le habían robado, captando su atención por un instante, pero, cuando mencionó que toda la culpa de lo sucedido era de una niña pelirroja, el genio de su padre se desbordó.

—¿Me estás diciendo que tú, un

joven educado por los más prestigiosos maestros, un joven que sin duda le saca más de una cabeza a una infante de nueve años, un futuro conde sin duda mucho más poderoso que cualquier filibustero, se dejó timar y engañar por una cría? —gritó exasperado Maximilian Turner.

—Bueno, padre, es que ella era muy lista... y yo...

—¡Y tú, un joven incauto que parece no haber aprendido aún cuáles son sus responsabilidades! —continuó regañando el conde, enfadado—. ¡Te has dejado manejar como si fueras una criatura de tres años y eres ya un joven

que debería ser lo bastante inteligente como para no manchar el nombre de la familia con situaciones tan infames! Y la ridícula e indigna posición en la que te hemos encontrado a ti y a tus amigos sólo acrecienta el daño infligido por tu estupidez.

—Padre, tengo las rodillas y las piernas desolladas de intentar una y otra vez trepar por un árbol viejo y astillado, por poco pierdo mis nobles partes la última vez que procuré alcanzar mi ropa, así que al final decidimos intentar otra forma de recuperar nuestras calzas.

—Si hubieras mantenido tus nobles partes dentro de tus pantalones, nadie se

hubiera hecho con ellos...

—Pero padre...

—¡Nada de peros! Se acabaron tus vacaciones, y reza para que nadie se haya enterado de este bochornoso acto o tu futuro estará ligado a una academia militar, donde recibirás una educación mucho más estricta que la de ahora. Seguro que, entre soldados, no incurrirás en más libertinajes.

William guardó silencio el resto del camino. Cuando llegó a su hogar, su madre lo esperaba en la puerta con una mirada desilusionada, y su amado abuelo negó con la cabeza, decepcionado.

Al acercarse al anciano, éste lo acompañó al interior de la casa.

—Nunca debería haberte regalado esa moneda —murmuró dirigiéndolo hacia su habitación.

A la mañana siguiente, sus amigos se habían marchado a sus respectivas residencias, y su familia lo esperaba en el pequeño salón que su madre utilizaba para tomar el té. De ellos sólo recibió miradas de reproche y decepción, excepto de su querido e irritante primo Christian, huérfano de padres.

Era un joven desolado de apenas

quince años que, cuando nadie lo veía, le sonreía con satisfacción deleitándose en su desgracia. En el mismo instante en el que vio el feliz rostro de ese infame miserable que siempre le hacía la vida imposible, William supo lo que le deparaba el futuro: sin duda, los rumores ya habían comenzado a circular y él iría a una estricta academia, donde no volvería a ver jamás a sus amigos.

Durante los difíciles años que William pasó formándose y aprendiendo lejos de todos sus seres queridos, sólo una cosa lo reconfortaba... y ésta no era

el retorno al olvidado hogar, sino el hacerse más fuerte, más listo y más ágil que ningún otro para que nadie lo volviera a engañar... Y la única frase de aliento que se repetía una y otra vez en su frustrante y duro día a día era «si alguna vez te vuelvo a encontrar, pelirroja, ¡me las pagarás!».

Capítulo 2

Trece años después, baile en casa del conde de Cousland

—Me apuesto lo que me queda de mi asignación a que has perdido tu toque —susurró una tentadora voz al oído de

Jacqueline.

Tal vez éstas eran las peores palabras que podían insinuarse al oído de un ladrón, pues la tentación siempre estaba presente. Más aún si el pícaro de manos largas era una mujer que se codeaba con la alta sociedad, rodeada de joyas suntuosas y bolsas repletas.

—El toque, querida hermana, nunca se pierde —contestó Jacqueline, hastiada, sin dejar de observar con atención el lujo de la nobleza con ojos golosos.

—Hace un año que vivimos como nobles señoritas, aprendiendo modales, historia, francés, latín, arte, a bailar, e

incluso a comer con doce cubiertos... A veces añoro la simplicidad de nuestra antigua vida —confesó Nicole suspirando al recordar su anterior vida en los barrios marginales de Londres.

—Simple pero peligrosa. Recuerda cómo teníamos que esconder nuestro aspecto bajo disfraces de chico, y rezar todos los días para que nadie nos descubriera.

—Sí —concedió Nicole—, pero acuérdate de los planes que maquinábamos para robar a los nobles ociosos y cuánto nos divertíamos cuando vaciábamos sus bolsas.

—Sí... —añadió Jacqueline con un

suspiro—, era tan gratificante ver sus caras de asombro al verse despojados de su dinero por una simple raterilla...

—Imagina que estamos planeando un nuevo robo, ¿por dónde empezarías, Jacqueline? —preguntó Nicole mientras señalaba a la concurrencia del baile que esa noche daba su hermana mayor, Alexandra, condesa de Cousland.

—Por esa vieja ociosa, o quizá por ese grotesco barón colmado de joyas —contestó la ladrona emocionada ante tan jugosa variedad, mientras su mente sopesaba distintas posibilidades.

Adrian salió de una de las habitaciones de la segunda planta en busca de las hermanas de su querida cuñada, Alexandra, pues una vez más, su hermano, lord Damian Conrad, conde de Cousland, le había encomendado el cuidado de esas jóvenes pilluelas.

Una tarea en principio sencilla de realizar, de no ser porque ellas no se parecían en nada a las demás damiselas del lugar. Eran listas, demasiado listas para ser mujeres, intrépidas y arrogantes. Conocían todo tipo de juegos de cartas, tanto legales como ilegales, sabían escalar, manejar cuchillos, una espada, una pistola... y lo peor de todo:

siempre, siempre, jugaban sucio.

Así no había manera alguna de dar con ellas y cumplir con el recado de Lord Dragón, un hermano que a la hora de darle un consejo para ayudarlo había sugerido literalmente «esta vez no dejes que te aten». Como si la última vez que había sido atado por esas pérfidas féminas él hubiera tenido elección alguna.

Finalmente, tras buscar durante unos veinte minutos en la planta alta, las halló escondidas entre las sombras y asomadas a la barandilla del piso superior, observando el baile como dos dóciles y tímidas doncellas.

¡Qué estarían tramando esas dos! Parecían tan dulces en la lejanía con sus hermosos vestidos y sus angelicales peinados... ¡Mentira, todo mentira!

De las dos revoltosas hermanas de su cuñada, la más peligrosa a sus ojos era la inteligente Jacqueline, una joven de unos veintidós años. Su sereno perfil podía engañar a todos, pero la verdad era que el color intenso de sus cabellos pelirrojos delataba su explosivo temperamento.

Nicole, que era dos años menor, sin embargo, mostraba con gran facilidad todas sus pícaras emociones en un rostro enmarcado por unos bellos rizos rubios

y unos grandiosos ojos verdes característicos de todas las hermanas, pero la muy maldita no dejaba de ganarle al póquer. Seguro que hacía trampas de algún modo.

Adrian se acercó con sigilo a ellas, a tiempo de escuchar sus escandalosos planes para esa noche.

—Entonces le cortaría con cuidado la bolsa mientras bailáramos y...

—No estarás planeando volver a robar, ¿verdad? ¡Y menos aún en la fiesta de tu hermana! —exclamó Adrian mientras reprendía a Jacqueline.

—¿Cómo puede ocurrírsete eso, Adrian? —respondió Jacqueline con un

aire convinentemente ofendido—. Yo nunca desplumaría a los invitados de Alex, pero es que Nicole me ha insinuado que había perdido mi toque.

—¿Qué es el toque? —preguntó Adrian extrañado por el término, desconocido para él y los de su clase social.

Las dos chicas lo miraron ultrajadas, como si hubiera cometido un pecado por no saber de lo que hablaban.

—El toque... —explicó Nicole enfadada—... es la habilidad para robar una bolsa o una joya sin ser descubierta..., y tú lo has perdido —añadió muy segura, señalando a

Jacqueline.

—¡No he perdido mi toque! —
contestó ésta furiosa.

—¡Demuéstralo! —desafió Nicole a
su hermana.

—¡Chicas, chicas! ¡Nadie ha
perdido su toque y nadie va a demostrar
nada! —intervino Adrian—. Es normal
que, con los años, os acostumbréis a no
robar.

—¡Pues claro que te lo demostraré!
¡Donde quieras y cuando quieras! —
continuó diciendo la aludida, ignorando
a Adrian.

—¡Bien! —exclamó Nicole—.
Como en los viejos tiempos: yo elijo al

incauto y tú afanas su bolsa.

—¡Recordad que ahora sois unas jóvenes señoritas pertenecientes a la nobleza! —enfaticó un joven desesperado por hacer entrar en razón a esas dos ladronzuelas que siempre le traían problemas.

—No me lo pongas demasiado fácil o serás capaz de insinuar que hago trampas —retó Jacqueline jactanciosa.

—¡No podéis robar a nadie! ¡Pensad en vuestra reputación, en la de vuestra hermana! —suplicó Adrian sin mucho éxito.

—Es que, en ocasiones, haces trampas —continuó Nicole—, pero no te

molestes esta vez, pues siempre te pillo. ¡Vamos, pues! Mezclémonos con la multitud y elijamos una bolsa bien repleta o unas joyas únicas y excepcionales.

—¿Luego qué haremos con el dinero o las joyas? —preguntó Jacqueline con curiosidad.

—Las donaremos a la beneficencia, a ver si por una vez en la vida esos petimetres gastan su dinero en algo que valga la pena.

Cuando las dos ladronzuelas comenzaron a alejarse para adentrarse en la fiesta, sus pasos fueron interrumpidos por Adrian.

—Si no desistís de esos alocados planes, se lo diré a mi hermano —amenazó finalmente aludiendo a la peligrosa figura de Lord Dragón.

Adrian parecía no saber cómo respondían los ladrones ante las coacciones del poder, porque las dos muchachas lo acorralaron junto a la pared y, mientras que sus furiosas miradas lo fulminaban en el acto, sus palabras lo dejaban sin posibilidad alguna de cumplir con el mandato de su hermano.

—Nicole, ¿recuerdas que ayer no podía dormir?

—Sí, tenías el sueño muy ligero.

Creo que, cuando por fin lo conseguiste, anduviste sonámbula de un lado para otro.

—Pues al final, ¡que escándalo!, me introduje en la habitación de Adrian por error, y... ¿adivina qué?

—¿Qué?

—Pues que él no estaba allí, pero ¡aún no sabes lo mejor! ¿Te acuerdas de que su hermano le prohibió ir a ciertos lugares de juego a apostar?

—Sí, fue muy tajante con él después de que perdiera cinco mil libras en una noche.

—Pues resulta que, sonámbula, forcé el cajón de su mesita y encontré unos

pagarés de uno de esos sitios. ¿A que sería horrible que alguien que se viera amenazado por el joven Adrian revelara sus más sucios y turbios secretos a su temible hermano?

—Sí, sobre todo si *ese alguien* se tratase de un par de manipuladoras natas capaces de hacerlo parecer aún más culpable de lo que es, contando que su nueva amante es, otra vez, una mujer casada.

—Pero eso no pasará nunca, Nicole, porque apreciamos mucho a nuestro Adrian y sabemos que él nunca osaría delatarnos, ¿verdad? —preguntó Jacqueline regocijándose al conocer la

única respuesta posible.

—Sí, yo nunca os delataría —
murmuró finalmente Adrian entre dientes
con enfado.

Cuando las pérfidas mujeres se
alejaron hacia la fiesta, él las siguió con
la esperanza de hacerlas entrar en razón
por el camino o intentar suavizar las
consecuencias de sus peligrosos actos.

¿Por qué? ¿Qué había hecho él para
que su hermano lo torturara de esa
manera poniéndolo a cargo de esas dos?
Y es que siempre jugaban más sucio que
él y así no se podía. Bueno, ahora que lo
pensaba detenidamente, recordaba algún
que otro pecadillo que podía haber

ofendido a su hermano, pero un castigo como aquél era muy injusto.

—Aún no me puedo creer que tú, mi querido amigo, el legendario Lord Dragón, hayas caído bajo el yugo del matrimonio. A fin de cuentas, únicamente eres dos años mayor que yo —comentó algo disgustado William Turner a su inseparable amigo lord Damian Conrad.

—¡Qué quieres que te diga, compañero! Cuando te llega la hora, te llega, y no puedo sentirme más feliz por haberme casado con mi pequeña

Alexandra —admitió abiertamente el conde de Cousland en su cálido despacho mientras le tendía una copa a su camarada de infancia.

—Dime, amigo, ¿cómo fue que te cazaron? —quiso saber William, escéptico ante la idea del matrimonio.

—La caza fue difícil, y que conste que no fui yo el cazado, sino el cazador.

—No me lo puedo creer: tú persiguiendo a una mujer con ideas respetables. —William rio mientras se deleitaba con su whisky de primera clase.

—Verás —comenzó a explicar Damian—: Mi mujer no es como las

demás. Tuvo una vida difícil. Más adelante te contaré algún que otro detalle, pero el resumen es que tuvo que esconderse en los barrios marginales de Londres y se convirtió en una ágil raterilla.

—¿No me digas que intentó robarte la bolsa? —se interesó William, sorprendido por la revelación.

—No lo intentó, lo logró.

—¡Increíble! ¡Te robó una mujer! ¿No eras tú quien decía que sólo los idiotas se dejan robar? —preguntó William con burla.

—Sí, pero te juro que fue el robo más interesante y excitante de mi vida.

Por ella me dejaría robar una y mil veces. De hecho, hay veces en las que jugamos a ver quién roba más prendas... bueno, ésas son otras historias.

—Creí que los juegos pervertidos solamente les eran permitidos a los hombres solteros y disolutos como yo —apuntó William con diversión—, ¿no se supone que tienes que ser un respetable y serio hombre casado?

—¿Yo serio y respetable? —se burló Damian—. ¡Olvídate de eso, amigo! La única diferencia es que ahora disfruto de mis perversiones con mi mujer.

—Bueno, siendo así, permítame

felicitarte, aunque debo decirte que te echaré de menos como compañero de fechorías.

—¿Y tú? ¿Cuándo nos deleitarás con la noticia de tu inminente matrimonio? —indagó Damian—. ¿Vuelve tu padre a presionarte con la idea de que le des un digno heredero?

—A todas horas desde que he vuelto de la guerra y ahora que soy un noble condecorado. De nada me sirve decirle que las heridas de la batalla que llevo en mi cuerpo espantarían a cualquier pudorosa mujer —dijo mientras señalaba su pierna lesionada, de la que aún cojeaba—. Él insiste una y otra vez

en presentarme a damiselas insulsas y virtuosas.

—¿Sabes? —propuso el conde de Cousland—, tengo unas cuñadas que...

—¡Por Dios! ¡Tú no, Damian! ¡Que a ti te haya ido bien la vida de casado no significa que a todos nos interese entrar en el aburrido mundo del matrimonio! Detestaría enormemente haber salido de una guerra con los franceses para meterme en la prisión marital.

—Tú mismo, William, pero, entonces ¿qué es lo que buscas en estos momentos?

—¿Yo? Descansar de la guerra y disfrutar de los placeres olvidados,

como el juego, las excelentes bebidas — indicó William mostrando su vaso casi vacío—, la compañía de los amigos y, sobre todo, el cálido y suave cuerpo de una fémmina. Nada serio, por supuesto, tal vez una maravillosa meretriz o una nueva amante viuda que no me dé ninguna preocupación. Rubia, morena, castaña... ya sabes que me da exactamente igual una mujer que otra, siempre que no me agobien con sus celos y sepan a qué atenerse conmigo.

—¿Y por qué no pelirroja? —sonrió Damian, sabiendo de antemano la respuesta de su compañero, aunque todavía desconociera el motivo.

—¡Nunca! ¡Jamás en la vida me fijaré en una mujer cuyos cabellos sean rojos como el fuego! ¡Son perversas y engañosas! —declaró William molesto, recordando su vergonzoso pasado.

—Nunca he sabido por qué tienes esa extraña fijación por huir de las pelirrojas, algún día tendrás que contármelo.

—Algún día, amigo, tal vez algún día... —comentó William con una maliciosa sonrisa mientras pensaba en lo que haría con su gitana pelirroja si llegaba a toparse con ella en alguna ocasión.

La dulce voz de una mujer enfadada

interrumpió la reunión de los hombres entrando con brusquedad en la estancia y exigiendo la presencia de su marido en una fiesta que no era demasiado de su agrado.

Se trataba de una bella chica de curvas suaves y una hermosa melena de rizos negros que, al contrario que la de las demás damas de la sociedad, permanecía suelta, enmarcando con delicia su hermoso rostro, donde destacaban unos notables ojos verdes. Alexandra penetró en el estudio con decisión, cerrando la puerta tras de sí, y se dirigió con disgusto hacia su marido.

Sin miedo alguno de Lord Dragón, lo

apuñaló en el pecho con su dedo índice mientras le recriminaba una y otra vez su comportamiento. Ajena a la presencia del amigo de su esposo, o tal vez sin que éste le importase demasiado, comenzó con sus quejas.

Por la irónica sonrisa que mostraba el rostro de Damian, William dedujo que acababa de conocer a la condesa de Cousland.

—Damian, ésta es la última vez que organizas una de estas estúpidas fiestas. ¡Estoy harta de tanto petimetre redomado y de tanta mujer en celo!

—¿Mujeres en celo, mi amor...? — preguntó Damian, confuso, alzando las

cejas.

—Sí, esas damas que tienen más pechuga que cerebro y que han sido o quieren ser tus amantes. No tienen otra ridícula idea que intentar hacerme creer que pronto te aburrirás de mí, y se atreven a decírmelo delicada y dulcemente mientras me sonríen. ¡Ah, pero ya las he puesto yo en su sitio con mis delicados modales!

—¿Ah sí, cariño? ¿Y qué les has dicho con tu habitual delicadeza? —El conde de Cousland sonrió al recordar la falta de tacto de su esposa.

—Que si alguna vez se te ocurría ponerme los cuernos, te castraba. ¿Te

puedes creer que se han escandalizado?

—¡No! ¡Imposible! Con la sensibilidad que utilizas a la hora de hablar de mis nobles partes —ironizó con socarronería Damian.

—¡No te burles de mí! —se quejó Alexandra—. Si tú te escondes en el estudio, o me escondo contigo o comienzo a aburrirme. Y ya sabes lo que ocurre cuando me aburro —amenazó la condesa a su marido.

—No te atreverás —comentó Damian risueño recordado cómo era su pícara exladrona.

—¿Qué te apuestas? —retó la mujer de Lord Dragón—. Ya he visto unos

cuantos anillos y collares que son de mi agrado, por no hablar de una diadema de diamantes bastante estrafalaria. Te doy cinco minutos —añadió—: si en cinco minutos no apareces en tu fiesta, estaré oficialmente muy aburrida y tú serás el responsable de lo que pase —amenazó enfurecida mientras se marchaba del estudio ignorando la presencia de William con paso firme y decidido hacia el gran salón.

Damian suspiró resignado por el comportamiento de su esposa, aunque a nadie podía engañar intentando hacerse el noble ofendido, pues en su rostro lucía una inmensa sonrisa de

satisfacción por las locas ideas de su amada.

—Deduzco por tu comportamiento que ésa era tu esposa, amigo —señaló William indicando la puerta cerrada por donde ella se había marchado segundos antes.

—Sí. Más tarde, cuando los ánimos se calmen, te la presentaré.

—Y supongo que la amenaza que ha hecho tu querida mujer es que, si no acudes a su lado, decidirá aumentar sus numerosas joyas con alguna que otra nueva adquisición, aliviando notablemente el peso de tus bolsillos.

—No exactamente. Más bien

significa que comenzará a aumentar su colección de joyas usando sus hábiles manos. Mis bolsillos, a diferencia de otras esposas para con sus maridos, apenas los toca.

—¿No querrás decir que robará a sus propios invitados? —preguntó William asombrado ante tan osado comportamiento.

—Sólo si se aburre —confirmó Damian— y, por desgracia, en estos momentos está muy aburrída. Así que, con tu permiso, William, voy a hacerle compañía a mi esposa antes de que tenga que inventarme alguna excusa para explicar cómo el collar de alguna dama

acabó en su escote.

—Amigo, no me extraña que no te hayas aburrido aún en tu matrimonio. Parece que, con tu hermosa mujer, cada día es una nueva aventura —comentó William apurando su copa de un solo trago.

—Y eso que todavía no conoces a mis cuñadas —rio Damian mientras se disponía a salir de la estancia.

—Si no te importa, Damian, me quedaré en tu estudio un rato huyendo de... ¿cómo ha dicho tu esposa? Ah, sí, petimetres redomados y mujeres en celo.

—Pero ¿tú no estabas buscando precisamente una mujer en celo?

—Sí, pero, mientras me decido por cuáles serán sus cualidades, prefiero huir de la masa de féminas alborotadas.

—No te preocupes, William, si encuentro alguna pelirroja, te la enviaré para que te haga compañía —declaró Lord Dragón cerrando con rapidez la puerta tras él a la espera de escuchar cómo algo golpeaba contra ella.

Y, en efecto, en el mismo instante en el que cerró la puerta, se oyó un estruendo, como si su caro pisapapeles de plata con la forma de un barco hubiera sido arrojado contra la dura y maciza puerta de roble de su estudio. ¿Qué problema tendría su amigo con las

pelirrojas que la mera mención de sus cabellos lo sacaba de sus casillas?

En fin, Damian tomó nota de no presentarle nunca a su cuñada Jacqueline, a no ser que quisiera reírse un buen rato a su costa.

Capítulo 3

El futuro conde de Wilmore se acomodó tras el grandioso escritorio de madera de su amigo y contempló la nueva decoración de lo que años atrás fue el regio refugio de un hombre.

Las grandes estanterías que antes

sólo habían contenido tratados de política y libros de cuentas, junto con algún que otro escrito clásico, ahora también incluían novelas románticas de insulsos autores. Las ventanas habían sido adornadas con cortinas de colores un tanto femeninos y la pequeña mesita del rincón, en la que ahora se hallaba la botella casi vacía de un grandioso vino, minutos antes soportaba un horrendo jarrón lleno de melosas flores.

En fin, eso era lo que traía consigo la vida de casado: cambios, cambios y más cambios...

Por suerte, los muebles eran los mismos de hacía años: el viejo

escritorio, el gran aparador con vitrina, donde Damian escondía sus más preciados licores, el cómodo sofá con sus respectivos sillones en la otra punta de la estancia, y la cara alfombra que tanto trabajo le costaba limpiar a Alfred.

William se sentó desahogadamente en el sillón desde donde Damian llevaba sus múltiples negocios y se permitió unos minutos de paz mientras disfrutaba de su bebida, pero pronto acudió a su mente la futura misión que le esperaba al retornar de nuevo a su hogar.

Tras años de lucha contra los franceses, de dirigir a jóvenes soldados con honor hacia una muerte segura; tras

años de ver cómo a sus tropas les faltaban cosas tan esenciales como comida y mantas, medicinas o munición, de observar cómo los mandos superiores entrenaban a nuevos reclutas proporcionándoles un simple fusil y encaminándolos hacia el campo de batalla sin indicación alguna; tras años de comprobar cómo su entrenamiento militar apenas le servía para salvar más vidas... lo que su cuerpo y su alma podían aguantar llegó a su límite cuando quedó herido en mitad de la batalla más sangrienta de todas cuantas había presenciado, donde observó impotente cómo sus hombres, avivados por el

hambre, la furia y la violencia, se comportaban como animales ante el enemigo que quedaba después de la batalla, que consistía solamente en mujeres, niños y ancianos.

La matanza que sus hombres habían perpetrado en su nombre lo asqueó tanto que, después de recuperar las fuerzas, decidió abandonar la vida militar. Fue entonces cuando un elegante individuo de mediana edad, que se hacía llamar Morrison, lo encontró a unas millas de su antiguo campamento y lo convenció de contribuir al esfuerzo de la guerra de otra manera.

Tal vez ésta fuera más arriesgada

para su vida, pero no para su alma. Y lo más importante de todo era que trabajaría solo, sin nadie que pudiera dañar a inocentes en su nombre con el pretexto de la guerra. Él decidiría cada uno de sus pasos, tendría libre albedrío dentro de unos límites, pero... si alguna vez era descubierto, estaría solo.

Así era cómo lord William Turner, con tan sólo veintisiete años, había pasado a formar parte del Ministerio de Guerra como un espía más de tantos que desmantelaban las crueles artes de los agentes franceses, que, aun con la derrota de Napoleón, no dejaban de conspirar con devolverle la libertad a su

notable emperador.

Su última misión era tan ridícula, como peligrosa. Tenía que hallar a una dama que había robado uno de los sellos secretos que el Ministerio usaba para enviar mensajes cifrados. Un estúpido agente había llevado por descuido su anillo secreto en el dedo y, tras una semana de juergas y diversiones entre burdeles y notorias viudas, se había percatado de su desaparición.

El hombre aún estaba siendo investigado para tratar de discernir si se trataba de un agente doble o simplemente de un idiota redomado. William sospechaba que, por desgracia,

la última opción era la correcta y ese tipo era simplemente un cretino.

Lo más peligroso de su misión era que la mujer podía ser una espía o estar bajo el mando de alguno de los agentes franceses que permanecían en activo, por lo que, algo tan simple como hallar a una meretriz, se convertía en un riesgo por el que podía acabar muerto en un callejón en sospechosas circunstancias, aunque a ojos de la sociedad tan sólo parecería un suceso más, tal vez un robo fallido o un duelo de honor con un rival.

Tras acabar su copa y meditar sobre cómo comenzaría su investigación, William se decidió por conocer a las

viudas más notorias de esa Temporada y hacerles saber su interés por hallar una nueva amante. Quizá entre ellas encontraría a la maldita mujer y no tendría que recorrer todos los condenados burdeles de Londres con una pierna herida y unas ganas terribles de poner fin a la vida de un estúpido que no había aprendido a mantener su miembro donde correspondía: dentro de sus pantalones.

—Es imposible intentar hacerse con algún botín teniendo a Adrian pegado a nosotras como nuestro perro guardián —

comentó frustrada Jacqueline.

—¿Tan pronto te rindes, hermana?
—se burló Nicole—. ¿Quiere eso decir que gano yo?

—¡De ninguna manera! —gritó ofendida—. Sólo quiere decir que tendrás que ayudarme a librarme de él, porque, como puedes comprobar, es un tremendo incordio.

Ambas miraron molestas cómo el atento Adrian de nuevo devolvía un esplendoroso y elaborado collar, que casi había caído al suelo, a su recargada dueña con tanto encanto y simpatía que ésta quedaba cautivada con su atención sin apenas percatarse de lo cerca que

había estado de ser la víctima de un robo.

Jacqueline había usado con ella un viejo truco que aprendió del anciano y adorado John, su maestro a la hora de sobrevivir en los bajos fondos. Con habilidad, se había acercado a la incauta mujer cuando la rodeaban a ella y su marido un enjambre de halagadores petimetres que querían alabar a ambos para que soltaran la lengua sobre los asuntos sucios de la alta sociedad, ya que ese matrimonio parecía no tener otra afición que no fuera cotillear y criticar todo lo que los rodeaba.

Cuando estuvo lo bastante cerca de

su presa y segura de parecer lo suficientemente anodina para ser ignorada por todos, desprendió sutilmente con sus hábiles dedos el cierre del hermoso collar. Todo habría sido cuestión de tiempo hasta que el collar cayera al suelo y ella lo recogiera con disimulo, haciéndose así con el botín, o eso había pensado Jacqueline hasta que Adrian había interrumpido una vez más su elaborado plan.

Ésa era la quinta vez que entorpecía sus propósitos y, definitivamente, Jacqueline estaba empezando a enfadarse con su encantador concuñado. Ya había devuelto un reloj antiguo, una

pulsera de diamantes, unos pendientes de esmeralda y un prendedor de plata. Sin duda, ya era hora de darle una lección a ese molesto entrometido sobre cómo se las gastaban los ladrones de los suburbios de Londres.

Sonriendo ladinamente, Jacqueline susurró a su hermana «tengo un plan», mientras observaba el paso satisfecho y presumido de Adrian dirigiéndose hacia ellas.

—Ésa es perfecta —señaló Nicole con descaro desde la mesa de los aperitivos a una mujer de pésimo gusto que adornaba su orondo cuerpo con decenas de joyas—. Mira esa reluciente

diadema y ese espléndido collar.

—Me lo pones demasiado fácil, hermanita, ¿no ves que, si pierde una de sus alhajas, apenas se dará cuenta de ello? —contestó desalentada Jacqueline por la mala elección.

—Recordad que ahora sois señoritas y no debéis robar —les apuntó de nuevo Adrian, su inseparable conciencia, cuando llegó junto a ellas, sin dejar de perseguirlas con la funesta idea de acabar con sus planes.

—¿Cómo se te ocurre decir esa palabra? —lo reprendió Nicole molesta.

—Esa palabra trae mala suerte —indicó Jacqueline enfadada—. Si ahora

algo sale mal, será por tu culpa.

—¿Qué palabra? ¿Robar? ¿Acaso no es eso lo que os proponéis hacer? — señaló Adrian confuso.

—¡Y la vuelve a decir...! ¡Sin importarle nada! —comentó Nicole ofendida.

—Es que no aprende, sería un ladrón pésimo —añadió Jacqueline.

—Y un timador de cartas funesto — continuó Nicole—; mira que le he intentado enseñar de todas las maneras, pero nada: no sabe hacer trampas y su cara de póquer se asemeja a la de un caballo estreñado.

—¡Eso no es verdad! —exclamó

Adrian resentido—. Mi cara de póquer es sublime.

—Sí, por eso siempre pierdes cuando juegas contra nosotras —señaló Nicole jactanciosa.

—¡Es que vosotras hacéis trampas ! —se quejó lastimeramente el joven.

—¡Pues claro que hacemos trampas! ¡Como la mitad de los jugadores de Londres! —aseveró Nicole ofendida.

—En las apuestas, al igual que en la vida, los caballeros deben guiarse por el honor —declaró Adrian con altivez—. ¿Qué honor hay en hacer trampas?

—¿Y qué honor hay en perder? —preguntó Nicole con sorna, derribando

con ello los débiles argumentos del joven adinerado.

—Los caballeros de la alta sociedad juegan para divertirse —manifestó el joven.

—Entonces no les importará demasiado que los liberemos de la carga de sus bolsillos —señaló Jacqueline, fijando sus ojos en un nuevo objetivo.

—Me parece algo estúpido que os arriesguéis a que descubran vuestro pasado sólo para demostrar que no habéis perdido vuestras habilidades.

—Perdón, pero mis hábiles dedos siguen intactos —expuso Nicole con arrogancia—. Son los de Jacqueline los

que se han atrofiado.

—¡Retira eso ahora mismo o...! ¡O te retaré a un duelo! —gritó Jacqueline ultrajada.

—¿De espada o de pistola? ¡Dedos de hojalata! —arremetió Nicole contra su hermana.

—¡Señoritas, señoritas! ¡Haya paz! —rogó Adrian interponiéndose entre ambas mientras la tensión aumentaba por momentos.

—Tengo tantas habilidades como antes, ¡o incluso más! —declaró Jacqueline orgullosa.

—¿Ah, sí? ¡Pues demuéstralo!

—Soy experimentada, ágil, y mi

mente sigue tan audaz como antes para trazar planes. ¡Incluso sería capaz de enseñar al hombre más inútil a ser un buen ladrón!

—¡Bien! Entonces aquí tienes a un inútil para demostrarme tus habilidades —respondió Nicole señalando la persona del joven Adrian.

—¿Yo...? —preguntó confuso éste mientras se aseguraba, mirando detrás de él, de que no fuera otro estúpido el elegido para tan peligroso juego.

—¿Adrian? —exclamó a su vez Jacqueline, sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Es que este inútil no te sirve? Tal vez sea demasiado torpe

para ti —comentó sonriente Nicole ignorando los sentimientos del aludido.

—No... sí... tal vez sirva... —suspiró Jacqueline resignada—. Pero ¿no podrías elegir a otro? —sugirió esperanzada.

—¿Por qué? ¿Acaso no te sirve este inu...? Digo... ¿Acaso no te sirvo yo? —indagó finalmente Adrian, ofendido, haciéndose también partícipe de la ridícula conversación.

—No quisiera ofenderte, Adrian, pero eres muy torpe... —apuntó Jacqueline.

—Demasiado visible... —recalcó Nicole.

—Muy lento... —dijo Jacqueline.

—No muy listo... —añadió Nicole.

—Nada hábil... —aseveró

Jacqueline.

—En definitiva: no eres apto para ser un ladrón, ni siquiera un raterillo de la más baja escala —sentenció Nicole con una gran sonrisa—. Por eso eres perfecto para darle una lección a mi arrogante hermana. Ni siquiera ella podrá enseñarte, con uno de sus trucos, a tener unos dedos hábiles.

—De acuerdo que Adrian es un joven alocado, torpe, no muy rápido, que su inteligencia es escasa y su habilidad, nula... —señaló Jacqueline a

su hermana ignorando los carraspeos ofendidos de Adrian.

—Gracias por no querer ofenderme, Jacqueline —ironizó Adrian, interrumpiéndola y siendo nuevamente ignorado.

—... pero hasta un perro puede aprender uno o dos trucos, y más si soy yo la que se los enseña —finalizó la altanera ladrona enfrentándose a su hermana—. Vamos, Adrian, le demostraremos a mi hermana que eres mucho mejor de lo que ella cree —concluyó Jacqueline arrastrando a Adrian tras ella, alejándose de la sonriente Nicole.

—Pero... ¡pero yo no quiero robar!
¡Sólo tengo que asegurarme de que
vosotras os comportéis adecuadamente!
—se quejó el joven sin dejar de seguir
los pasos de Jacqueline.

—¿Es que no quieres hacer que
Nicole se trague sus palabras, y por una
vez seas tú el que gane en su propio
juego? ¿Es que no estás harto de ver
cómo se regodea por ganarte a las cartas
una y otra vez? Mira cómo nos observa,
regocijándose en su victoria —dijo
Jacqueline mientras señalaba a la
susodicha, que lucía una arrogante
sonrisa en el rostro.

—¡Está bien, lo haré! —concluyó

finalmente Adrian sintiéndose ofendido por la imperturbable sonrisa de Nicole —. ¡Pero después devolveremos lo que robemos! —añadió el joven al fin.

—Pues claro, tú lo robas, tú lo devuelves. Yo sólo quiero asegurarme la victoria ante mi hermana —declaró la ladrona sin mucha convicción.

El joven adinerado fue brevemente adiestrado y arrojado hacia una hermosa multitud de víctimas ricas donde elegir, sin saber que, en realidad, él no sería el ladrón, sino el señuelo que usarían las hermanas para no ser vistas, pues en ocasiones un buen ladrón tan sólo necesita un golpe de suerte, unos dedos

ágiles y una buena distracción que haga que los ojos miren hacia otro lado.

—¿Lo has conseguido, Jacqueline?
—preguntó Nicole expectante.

—Tú sólo espera y verás —contestó la ladrona señalando a su aprendiz.

—¿Y cómo conseguiste que accediera?

—Ah... El orgullo del hombre es siempre tan predecible y fácil de manipular...

—Lo admito, hermanita, aún tienes una mente ágil para estas cosas. Ahora sólo hace falta saber si tus dedos no se han dormido.

Damian, un hombre de porte elegante y fuertemente formado, de cabellos castaños y cuyos ojos negros atemorizaban en ocasiones a los más cobardes, era apodado por la original sociedad como Lord Dragón.

En esos momentos buscaba a su mujer entre la multitud.

En realidad la paciencia no era uno de sus puntos fuertes, pero por su mujer hacía un esfuerzo, ya que la recompensa que encontraba entre sus brazos siempre merecía la pena. Con una ladina sonrisa al pensar en lo que haría con su esposa cuando al fin consiguiera atraparla,

repasó una vez más la abarrotada estancia con una mirada inquisidora hacia la multitud que impedía que consiguiera lo que tanto deseaba en esos instantes.

Al observar por unos minutos a las solitarias hermanas de Alexandra, con sus inocentes miradas estudiando a la concurrencia, ocultas en un rincón y apartadas de la gente, se enfureció con su hermano pequeño, ya que, al parecer, no podía cumplir con una simple orden como era no separarse de esas dos damitas que, como había descubierto a lo largo de ese año, eran en realidad dos lobos vestidos con piel de cordero la

mar de convincentes.

Damian se acercó despacio a ellas, intentando cogerlas desprevenidas para enterarse así de lo que planeaban, pero únicamente llegó a escuchar «Adrian» y «robo» antes de que éstas guardaran un silencio sepulcral ante su presencia.

—¿Qué tiene que ver mi hermano con un robo? —preguntó enfurecido el Dragón.

—¡Nada! —contestaron con dulzura las dos muchachas, fijando sus cándidas miradas en un punto alejado tras él.

Damian, nada convencido de la inocencia de sus cuñadas, se dio la vuelta y siguió la dirección de sus ojos

hacia donde se hallaba Adrian, una réplica exacta de sí mismo, un tanto más joven y con un rostro más jovial, un hermano exasperante, pero noble y honrado... que en esos instantes... ¡estaba intentando desabrochar sutilmente el collar de una joven y adinerada viuda, a la vez que le susurraba en su oído quién sabía qué!

El Dragón suspiró con fuerza intentando calmar su rabia contenida, se giró bruscamente hacia sus cuñadas y les gruñó:

—¡Quedaos aquí, luego hablaré con vosotras!

A continuación, con paso firme, se

dirigió hacia donde se encontraba su hermano, dispuesto a dejar salir toda su furia contra él. ¡En su fiesta nadie robaba a sus invitados! El problema de esta rotunda afirmación era que, por desgracia para ellos, estaban rodeados por hábiles ladronas que aún no habían aprendido modales y un hermano que, en vez de dar ejemplo, aprendía de las malas artes de ellas.

Mientras se acercaba a Adrian, cuyos movimientos eran cada vez más torpes con el cierre del collar, distinguió cómo su esposa, con una mirada furiosa, afanaba los pendientes de brillantes que lucía en esos instantes una de sus

examantes. También pudo ver cómo Jacqueline sacaba su viejo talismán de su escote y le daba vueltas como si fuera un ritual, lo que significaba que estaba preparándose para llevar a cabo otro hurto.

Por último, sus ojos divisaron a Nicole, que se alejaba hacia la mesa de juegos, donde seguramente se haría con miles de libras a las cartas. Sus manos eran las más tramposas que había visto desde sus lejanos días en el mar, y eso que había convivido con hombres despiadados, mentirosos y brillantes estafadores.

Cuatro problemas en un mismo lugar

y un solo hombre para solucionarlos.

Enfurecido, Damian pensó seriamente en buscarle marido a sus cuñadas y así quitarse algún que otro quebradero de cabeza, pero lo más seguro era que esa decisión trajera aún más problemas con su esposa... ¡Y pensar que en algún momento del pasado llegó a quejarse de lo aburrida que era su vida!

En fin, todo eso fue antes de conocer a Alexandra y a sus descaradas hermanas. Lo primero era lo primero, caviló Damian dirigiéndose con paso firme hacia su primera captura de la noche.

—¡Adrian! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó furioso el Dragón dejándolos a todos paralizados por el miedo a sus bramidos y demostrando a los presentes que, pese a lo que la sociedad dijera, Lord Dragón aún no estaba domesticado.

Jacqueline supo que había conseguido su propósito cuando, a través de la sala, resonaron los gritos furiosos de Damian y todos los asistentes volvieron sus rostros expectantes ante el drama que no tardaría en llegar.

Hubo momentos en los que dudó de su plan, sobre todo cuando vio cómo la vena del cuello de Damian comenzó a latir ante la perspectiva de que Adrian se convirtiera en un ladrón ante sus invitados.

Por unos segundos temió por su pobre e ingenuo concuñado, al que siempre metían en medio de sus alocados propósitos, pero luego recordó cuánto le había fastidiado durante todo aquel día y con ello acalló su conciencia.

En fin, era el momento de demostrarle a su querida hermana que aún no había perdido su toque, así que,

como hacía siempre antes de iniciar uno de sus robos, sacó la moneda de su escote, que tanta suerte le había traído a lo largo de los años, y la giró distraída entre sus dedos mientras decidía cómo conseguiría el collar de lady Albany, una famosa viuda de largos cabellos rubios, ojos marrones un tanto pendencieros, curvas algo exageradas y suntuoso aspecto que no paraba de buscar un nuevo amante entre los hombres solteros y no tan solteros del lugar.

Nicole la había elegido porque la oyó murmurar que ella se convertiría, sin duda alguna, en la próxima amante

de Lord Dragón. Luego, según su hermana, continuó su extenso monólogo con ofensivos comentarios sobre Alexandra, y ya que su hermana mayor les tenía prohibido disparar, amenazar, golpear o acuchillar a los invitados de Damian, ambas hermanas se habían decidido por la más noble y razonable venganza que estaba dentro de sus posibilidades: despojarla de todo cuanto llevara encima de valor, empezando por su hermoso collar y terminando, sin duda, por los prendedores de su pelo.

Al acabar la noche, lady Albany no podría presumir de joya alguna, pues habría perdido todas y cada una de

ellas.

Decidida, Jacqueline finalmente se acercó al corro de estúpidas y frívolas jóvenes que rodeaban a la viuda llenas de admiración, alabando todavía más su hinchado ego.

—Como podéis ver, soy la mujer más hermosa del baile, nadie puede superar mi belleza —decía en ese momento lady Albany—. Ni siquiera la condesa de Cousland está a mi altura, y qué decir de esas jóvenes a las que el conde iba a presentar en sociedad. Están siempre solas y apartadas, aisladas como las solteronas y las viejas damas de compañía que perdieron su

oportunidad. Y, ¡por Dios!, ha llegado a mis oídos que una de ellas es pelirroja. ¿Os imagináis qué color más horrendo para lucir en público? Si yo tuviera ese aspecto, no dudaría en hacer lo que fuera necesario para no mostrarme así ante la gente. Está claro que por eso esas mujeres aún no han sido presentadas en sociedad.

La mano de Jacqueline se tensó de rabia mientras sutilmente se dirigía hacia el cierre del hermoso collar de su presa.

—Dinos, Linette, ¿por qué varón te has decidido este año? —preguntó una chica entre risitas a la viuda.

—En principio pensé en alegrar un poco la vida del conde de Cousland. Sin duda alguna a estas alturas ya será un aburrido hombre casado. Pero puede que me decante por el honorable y futuro conde de Wilmore; ya sabéis que hace poco llegó de la guerra condecorado por su gran valor y sus heridas no le han hecho perder nada de su gran atractivo para el matrimonio.

—Pero el conde de Wilmore es esquivo ante la idea de casarse, huye de ello como de la peste... en cuanto se pronuncia la palabra *casamiento*, desaparece —añadió otra de sus admiradoras.

—Sólo tengo que descubrir los gustos y deseos más secretos de ese hombre y luego tentarlo con ello sin llegar a darle todo lo que en verdad desea, únicamente un poco, para que no pueda dejar de pensar en mí.

—Oh, ¡qué lista eres! —declaró alegremente una juvenil voz.

—¡Y hermosa! —aseveró otra ingenua.

—¡Y estúpida! —susurró Jacqueline entre la multitud mientras deslizaba con delicadeza delante de todas el collar del cuello de Linette y lo guardaba en su escote.

—Sin duda, ese hombre caerá

rendido a tus pies —afirmó una tercera joven.

—Si no se fija en mí, ¿en quién podría hacerlo? —señaló Linette despectivamente riéndose, y las jóvenes damas que la rodeaban acompañaron sus risas sin percatarse de que ellas también habían sido ofendidas.

—¡Callaos! —gritó de repente una de las insulas muchachas.

—¡Él viene hacia aquí! —exclamó Linette sorprendida.

«Hora de marcharse», pensó Jacqueline, alejándose y caminando de espaldas entre la multitud, cuando de repente sus pasos tropezaron con una

fuerte y robusta presencia.

Jacqueline se volvió con una inocente sonrisa en los labios dispuesta a enfrentarse a su cuñado, pero ante sí se hallaba el hombre de ojos más fríos y actitud más severa que había visto jamás. Lucía un porte regio y arrogante, medía casi dos metros y, aunque su rostro era varonil y hermoso, sus intensos ojos azules la miraban como si le reprocharan algo. Jacqueline repasó con descaro su persona, intentando recordar por qué su rostro le sonaba, si ella nunca se había mezclado con la alta sociedad.

Su pelo negro estaba recogido

despreocupadamente en una cola que le llegaba más allá de los hombros, y sus ropas eran impecables, aunque destacaba entre todos porque vestía sólo de negro y la única nota de color era el elegante pañuelo blanco que rodeaba su cuello.

Ciertamente era un noble adinerado. El sello que portaba en el anillo de su dedo anular denotaba que su familia era antigua y prestigiosa. ¿Dónde había visto antes esos fríos ojos que la miraban a cada instante que pasaba con más reprobación?

—¿Me reconoces ya, endiablada pelirroja? —increpó el extraño sólo

para sus oídos mientras se inclinaba y besaba su mano ante todos como si la estuviera alabando.

Cuando él alzó su rostro y sus miradas volvieron a cruzarse, él dirigió sus ojos hacia la vieja moneda que colgaba de su cuello y susurró mientras tiraba de la joven hacia la pista de baile:

—Creo que tienes algo que me pertenece.

Cuando Jacqueline finalmente se dio cuenta de quién era ese hombre, ya era demasiado tarde para huir, pues se encontraba entre sus brazos dando vueltas por la grandiosa pista de baile

sin poder escapar.

—Veni, vidi, vici —murmuró lord Wilmore a su presa apretándola con fuerza contra su cuerpo, mostrándole con ello que no tenía escapatoria alguna.

Jacqueline hizo entonces lo que haría cualquier ladrón en su lugar: pensar con rapidez en cómo salir de esa situación y rezar porque ese hombre no le guardara mucho rencor por lo ocurrido años atrás.

Una última mirada a su rostro irascible le hizo comprender que, para él, el tiempo sólo había añadido furia a su resentimiento.

Capítulo 4

William sostenía con fuerza entre sus brazos a su engañosa gitana, que lucía como una joven dulce e inocente, con un vestido de baile de un apagado tono turquesa y un elaborado peinado que dejaba caer sus recogidos cabellos

alrededor de su rostro para destacar su salvaje belleza y sus retadores ojos verdes.

Aún no podía creer que al fin sus caminos se hubieran vuelto a cruzar, pero esta vez sería él quien saldría victorioso de ese encuentro. Sin duda alguna, recuperaría su valioso tesoro después de tantos años, y quizá reclamara algún premio de consolación, pensaba mirando lascivamente a su cautiva, para compensar los años llenos de dolor y soledad que le habían ocasionado su pequeña broma con la que perdió el respeto de los suyos y su dignidad.

Después de todo, ella era la que estaba fuera de lugar en esa fiesta, y una simple palabra suya haría que la detuvieran al instante, ya que él era un par del reino y ella, sólo una vulgar cingara que en esos momentos se dedicaba a desvalijar a los invitados de uno de los lores más temidos y poderosos. ¿Sabría ella a quién estaba robando?

—¿Qué haces aquí, gitana? — preguntó con desprecio William a su pareja de baile.

—No sé por qué me trata así, señor, ¡pero exijo que me suelte ahora mismo! —reclamó Jacqueline haciéndose la

víctima.

—¿Es que acaso quieres simular que tú y yo no nos conocemos?

—¡Es que no nos conocemos, milord! —interrumpió, decidida a hacerle dudar de sus palabras.

—Tú no puedes engañarme: grabé tu rostro de niña asilvestrada en mi mente y hay cosas que nunca cambian —sentenció William cogiendo entre sus dedos uno de los rizos de su cabello.

—En el mundo hay innumerables mujeres cuyos cabellos son cobrizos, y estoy segura de que en esta fiesta habrá más de una pelirroja aparte de mí.

—¡Ah! En eso no tienes suerte,

querida. De hecho, te he encontrado por esto —dijo dándole un leve tirón al mechón de pelo que aún acariciaban sus dedos—. Yo, como todo hombre sensato, aprendo de mis errores, y desde nuestro encuentro rehúyo a las pelirrojas pues sé a ciencia cierta lo traicioneras que pueden llegar a ser. ¡Cuál ha sido mi sorpresa al hallar a una mujer de cabellos llameantes entre las invitadas a la fiesta! Ya me disponía a esquivarte cuando has sacado eso de tu escote —indicó William señalando su moneda.

—Esto sólo es una baratija que le compré a un viejo gitano en una feria —comentó Jacqueline restándole

importancia.

—Sí, claro —replicó William con desprecio—. ¿Sabes cuántas monedas como ésa quedan actualmente en el mundo de las quince que se acuñaron originalmente? Exactamente tres. Lo sé porque durante años he intentado recuperarla. Una de ellas está expuesta en un museo de Francia; la otra la tiene en su poder un adinerado conde italiano que jura ser descendiente del mismísimo emperador que luce su rostro en ella, y la última la tienes tú, y es mi moneda.

—No sabía que fuera tan valiosa — declaró inocentemente Jacqueline, intentando ocultar en su rostro la

satisfacción de poseer un bien tan preciado.

—¡Sí! ¡Sí lo sabías! ¡Hace años yo te lo dije y por eso me la robaste!

—¡Me insulta, señor, al sugerir que yo puedo ser una ladrona! —exclamó Jacqueline haciéndose la ofendida mientras detenía abruptamente el baile e intentaba separarse de él.

Jacqueline pensó que tal vez con un pequeño escándalo William desistiría en sus acusaciones, pero estaba muy equivocada, pues él permaneció impasible ante ella mientras intentaba rechazarlo, y el muy ladino le sonrió maliciosamente mientras comentaba en

voz baja:

—Si te alejas de mí en este momento, descubriré ante todos dónde escondes el hermoso collar de lady Albany.

Jacqueline lo miró asombrada al sentirse desenmascarada, e hizo lo que haría cualquier ratero cuando los firmes juramentos por su inocencia fallan y éste se encuentra rodeado por una multitud expectante. Jacqueline no se movió de su lado: simplemente se desmayó de forma magistral entre los brazos de William a la espera de la ayuda de las mujeres y hombres que no tardaría en llegar.

—¡Pobre criatura! ¿Qué le ocurre?

—preguntó una anciana dama dispuesta a correr en pos de sus sales aromáticas.

—Si crees que esto te va a servir de algo, estás muy equivocada —susurró William a su acompañante supuestamente inconsciente.

—Se ha desmayado así de repente en mitad del baile, ¿no será por algo que usted le ha hecho o dicho, verdad joven? —lo reprendió un veterano coronel dispuesto a defender el honor de una inocente damisela.

—Esta treta no te va a librar de mí,

querida. Sólo servirá para avivar más mi genio —aseguró lord Wilmore al oído de Jacqueline. Luego cambió de interlocutor—: Tal vez le haya dicho algo que la haya alterado... —confirmó finalmente William a quienes los rodeaban, haciendo su papel de ingenuo a la perfección—. Ella me preguntó por la guerra y yo apenas pensé antes de hablar. Me temo que no dulcifiqué mis palabras a la hora de hablar de la batalla.

—¡Por Dios, joven! Debería saber lo delicadas que pueden llegar a ser las mujeres.

—Muy bien. Tú lo has querido.

¿Quieres jugar conmigo? Pues juguemos —volvió a susurrar amenazantemente William a su ladina ladrona. Luego volvió su atención a la concurrencia—. Por unos instantes olvidé lo impresionable que era mi pareja de baile —ironizó lord William sin que nadie se percatara de ello.

—Tome, joven, esto la ayudará a recuperar la consciencia —señaló con dulzura una anciana duquesa muy preocupada a la vez que le tendía un frasco con sus sales aromáticas.

William sonrió malévolamente mientras con brusquedad pasaba las sales junto a la delicada nariz de su

gitana, hasta casi introducir ésta en el bote oloroso. A pesar de todo, ella siguió fingiendo hallarse inconsciente frente a los presentes, pero lord William conocía sus pérfidas tretas y en ningún momento dudó de que su desmayo era fingido.

—Parece que las sales no funcionan, señora. Tal vez con un poco de agua... —comentó simulando preocupación a la espera de que le tendieran ésta con rapidez.

La anciana de las sales no tardó mucho en hallar a un hombre que le ofreció con gran delicadeza un vaso de agua. La señora remojó sutilmente sus

dedos y salpicó una y otra vez con finura el suave rostro de la joven inconsciente.

William, por su parte, sonrió con malicia mientras le arrebatava el vaso con brusquedad a la dama y se lo arrojaba a la cara sin miramiento alguno, poniendo con ello fin a su ficticio desmayo.

Jacqueline despertó con brusquedad de su supuesto desvanecimiento. Todo su rostro y la parte superior de su vestido se hallaban mojados por la *delicadeza* de ese animal, ese niño mimado de la alta sociedad que no podía dejar estar el robo ocurrido... ¿hacía cuanto...?, ¿trece años?

Ella miró con enojo a su supuesto salvador mientras éste le devolvía una sonrisa triunfante. Los dos se retaron en silencio mientras la multitud era ajena al juego de voluntades de los dos titanes que se desarrollaba delante de sus narices.

Los buenos samaritanos que rodeaban a Jacqueline no paraban de reñir a William por su falta de tacto, pero éste, ignorándolos a todos, esperaba el siguiente movimiento de su maliciosa pelirroja, que no tardó mucho en llegar.

—No me encuentro muy bien y estoy... algo mojada —declaró

Jacqueline con voz temblorosa—. Será mejor que me retire al estudio de lord Conrad y espere allí a mi hermana. ¿Me podría acompañar...? —pidió la joven a la anciana dama que se encontraba junto a ella.

—Por supuesto, querida — interrumpió William antes de que su gitana pudiera librarse de él dándose por aludido en el ruego de Jacqueline y creando la confusión ante los presentes —. Yo nunca podría dejarte sola. Esperaremos en el estudio de mi amigo a tu hermana y por fin podrás darle la gran noticia de que vamos a casarnos — anunció el conde ante todos, dejándolos

pasmados con la noticia y tan ensimismados por el cotilleo que allí se desarrollaba que ninguno se percató de cómo eran apagados los gritos de ira de la joven por el fuerte pecho del novio, que en su efusivo abrazo casi la asfixiaba.

Que lord William cruzara la pista de baile con su enfermiza mujer en brazos fue tomado como una muestra de romanticismo por la chismosa concurrencia. Pero, si hubieran agudizado un poco más sus sentidos, se habrían dado cuenta de que, una escena que en apariencia era una digna muestra de amor, en realidad se trataba de una

guerra entre enemigos, ya que, mientras él ocultaba el rostro furioso de su cingara contra sí y evitaba con sus fuertes brazos que ésta escapase, ella le estaba propinando un doloroso mordisco en el pecho que él simulaba no notar a la vez que sus labios exhibían una amorosa sonrisa hacia todos los que tuvieran el placer de contemplar a tan armoniosa pareja.

—Te lo advierto, me estás enojando —susurró William a su presa, dolorido.

La respuesta a sus amenazas fue un mordisco aún más fuerte.

William aligeró su paso hasta dar por fin con el estudio de su amigo. Como en ese momento estaba vacío, supuso que no le importaría que él lo utilizara para darle una lección a una pérfida pelirroja, con la que tenía cuentas pendientes.

Alfred, el inestimable ayuda de cámara de su compañero de la infancia que en ocasiones hacía las veces de mayordomo, acudió en su ayuda cuando se debatía sobre cómo abrir la puerta de la estancia sin soltar a su valiosa presa en el intento.

—¿Llamo a lord Conrad, señor, y le informo de que usted y la señorita lo

esperan en el estudio? —preguntó servilmente Alfred.

—No será necesario, Alfred. Además, esta señorita y yo tenemos cuentas pendientes —informó con malicia el conde de Wilmore mientras cerraba la puerta en las narices del viejo criado con el talón de una de sus suntuosas botas.

—¡Suéltame! —exigió Jacqueline a su raptor cuando al fin éste le permitió respirar.

—Faltaría más —contesto William, solícito—. Lo haré con la delicadeza que sin duda alguna merece una dama como tú —ironizó mientras la dejaba

caer con brusquedad en el sofá más cercano.

—¡Bruto! —gritó Jacqueline ofendida.

—¡Fiera! —acusó lord Turner mientras frotaba su pecho dolorido.

—¿Cómo se te ocurre decirles a todos que soy tu prometida? ¿No sabes el lío en el que nos has metido a ambos con tu estupidez? —reprendió Jacqueline a William, enfurecida, mientras se levantaba con rapidez para enfrentar los reproches de éste sin acobardarse ante su temible persona.

—Nadie jamás se ha atrevido a tratarme así, y menos aún después de

haber vuelto de la guerra sabiendo cómo matar a un hombre de cien formas diferentes —amenazó William acercándose peligrosamente a su gitana.

—Creo que te sobran noventa y nueve, pues me matarás de aburrimiento. Y yo jamás, ¿me oyes?, ¡jamás me dejaré intimidar por ningún hombre! — declaró la joven acercándose al conde de Wilmore sin dejarse amedrentar por él.

—¿Me estás retando, pelirroja? Te recuerdo que tú y yo tenemos muchos temas pendientes. El primero de ellos es que me devuelvas lo que me pertenece —exigió William, observando cómo su

moneda aún pendía del cuello de su astuta ladrona.

—Creo recordar que el dueño de esta moneda me dijo una vez «si un hombre no puede proteger lo que es suyo, no merece tenerlo» —comentó con burla Jacqueline mientras desprendía la moneda de su cuello, la mostraba con sorna a su dueño y la dejaba caer dentro del escote de su vestido, retándolo con este gesto a que intentara recuperarla.

William sonrió ladinamente mientras recorría con sus ojos el deseable cuerpo de su suntuosa pelirroja.

Su vestido empapado dejaba entrever unos hermosos y jugosos

pechos; su cintura era pequeña y perfecta para las fuertes manos de un hombre. Su trasero tentaba a su rígido miembro, que se tensaba más aún al imaginar las decenas de posturas en las que podría utilizarlo. En ese momento, una de las cosas que más lo intrigaban era si el color de sus cabellos sería igual de intenso en su lugar más íntimo. La idea de introducir una de sus manos en su escote y rebuscar en él para hallar su pertenencia le hacía divagar sobre cosas que nada tenían que ver con su perdida moneda.

—¿En serio crees que eso me detendrá? —preguntó William

terriblemente excitado ante la perspectiva de recuperar su tesoro.

—No —contestó Jacqueline alejándose de él hasta el rincón más apartado de la estancia—, pero esto puede que consiga hacerte desistir — señaló mientras sacaba con rapidez un cuchillo de debajo de su vestido y lo blandía ante él, amenazante.

William, que antes sólo pensaba en ella como en su torturadora particular, pasó en unos instantes a catalogarla como altamente peligrosa al ver en sus manos un arma. ¿Podría ser ella la mujer que estaba buscando en su misión secreta?

Decididamente, ella sería capaz de hacerse con facilidad con las pertenencias de cualquier incauto. Parecía muy capaz de manejar el arma que portaba en esos instantes y todavía no sabía cómo narices había entrado en esa fiesta una persona como ella. Lo más probable es que fuera la amante de algún lord acaudalado, o tal vez la meretriz del momento, aunque no vistiera como tal.

Muchas eran las preguntas que quedaban sin resolver sobre su misteriosa gitana. Lo más adecuado sería desarmarla y registrarla, por si llevaba con ella el sello desaparecido.

William sonrió mientras se acercaba a su sospechosa. Por primera vez en su vida iba a disfrutar llevando a cabo su trabajo.

—Oh, sí que voy a disfrutar... — comentó en voz baja a la vez que acorralaba a su presa.

¡Qué narices iba a disfrutar! Ese hombre definitivamente estaba ido, mal de la cabeza... hablaba consigo mismo y, para colmo de males, el cuchillo parecía haberlo alentado a ir a por ella, en vez de hacerle renunciar a su estúpido empeño.

Vale que cuando era apenas una niña le había jugado una mala pasada, pero no había sido para tanto, ¿no...? Por lo menos no había sido tan mala como para dejarlo chalado, o eso creía ella.

Sin duda su locura se debía a los estragos de la guerra, y, ahora, ¿cómo demonios iba a salir de esa situación sin dañar a uno de los invitados de su cuñado o sin armar un escándalo en mitad de la fiesta? Podría gritar para pedir ayuda, pero eso por supuesto haría que no sólo acudieran junto a ella sus seres queridos, sino también los cotillas de la alta sociedad.

Podría apuñalar a ese lord altivo,

pedante y mimado que había perdido el norte, pero mancharía la alfombra que tanto trabajo le costaba limpiar a Alfred. También podría maniatarlo y esconderlo para, horas más tarde, comentar el problema con sus hermanas y que éstas la ayudaran a solucionarlo. Sí, definitivamente lo ataría con las hermosas cuerdas de las cortinas y así saldría del paso.

«Demasiado tarde», pensó Jacqueline cuando vio cómo él observaba con interés las doradas cuerdas que segundos antes eran merecedoras de su atención.

Instantes después, William se arrojó

sobre ella dando fin a sus preocupaciones sobre qué hacer: Jacqueline era ahora la cautiva.

William se abalanzó sobre su presa con la habitual precisión y frialdad que le habían proporcionado sus años de soldado.

A pesar de lo hábil que era ella, él sólo tardó unos segundos en desarmarla. Una de sus manos apresó con fuerza la muñeca de Jacqueline, obligándola a desprenderse de su cuchillo. En el proceso, su mano quedó herida por el arma. La sangre que corría por su

muñeca fue ignorada; era el pequeño precio a pagar por su venganza, un simple rasguño, algo fácil de obviar para un hombre que había recibido cientos de heridas en la batalla.

Con una diestra llave, aprisionó a su gitana contra su cuerpo.

La espalda de ella se hallaba presionada contra su fuerte pecho mientras él sujetaba por delante sus ágiles manos con una de las suyas. Su otra mano voló hacia las cortinas, donde, de un fuerte tirón, rompió una de las cuerdas que no tardó en utilizar para atar las manos de la bella mujer que no cesaba de debatirse entre sus brazos con

insultos y forcejeos que, aunque no servían para nada, resultaban algo molestos.

—Y ahora, mi recompensa —susurró seductoramente William al oído de la chica, a la vez que introducía despacio una de las manos por su escote, acariciando en el proceso sus enhiestos pezones mientras indagaba en busca de su premio, el cual no se hizo esperar: ella lo mordió.

—Lo siento, querida, pero he tenido que hacerlo. Estoy más que harto de tus mordiscos, por no mencionar que así tu

lengua viperina quedará silenciada durante un tiempo —comentó lord Turner alegremente. La respuesta de Jacqueline fueron unos murmullos silenciados por el distinguido pañuelo blanco del conde, que ahora lucía con elegancia dentro de su boca.

—Lo siento, pelirroja, pero no entiendo lo que dices. ¿Podrías hablar un poco más alto? —se mofó William de su ladrona disfrutando muchísimo con ello.

Ella le dirigió una mirada llena de furia que él ignoró mientras acorralaba el voluptuoso cuerpo de su prisionera de cara a la pared. Con una de sus manos

sujetó las muñecas atadas por encima de la cabeza de Jacqueline. Con la otra mano, tanteó el excitante cuerpo de la joven como si de un registro se tratase.

—Tendré que inspeccionarte minuciosamente para ver si escondes otra arma entre tus ropas. ¿Alguna objeción? —preguntó William, irónico, ante los gemidos de protesta de Jacqueline—. Como no me respondes, intuyo que estás de acuerdo con ello —declaró William a la vez que acariciaba con lentitud su espalda, dirigiéndose hacia el sinuoso trasero, al cual dio un cachete con la palma de la mano cuando ella intentó huir de él nuevamente.

William había registrado a decenas de sospechosos en sus largas y solitarias misiones; alguno de ellos habían sido hermosas mujeres, pero ninguno de éstos lo había llevado al estado de excitación y anhelo en el que se encontraba en esos momentos.

Tal vez hubiera sido la discusión, el forcejeo o el entusiasmo de llevar a cabo su venganza por fin, pero en esos instantes sus deseos más sórdidos le reclamaban que tomara a la taimada pelirroja encima del escritorio, en el sofá, en el suelo... cualquiera de esos lugares era bueno para hacerla delirar de pasión entre sus brazos. O quizá los

probara todos y cada uno de ellos.

En esos momentos en los que su mano había alzado su vestido y acariciaba lentamente su suave muslo dirigiéndose hacia su interior, su misión quedaba olvidada en pos del placer que sin duda alguna podría hallar en los brazos de esa apasionada cingara.

Sus ideas lujuriosas se enfriaron por unos breves segundos al hallar en su camino el frío y reconocible metal de un arma de fuego oculta en una de sus ligas.

—Pero ¿se puede saber cuántas armas llevas encima, gitana mía? — exclamó sorprendido desprendiéndola de su arma y haciendo que en los ojos de

Jacqueline apareciera un brillo triunfante al saberse una amenaza, brillo que no tardó en desaparecer al escuchar las palabras que siguieron a ésas—. Me temo que tendré que desnudarte para asegurarme de que no tienes ninguna más. —William sonrió bribonamente mientras la volteaba y se enfrentaba cara a cara con su furiosa cautiva.

«Ya falta poco», pensaba Jacqueline mientras sus dedos sutilmente jugaban con la cuerda que aprisionaba sus muñecas, aflojándola cada vez más. Sólo necesitaba distraer a ese lord

demente para poder alcanzar con sigilo la botella de vino francés ubicada no muy lejos en una pequeña mesita redonda en la que normalmente se podía encontrar un hermoso jarrón con flores frescas del jardín. La botella parecía medio vacía, pero sería perfecta para usar como arma contra la cabeza de ese neandertal que no sabía tratar a las féminas.

«Tan sólo un poquito más», rogó triunfante mientras entre mordiscos consiguió al fin deshacerse del odioso pañuelo que hasta el momento había conseguido silenciar sus insultos.

—¡Animal! ¡Quítame tus sucias

manos de encima si no quieres que te convierta en un eunuco! —gritó Jacqueline enfurecida mientras alzaba una de sus rodillas intentando impactar con ella en la entrepierna de William.

Éste logró esquivar el golpe por muy poco, acorraló con su fuerte cuerpo el de ella contra la pared otra vez y alzó las manos atadas de su cautiva alrededor de su propio cuello.

—Veo que tendré que hallar otro modo de hacerte callar —declaró lord Turner con una sonrisa desvergonzada y un brillo lujurioso en sus intensos ojos azules.

Segundos después, sus labios

silenciaron las protestas de su gitana y sus apasionadas manos acallaron su enfado.

Los besos de William comenzaron con brusquedad arrasando la boca de la pelirroja, exigiéndole algo que ella no sabía darle, pero, una vez probada la dulzura de sus labios y viendo la inocencia de su presa, se tornaron más dulces y delicados.

William rozó con suavidad sus labios contra los suyos, mordisqueó con sensualidad su labio inferior, incitándola a abrir su boca. Su lengua no tardó en hallar respuesta. Al principio ella resistió la invasión de sus ardorosos

besos, pero pronto respondió imitando el juego de William.

Él atrajo a su gitana contra su fuerte cuerpo. Sus rudas manos acariciaron con delicadeza su espalda a la vez que comenzaban a desprender los botones de su vestido sin que ella apenas se percatara de ello.

Cuando llegó al último, William abarcó su exquisito trasero con sus fuertes manos, pegando su cuerpo al suyo para que sintiera su excitado miembro, que exigía ser aliviado. Sin dejar de besar a su lujuriosa pelirroja, William alzó las piernas de ésta alrededor de su cintura y se alejó de la

pared en busca de un lugar más cómodo donde ceder a su locura.

Jacqueline, que en un principio se había resistido a sus besos e incluso había intentado morder su lengua cuando penetró con brusquedad en su boca, pasó de luchar por su libertad a rendirse en sus brazos cuando él comenzó a tratarla con dulzura.

Tal vez fuera porque era el primer hombre que lograba robarle un beso, pero sus caricias estaban consiguiendo que su racional mente se perdiera en pos del momento.

Cuando él la alzó contra sí y ella pudo sentir su rígido miembro, su

cuerpo reaccionó excitándose por la perspectiva de ser ella la que había conseguido llevarlo a ese estado. Sintió cómo la levantaba contra su robusto cuerpo y ella lo ayudó enlazando sus piernas alrededor de su cintura.

William se movió con rapidez y decisión por la estancia, como si supiera adónde llevarla. Ella, por su parte, se rindió a él con gemidos de placer cuando sus labios abandonaron su boca y comenzaron a bajar por su cuello, besando con dulzura cada centímetro de su piel.

Mientras Jacqueline por fin lograba liberarse de su amarre sin que apenas le

importarse, William la despojaba de su vestido de noche con una rapidez asombrosa, arrojándola luego sobre el sofá del estudio sin dejar en ningún momento de deleitarse con la dulzura de su piel y dejando un camino de apasionados besos hasta el comienzo de sus pechos, que se erguían apetitosos bajo las estrecheces del corsé, algo que no fue impedimento alguno para las ágiles manos de lord Turner, que lo aflojó con premura para no tardar en descubrir las delicias que ocultaba.

Cuando los hermosos senos de Jacqueline apenas quedaron ocultos por una leve camisa, William bajó con

brusquedad la molesta prenda, apresando los brazos de su gitana a ambos lados. El cuerpo de ella tembló ante sus caricias y, finalmente, al hallar ante sí la tentación de sus erguidos y sonrosados pezones que coronaban sus redondos y plenos senos, William no pudo resistirse a devorarlos con avidez, a la vez que sus manos recorrían con lentitud el camino hacia su húmedo interior.

Jacqueline gimió desesperada por la tortura y el placer que él le prodigaba, y movió las caderas insinuantemente cuando las versadas manos de él abrieron su cuerpo expectante.

William se colocó entre sus firmes muslos, recorrió con una de sus manos sus largas piernas y acarició con lentitud su húmedo interior, haciéndola gritar llena de excitación.

Su otra mano subió por el costado hasta abarcar uno de sus pechos, mientras su boca se dedicaba a mordisquear con deleite uno de sus pezones.

Jacqueline, sorprendida, arqueó su cuerpo contra la mano del que hasta hacía poco era su rival, pero nada le importaba en esos instantes, cuando todo su ser reclamaba a William con una lujuria arrolladora.

William introdujo uno de sus dedos lentamente en su húmedo interior, mientras su pulgar acariciaba el centro de su placer una y otra vez. Marcó un ritmo con la mano e introdujo otro de sus dedos, haciéndola gritar, cada vez más cerca del éxtasis.

Jacqueline se movió contra su mano en busca de algo desconocido para ella que su cuerpo reclamaba alcanzar. Finalmente lo obtuvo cuando William introdujo un tercer dedo dentro de ella sin dejar de acariciarla.

Jacqueline se estremeció, aprisionando en su estrecho interior los rudos dedos, y gritó desenfrenada

mientras llegaba al éxtasis entre sus brazos.

William la miró triunfante a los ojos mientras sacaba sus húmedos dedos de su entrepierna y veía cómo el rostro avergonzado de su gitana se tornaba rojo, haciendo juego con el color de su cabello. Él se lamió entonces los dedos, haciéndola enrojecer todavía más y dejándola sin palabras ante todo lo ocurrido.

—Humm, ¡delicioso! —exclamó William mirando su cuerpo con lujuria—. Pero creo que no he tenido suficiente —declaró decididamente mientras sus labios acallaban las posibles protestas

de su cautiva.

Jacqueline no tardó en hallarse de nuevo perdida entre los brazos de ese hombre.

Ella, que por lo general los ignoraba a todos y en ocasiones se burlaba de ellos asegurando que verdaderamente los hombres eran el sexo más débil porque se manejaban con facilidad, en esos momentos no podía resistirse a ese lord arrogante que tan sólo buscaba venganza.

¡Pero es que besaba tan bien... y lo demás que hacía con esas manos y esa

boca...! ¡Dios!

Bueno, lo dejaría hacer sólo un poquito más, caviló Jacqueline mientras él acogía sus senos entre sus manos y sus pulgares jugueteaban con sus excitados pezones a la vez que su lengua los lamía.

Luego lo dejaría sin conocimiento con la estatuilla que había junto al sofá, lo ataría y le volvería a robar su moneda, que en esos momentos estaba... ¿Dónde demonios estaba su moneda? Segundos después, el paradero de su talismán le era irrelevante.

William se deleitaba una vez más con el dulce sabor del cuerpo de su

salvaje gitana.

Ninguna mujer le había respondido jamás con la ardiente pasión con la que ella correspondía a cada una de sus caricias. Podría pensar que todo era fingido, pero él sabía reconocer cuándo una mujer disfrutaba haciendo el amor y, de todas formas, ella no era tan buena actriz.

¡Por Dios! ¡Su miembro estaba a punto de estallar si no le daba pronto alivio! Pero antes de tomarla entre los almohadones del sofá, pensaba hacerla gritar una vez más entre sus brazos. Que ella fuera una espía o no, en esos instantes poco le importaba. La tomaría

con fiereza varias veces, después la haría prisionera y la interrogaría en su casa.

Especular sobre lo que podía hacer con ella en su gran mansión lo endureció aún más si cabía.

¡Y pensar que todo aquello había comenzado con la búsqueda de una moneda! Por cierto... ¿dónde estaría ahora la maldita moneda...?

«¡Qué más da!», declaró finalmente el conde de Wilmore cuando las caderas de su pelirroja se rozaron insinuantes contra su miembro.

Tal vez porque los dos amantes estaban demasiado distraídos por sus

bajas pasiones, no se percataron de que alguien abría la puerta del estudio con sigilo. Segundos después, lord William Turner tenía una amenazadora espada peligrosamente cerca de su cuello y una inquietante pistola apuntando a su cabeza.

Capítulo 5

—¡Apártate poco a poco de mi hermana!
No quiero que la manches con tu sangre
—ordenó de modo amenazante Nicole al
hombre, sin dejar de apuntar a su
cabeza.

—No es lo que parece —intentó

explicar débilmente Jacqueline a sus sanguinarias hermanas, mientras probaba a incorporarse bajo el cuerpo petrificado de un sorprendido lord—. ¡Quieres quitarte de encima! —gritó indignada a su acosador, que seguía inmóvil sobre su cuerpo en una postura un tanto comprometedora.

—Lo haría, querida, pero, si me muevo un milímetro, creo que la espada de esta encantadora dama me rebanará el pescuezo.

—¡Alex, por Dios, mueve tu espada para que yo pueda incorporarme! —rogó desesperada Jacqueline al ser encontrada en tal posición y sin poder

ocultar su vergüenza ante el hombre que aún admiraba su desnudez con tremendo descaro.

Alex alejó la espada despacio del cuello del individuo que apresaba a su hermana sin dejar de mirarlo amenazadoramente en ningún momento. Por su parte, Nicole no apartó en ningún instante su pistola de su objetivo.

Cuando William pudo incorporarse, dio un leve repaso a la situación y llegó a la conclusión de que esas féminas sin duda carecían del aprendizaje necesario para saber manejar las armas que portaban. Después de todo, sólo eran unas débiles mujeres.

Así que su gitana, después de todo, no era una espía, simplemente una ladrona, y él había tenido la desgracia de que fuera una de las cuñadas de su amigo, pensaba William mientras observaba con atención a la mujer de Lord Dragón.

Finalmente, se sentó con tranquilidad en el sofá a los pies de su cingara y aguardó pacientemente, con una burlona sonrisa en los labios, la explicación que daría su temperamental pelirrojo a sus hermanas sobre él y sobre lo que minutos antes estaban haciendo en ese mismo sofá.

Jacqueline se incorporó y cubrió con

rapidez su desnudez cuando el inepto neandertal se decidió a dejar de apresar su cuerpo. Durante unos instantes se sintió tentada de dejar que sus hermanas se deshicieran de él cuando vio con qué tranquilidad se sentaba junto a ella y le sonreía como si toda la situación fuera un chiste para él, y mientras él se relajaba tranquilamente, ella se devanaba los sesos pensando qué decir a sus hermanas para que no mancharan la alfombra del estudio, que tanto trabajo le costaba limpiar a Alfred, con la sangre de ese estúpido que no hacía otra cosa que sonreír.

—Todo esto es un tremendo error...

—comenzó a explicar Jacqueline con la esperanza de ser escuchada.

—No te preocupes, nos desharemos de él y ya está. ¿Dónde quieres que le pegue el tiro: en el corazón o en la cabeza? —preguntó sanguinariamente Nicole con una sonrisa de satisfacción en sus labios.

—¡No! —gritó Jacqueline interponiéndose entre ese lord estúpido y la pistola, porque, aunque él fuera el hombre más arrogante, necio y desdeñoso que había conocido, no quería verlo muerto en el suelo del estudio de su cuñado. Demasiadas explicaciones que dar cuando acabara el

día.

—¿Qué crees que estás haciendo?
¡Quítate de en medio! —ordenó Alex a su hermana con enfado.

—Él no me ha hecho ningún daño — declaró Jacqueline abiertamente a sus hermanas—. Ni me ha obligado a hacer nada.

—Entonces es aún peor de lo que nos imaginábamos: ¡te ha seducido y pensaba irse sin más! —señaló Nicole acusadoramente.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —exigió Alex dirigiéndose a William mientras colocaba de nuevo la punta de su afilada espada en su cuello.

—Que ningún lord se dignaría nunca a casarse con una vulgar gitana, por muchas hermanas armadas que ésta tuviera —contestó William con arrogancia luciendo una sonrisa burlona en su distinguido rostro.

—¡Escúchame bien, hombre estúpido...! —gritó Jacqueline enfurecida a la vez que le arrebatava la espada a su hermana y blandía ésta hábilmente contra William—. ¡Yo no soy ninguna gitana, aunque nos conociéramos en el campamento! ¡Además, cualquier lord tendría suerte si yo me casara con él, cosa que nunca haré porque, en mi opinión, todos los

hombres sois estúpidos!

—No estoy de acuerdo con esa afirmación. Yo no soy ningún estúpido —protestó William ofendido.

—¿No? Entonces, ¿puedes explicarme cómo es que yo tengo... esto? —repuso enseñándole su valiosa moneda—. Y tú, una vez más, pierdes tu tesoro a mis manos. La primera vez te dejé los pantalones cerca para que los recuperaras. Esta vez no seré tan caritativa —comentó la salvaje pelirroja con sed de venganza.

—¿Es que os conocéis? —preguntó Nicole.

—¿Acaso no lo recuerdas? Es el

mimado lord de los pantalones en el árbol —explicó Alex, rememorando el momento.

—Jack, ¿estás segura de que quieres sus pantalones? ¿No sería mejor simplemente matarlo? —apuntó Nicole, intrigada por la petición de su hermana.

—No, no quiero su sangre. Pero me ha ofendido y quiero una satisfacción por ello. ¡Así que, vamos, lord arrogante, quítate los pantalones! —apremió Jacqueline apretando el filo de la espada contra su cuello.

—Cariño, si querías verme sin ropa, sólo tenías que pedírmelo. La espada, a mi parecer, sobra. Después de todo, yo

ya he tenido el placer de verte a ti sin ninguna prenda —recordó William jocosamente mientras se desprendía de sus pantalones y se los arrojaba a su salvaje captora. Esta vez, lord William había aprendido la lección y usaba ropa interior, por lo que se quedó en calzones en medio de la estancia, observado intensamente por tres féminas nada contentas con su persona.

Jacqueline recogió la prenda airadamente con una mano y, sin apartar su furiosa mirada de los burlones ojos de William, le arrojó la espada a su hermana Alexandra para que ocupara su lugar.

—¿Sabéis qué? Después de todo he decidido que me importa muy poco lo que le pase a este lord presuntuoso, así que es todo vuestro —comentó Jack mientras salía de la estancia con su botín de nuevo escondido en el escote de su vestido y los pantalones del engreído lord sobre su hombro.

William la fulminó con la mirada recriminándole que, una vez más, huyera de un enfrentamiento dejándolo otra vez en una posición peliaguda.

Cuando la puerta se cerró, lord Turner, a pesar de su inapropiado atuendo, intentó ir tras ella, pero el filo de una espada y el cañón de un revólver

fueron grandes razones para hacerle desistir en su empeño de moverse del lugar.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó Nicole.

—Pues, para serte sincera, no lo sé —comento Alex preocupada.

—¿Lo atamos? —propuso Nicole ladinamente señalando las cuerdas de las cortinas y sellando así el destino del pobre conde.

—De todas las locuras que has llegado a realizar, como escapar en cueros de la casa de una mujer casada a

medianoche, apostar toda tu asignación a una sola carta, correr desnudo a lomos de un caballo... —comenzó a recriminar lord Damian, recordándole a su hermano algunas hazañas tras haberlo llevado a rastras desde el extenso y recargado salón de baile hasta el pequeño saloncito de té de su esposa, una estancia que apenas era utilizada por dama alguna, ya que su mujer aborrecía tremendamente el té.

—En mi defensa diré, sobre esa última travesura, que yo estaba muy borracho y el caballo, gracias a Dios, era muy viejo y dócil —intervino Adrian intentando defenderse.

—¡No me interrumpas! —reprendió Lord Dragón frenando las explicaciones del joven Adrian—. ¡Se puede saber qué narices te ha llevado a intentar desvalijar a nuestros invitados!

—¡Todo es culpa de esas dos embaucadoras que tú siempre me mandas vigilar! Ellas estaban planeando llevar a cabo un robo; intenté detenerlas, pero me chantajearon... Y luego dijeron que yo era torpe y... me retaron. Yo me resistí, pero es que Nicole siempre me gana a las cartas... y al final Jacqueline me convenció. Entonces yo...

—Ahora que tengo tus explicaciones, todo ha quedado

perfectamente aclarado —comentó Lord Dragón con ironía.

—¿De verdad? —preguntó Adrian esperanzado.

—¡Por supuesto que no! ¿Acaso crees que me voy a tragar que tú eres inocente en todo esto? ¡Esas damitas no me dan ni la mitad de los problemas y quebraderos de cabeza que me das tú con tus correrías y...!

—Señor, siento interrumpirlo —intervino Alfred en ese momento tras entrar silenciosamente en la estancia—, pero pienso que debería acudir de inmediato a su estudio. Creo haber visto cómo lord Turner entraba en él con la

señorita Jacqueline en sus brazos y en el baile corren rumores sobre un posible compromiso entre ambos.

—¡Tonterías, Alfred! Todo el mundo sabe que mi amigo odia a las pelirrojas —objetó Damian restándole importancia al anuncio de Alfred.

—Yo también creía eso, señor, pero puedo asegurarle que la mujer que portaba en sus brazos era pelirroja.

—Entonces será otra pelirroja, Alfred ... ¡No me molestes más! —ordenó Damian indignado por la interrupción de su reprimenda.

—Bien, señor, pero creo que debería saber también que he visto a su

esposa portando esa espada tan afilada que guarda usted como recuerdo de sus días en el mar, ésa de hoja curva que le regaló su amigo Alí.

—¿Mi cimitarra? —demandó confuso el conde de Cousland.

—Sí, milord.

—¿Y qué razón te dio cuando le preguntaste qué hacía con ella?

—Señor, me dijo que iba a limpiarla.

—Bueno, ahí lo tienes Alfred, no hay por qué preocuparse. Alex sólo tiene cierta curiosidad por mis armas y a mí no me importa dejárselas de vez en cuando. No te preocupes por ello,

Alfred, Alexandra sólo está aburrida — señaló Damian indicándole con un gesto de la mano que se retirara.

—Si usted lo dice, señor, tendrá razón. Pero no me preocupo demasiado porque su esposa decidiera limpiar su arma, me preocupo porque la señorita Nicole decidiera limpiar al mismo tiempo su revólver, y también el que ambas se dirigieran a su estudio, milord —comentó Alfred impasible mientras abandonaba la estancia.

—Damian, ¿no te cansas nunca de equivocarte? —preguntó Adrian con burla a su hermano.

—No tienes a la suerte, hermano, no

he terminado contigo —declaró Damian amenazadoramente.

—Damian —llamó Adrian con seriedad a su hermano antes de que éste se marchara a detener el derramamiento de sangre que sin duda se llevaría a cabo en su estudio si al final la pelirroja resultaba ser una de sus cuñadas.

—¿Qué? —rugió Lord Dragón.

—Te prometo que yo nunca perderé mi virtud en tu estudio —comentó Adrian jocosamente sin dejar de seguir a Damian por los pasillos a un ritmo acelerado, pues todo aquello era más interesante que el simple baile que se llevaba a cabo en el salón.

—Adrian, siento decirte que tú nunca has tenido virtud alguna — contestó Damian antes de abrir la puerta del estudio, rogando en silencio no haber llegado demasiado tarde o, después de cómo había tratado a Alfred, él mismo tendría que limpiar la alfombra... aunque... tal vez podría castigar a su hermano con esa labor.

Para desgracia de Damian, llegó demasiado tarde. No para evitar el derramamiento de sangre, pero sí para evitar que su amigo fuera humillado por su esposa y sus cuñadas. Ya se disponía

a adentrarse en su estudio cuando vio cómo Jacqueline salía por la puerta y pasaba junto a él con unos elegantes pantalones masculinos sobre uno de los hombros y una maliciosa sonrisa llena de satisfacción en los labios. Damian no tardó mucho en reconocer la prenda de vestir como perteneciente a su amigo ni en enviar a su hermano a recuperar el botín de su cuñada.

—Adrian, tráeme esos pantalones —ordenó Lord Dragón.

—¡Pero yo quiero ver lo que le han hecho a William!

—¡Ahora! —gritó Damian para poner en marcha a su hermano.

—Bueno, pero luego me contarás lo que ha pasado ahí dentro, ¿verdad? —preguntó Adrian esperanzado.

—¡No! —contestó el conde de Cousland de forma tajante.

—¡Vaya mierda! ¡Siempre me pierdo lo mejor! —protestó Adrian mientras andaba pausadamente tras los pasos de Jacqueline sin dejar de refunfuñar en ningún momento.

Cuando Damian entró en su estudio, la escena que vio ante él lo dejó más sorprendido que enfadado: su esposa y su cuñada Nicole se hallaban de espaldas a la puerta, por lo que su presencia todavía no había sido

percibida por ellas, aunque sí por su amigo William, que lo miraba suplicante.

William había sido atado a una de las sillas de su estudio con las doradas cuerdas de sus cortinas y lo habían amordazado con el blanco pañuelo que pocas horas antes adornaba aristocráticamente el cuello de su compañero de infancia. No contentas con eso, la espada de su mujer amenazaba el cuello de su amigo y la pistola de su cuñada estaba apoyada en la frente de éste mientras planeaban algo.

¿Qué narices estaban maquinando?

Tenía que ser algo temible, ya que William parecía aterrado con la idea de que los proyectos de sus secuestradoras pudieran ser llevados finalmente a cabo.

—Se realizará en un lugar íntimo — sugería su esposa como si eso fuera lo más adecuado.

—Y que sea breve, no me gusta ver a las personas sufrir demasiado — exigió Nicole amenazando de nuevo a William con el arma.

—Tendremos que comprar flores, muchas flores... A mí me gustan las rosas —mencionó Alex, ilusionada.

—Pues a mí, los crisantemos — indicó Nicole.

«¿Ésas no son las flores que se les lleva a los muertos? ¡Suficiente!», pensó Damian antes de interrumpir los planes de su mujer, que sin duda alguna tenían que conllevar la muerte inminente de su amigo.

—Espero, Alex, que no estés pensando en matar a uno de mis mejores amigos. Siento decirte que eso me molestaría profundamente —comentó Damian mientras le arrebatava la espada a su amada.

—¡Claro que no, Damian! ¿Cómo puedes creer que estaba pensando en liquidar a tu amigo? —le reprochó Alex enfrentándose a su furiosa mirada con

otra igual de airada.

—¿Cómo te atreves a mentirme a la cara si te he oído planear su funeral? —gritó Damian enfadado—. ¡Y tú, Nicole, será mejor que bajes el arma! —ordenó Lord Dragón hoscamente.

—No estaba organizando su funeral, lo sabrías si no te dedicaras a escuchar a escondidas como las viejas cotillas y me preguntaras, para variar.

—Bien, entonces dime qué demonios estabas maquinando hacer con mi amigo —quiso saber Damian esbozando una sonrisa de alivio a la espera de la respuesta.

—Una boda, Damian, estaba

planeando la boda de mi hermana, ya que ese al que llamas «tu amigo» estaba encima de ella, quien se hallaba medio desnuda en tu sofá, mientras en tu fiesta corrían rumores sobre un falso compromiso que él mismo había hecho circular. Ya que tú no has hecho nada por evitar que manchasen el buen nombre de mi Jacqueline, he decidido tomar cartas en el asunto yo misma — declaró Alexandra enfurecida a la vez que le arrebataba el arma a su esposo para volver a apuntar con ella a William.

—Alex, no puedes solucionar las cosas a punta de espada. Hay ocasiones

en las que la violencia no es necesaria... —trató de razonar Damian.

—¿Ah, sí? Pues bien, ¡soluciónaló tú! —propuso Alexandra mientras le tendía la espada de nuevo a su esposo —. Pero te advierto que, si la virtud de mi hermana no queda resarcida de alguna manera, ¡lo retaré a un duelo! —expuso Alex señalando a William, sin dejar en ningún momento de mirarlo amenazadoramente—. ¡Vámonos,

Nicole! Por lo visto Lord Dragón se basta solo para conseguir que el novio dé el «sí, quiero».

Nicole bajó el arma y siguió a su hermana, quien, enfurecida, se alejaba

de allí rápidamente. Cuando se hallaba en la puerta del estudio, a una buena distancia del sujeto, apuntó y disparó.

La bala pasó justo al lado de la cabeza de William.

Tan sólo unos centímetros más a la derecha y ahora sería hombre muerto. Los verdes y fríos ojos de la rubia lo miraron pendencieros.

—Esto por si en algún momento llegaste a pensar que no sabemos utilizar las armas... —indicó con descaro—. Por cierto, mi hermana Jacqueline es la mejor a la hora de lanzar los cuchillos, posee una gran puntería —añadió Nicole con una maliciosa sonrisa en los

labios mientras se marchaba de la estancia.

—Lo siento, William, pero creo que al final tendremos que hablar sobre tu boda —opinó Damian mientras se servía una copa y se sentaba tras su escritorio sin molestarse en desatar a su amigo, que lo miraba airado desde su atormentada posición.

—¡Por fin los conseguí! Me costó lo suyo que cediera, pero finalmente... —comentó Adrian, pantalones en mano, sin percatarse de lo que ocurría en la habitación.

Después se fijó en el hombre atado y en el agujero de bala que adornaba la

pared que hasta hacía muy poco permanecía impoluta.

—Siéntate, Adrian, esto nos llevará un tiempo. Por lo visto, William, al fin, ha decidido casarse.

—¿Ves como siempre me pierdo lo mejor? —apuntó el joven entre carcajadas mientras observaba con atención al hombre aprisionado en la silla, alegrándose enormemente de que esta vez él no fuese la víctima.

Capítulo 6

—Definitivamente, William, me has metido en un gran aprieto. ¿Cómo se te ha ocurrido, de entre todas las mujeres que hay en esta fiesta, tratar de seducir a mi cuñada? Lamento decirte que tendrás que casarte —comentó Damian

impasible desde su gran sillón.

—¡Vamos, Damian, no puedes estar hablando en serio! —protestó William mientras cogía los pantalones que tan jocosamente le tendía Adrian tras haberle desatado.

—Es lo que suele pasar en otoño: provoca la caída de las hojas... y de los pantalones también, por lo que veo —se rio Adrian recibiendo una mirada mortífera del conde de Wilmore mientras se vestía.

—Hablo totalmente en serio. No quiero que acabes siendo retado por mi esposa, y eso es lo que sin duda ocurrirá si no te enlazas con su hermana.

—Yo nunca aceptaría el desafío de una mujer.

—Ya lo sé, pero al final seré yo quien tenga que retarte a un duelo y en verdad no quiero matarte.

—Damian —aclaró William—, todo esto ha sido un terrible malentendido. Entre tu cuñada y yo no ha ocurrido nada irreparable.

—¿Acaso mi esposa no te ha encontrado encima de Jacqueline en una posición un tanto inadecuada? —quiso saber Lord Dragón.

—Puedo explicarte lo que ocurrió... —intentó defenderse William.

—Ya lo sé: tropezaste con los

pantalones bajados y caíste encima de Jacqueline —comentó con cierta ironía Adrian—. Créeme cuando te digo que esa excusa no es creíble, yo lo he intentado decenas de veces con maridos celosos y, definitivamente, no funciona.

—No ocurrió nada de eso, yo estaba vestido —intentó justificarse William con sus pretextos, que fueron escuchados por sus interlocutores con escasa convicción.

—Entonces, sin duda, podrás explicarme por qué, cuando entramos en el estudio, carecías de pantalones —ironizó Damian.

—Jacqueline me pidió los

pantalones y no tuve más remedio que dárselos —dijo lord Turner claramente enfadado con la situación.

—¡Esa excusa es muy buena! La recordaré para futuros encuentros con hombres casados excesivamente molestos —apuntó Adrian con sorna.

—No le veo la gracia a esta situación —reprendió William al jactancioso joven.

—Yo tampoco veo ninguna razón para esta charla; al fin y al cabo, tu futuro ya está decidido —comentó con alegría Adrian señalando el gesto ceñudo de su hermano—. ¡Felicidades, William! En breve serás un hombre

casado.

—¡Debéis de estar locas si creéis que accederé a casarme! ¡Y menos con ese hombre malcriado, manipulador, bruto, egoísta y...! —Los insultos continuaron, enumerando una larga lista de agravios sobre la persona de William mientras éste, airado y algo molesto, permanecía ante la puerta del pequeño salón de té decidido a seguir escuchando con atención esa interesante conversación. Sin duda, Jacqueline parecía hallarse tan en contra de esa unión como él mismo.

—Sabes que, ahora que te has aprovechado de su inocencia, debes casarte con él —bromeó Nicole quitándole importancia al asunto.

—¡No me he aprovechado de él, y dudo de que ese hombre haya sido inocente en su vida! —replicó Jacqueline.

—Creo que él no estaría de acuerdo contigo: después de todo, le has robado los pantalones en dos ocasiones —indicó Nicole entre carcajadas.

—Sí, fueron dos buenas ocasiones para rebajar un poco el subido ego de ese altanero lord —recordó Jacqueline sonriente.

—¡Dejaos ya de bromas! ¡Estoy hablando en serio cuando te digo que te casarás con lord Turner! —sentenció Alexandra acallando las risas de sus pícaras hermanas.

—No voy a casarme con ningún hombre por más que tú me lo ordenes, Alex, y menos con ése, que sólo sabe sacarme de quicio —negó Jacqueline.

—Entonces, ¿no sientes nada por él? Te lo pregunto porque, hace bien poco, estabas debajo de él besándolo apasionadamente, y creo recordar que tus manos se agarraban con fuerza a su espalda, no precisamente para alejarlo de ti.

—Yo... ¡Eso no es verdad! Sólo estaba planeando dejarlo inconsciente con la estatuilla que había junto al sofá.

—¿Y para eso tenías que quitarte la ropa? —preguntó con ironía Alexandra.

—Si no recuerdo mal, tú también te desnudaste para robarle a Lord Dragón —señaló Jacqueline a su hermana.

—Pero yo, a diferencia de ti, no negué en ningún momento lo que sentía por Damian. Por eso me casé con él.

—Pues yo pensaba que fue Lord Dragón quien te engañó para que finalmente fueras su esposa —señaló Nicole desbaratando la tajante afirmación de Alexandra.

—Bueno, sí, ¡pero yo ya había decidido quedarme con él!

—Me alegro por ti —repuso Jacqueline—, pero, como yo no siento nada por ese individuo, tendrás que buscar otra solución que te satisfaga para acallar los rumores.

—Ya he pensado en ello... si no os casáis, tendré que matarlo —declaró impasible Alexandra.

—Estoy totalmente de acuerdo con tu decisión, te ayudaré —apoyó con alegría Nicole, ignorando la cara de alarma que había quedado grabada en el rostro de Jacqueline al escuchar la solución a la que habían llegado sus

hermanas.

—No estaréis hablando en serio, ¿verdad? —preguntó Jacqueline preocupada.

—Por supuesto que sí; él ha robado tu inocencia y debe pagarlo. Si no es casándose contigo... —respondió Alexandra, dejando la frase sin terminar, para que Jacqueline se hiciera una idea de lo que podía llegar a pasarle a William.

—Pero no te preocupes. Por lo visto ese hombre no tiene ninguna buena cualidad. Después de todo, llevamos años escuchando cómo lo insultas y al parecer no ha cambiado demasiado

desde sus tiempos de juventud — recordó Nicole.

—Pero es un buen hombre a pesar de todo —declaró con firmeza Jacqueline—. Por lo que he podido escuchar, estuvo en la guerra y fue condecorado. Además, su mirada no es tan frívola como antes; sus ojos ocultan un gran pesar y aún no se ha recuperado totalmente de las heridas de la guerra: en ocasiones apoya más su peso sobre su pie derecho y cojea. No permitiré que le hagáis daño.

—Entonces todo solucionado: ¡te casarás con él! —sentenció tajante Alexandra.

—Alex, yo no he dicho eso...

—Hagamos una apuesta, Jacqueline

—sugirió burlonamente Nicole pinchando a su hermana—. ¿Cuál crees que será la respuesta de tu querido lord a esta unión?

—¡No es mi querido lord! Y él también estará en contra de esta boda.

—Bien, pues dejémoslo todo en sus manos. Si cuando nos lo encontremos, él responde negativamente, seréis ambos libres y no tendréis que casaros ni habrá derramamiento de sangre. Pero... si por el contrario, él accede a este enlace, tú te casarás con él sin rechistar —dictó Nicole, estableciendo las reglas del

juego.

—Bien, pero no podrá ser presionado por nadie, ni siquiera por Damian —añadió Jacqueline dispuesta a ganar su libertad.

—¿Estamos todas de acuerdo? —preguntó Alexandra, poniendo fin a los términos de la apuesta, obteniendo la afirmación de cada uno de sus miembros.

Una sonriente Nicole se levantó despacio del sofá del saloncito de té, se dirigió hacia la puerta con elegancia, seguida por su distinguida hermana mayor, la condesa de Cousland, y simplemente abrió la puerta dando paso

al interior de la estancia a un lord Turner algo sorprendido al verse rodeado por las hermanas de su gitana, esta vez de una forma amigable.

—No lo aburriremos con exigencias... —comenzó a decir Alexandra alegremente.

—Sólo le recordaremos unas cuantas cosas —continuó Nicole risueña.

—Amar, respetar y obedecer... Son sólo algunos de los votos que la novia debe pronunciar frente el altar —comentó con tranquilidad Alexandra.

—Sí, es verdad —contestó al fin William con una sonrisa a la vez que

miraba perversamente a Jacqueline y repetía los dos últimos votos nupciales —. Respetarme y obedecerme... No sabes cuánto me va a gustar oírte pronunciar esas palabras.

—Así que, ¿finalmente habrá boda? —preguntó impaciente Nicole.

—Sí; después de todo, creo que mi ardiente pelirroja hará de mí un hombre honrado —dijo William recordando la conversación que había tenido lugar unos minutos antes en esa estancia.

—Siento decirte, William, que tú nunca llegarás a ser un buen hombre —declaró altaneramente Jacqueline a la vez que pasaba con rapidez junto a él en

pos de sus hermanas y echaba su larga melena de rizos rebeldes por encima de su hombro, golpeando el rostro de lord William.

—¡Oh, querida! ¡No sabes cuánto me va a gustar ayudarte a que cumplas tus votos matrimoniales! Sobre todo el de obediencia, Jacqueline —murmuró William, jactancioso, mientras la veía alejarse.

El compromiso de lord William Turner, futuro conde de Wilmore, fue anunciado gozosamente en la fiesta por el conde y la condesa de Cousland.

Todos y cada uno de los invitados pasaron a felicitar a la alegre pareja, quienes al parecer no podían dejar de dirigirse románticas palabras entre susurros... Aunque la verdad era bien distinta, ya que los supuestos enamorados no cesaron de dedicarse mutuas amenazas y originales insultos a la vez que sonreían jubilosamente a todos los asistentes de esa velada.

La sonrisa de Jacqueline sólo se apagó unos segundos cuando vio dirigirse hacia ellos a la atractiva y presumida viuda lady Albany, que no dejó de insinuarse con descaro a William mientras éste apenas le prestaba

atención, ya que toda ella estaba fijada en su celosa pelirroja.

—Y, lord Turner, díganos, ¿cuál de las virtudes de su prometida le ha hecho caer finalmente en las redes del matrimonio? —preguntó con sensualidad la dama al conde de Wilmore.

—La verdad, lady Albany, es que mi prometido tiene debilidad por las pelirrojas —respondió Jacqueline divertida—. Ya sabe que no es un color muy común, no como el simple castaño o el apagado rubio de algunas mujeres —comentó Jacqueline—. ¡Oh, lo siento! Olvidaba que sus cabellos son rubios. Bueno, sólo puedo asegurarle una cosa:

mi William jamás se fijaría en usted — terminó finalmente Jacqueline con la habitual delicadeza que la caracterizaba y salió arrastrando a William con ella hacia otro lugar.

—¿Se puede saber qué te ha hecho esa mujer para enfurecerte tanto? — preguntó William sonriente al percatarse de lo celosa que podía llegar a ser su prometida. ¿Admitiría al fin su pelirroja que lo que sentía eran unos arrebatadores celos a causa de la hermosa viuda o utilizaría alguna excusa?

—Se metió con mi pelo, y nadie puede meterse con mi pelo...

—Ahora que lo dices...

—Ni siquiera tú, William, ¡eso sí que no te lo permito! —sentenció Jacqueline amenazándolo con un dedo. William respondió ante tales amenazas como haría cualquier otro futuro marido: rompió en ruidosas carcajadas en mitad de la multitud y, por primera vez en años después de sus días en la guerra, sus amigos volvieron a oír su risa.

—Tenías razón, Alex, a William le vendrá bien casarse con Jacqueline —susurró Lord Dragón en el oído de su esposa mientras observaba la felicidad que se marcaba en el rostro de su amigo después de tanto tiempo.

—Y a Jacqueline le vendrá bien estar casada con ese hombre, así dejará de hablarnos de él durante algún tiempo —coincidió Alexandra—. Llevo tantos años escuchándola maldecirlo que estoy profundamente agradecida de que al fin se hayan vuelto a encontrar. Así lo insultará a él a la cara y nos dejará en paz a mí y a Nicole.

—Pero ¿esos dos se conocían de antes? Creía que era la primera vez que se veían —comentó Damian sorprendido.

—¿Es que acaso no sabes por qué tu querido amigo le tiene pavor a las pelirrojas? —preguntó Alexandra

haciéndose de rogar.

—No, ¡cuéntamelo! —exigió Lord Dragón impaciente por conocer la historia.

—Pues, verás, es un largo relato: todo empezó en un campamento gitano...

¡El maldito no puede casarse! Tendría que haber muerto en la guerra como consecuencia de alguna bala perdida, ¡pero no!, el perfecto y siempre irreprochable William tenía que volver intacto de las crueldades del enemigo y encima colmado de honores. Y ahora, por si fuera poco,

encuentra a una mujer a la que parecen no importarle sus heridas; una mujer bella, rica e influyente, ya que por lo visto está emparentada con Lord Dragón.

Pero su felicidad no durará mucho tiempo... antes de que él retornara a su hogar, la noticia de su regreso llegó a mis oídos. Y en ese momento me dejé tentar por las promesas de gloria y dinero de un oscuro personaje e hice lo que hice, pero ya no hay vuelta atrás. El juego ha comenzado y será peligroso, pero el final tal vez me satisfaga, pues la Sombra me aseguró que, en esta ocasión, él desaparecerá

para siempre.

Esa noche, en el hogar de Lord Dragón, cuando todos deberían estar durmiendo, las antiguas ladronas recordaban sus viejos tiempos sentadas en una lujosa alfombra, a la vez que disfrutaban bebiendo de una cara botella de champán que se turnaban para vaciar entre carcajadas.

Durante algunos años, las tres vivieron en las profundidades más oscuras de un Londres que nadie debería conocer nunca, un lugar donde se ocultaron durante mucho tiempo para

poder sobrevivir a las crueldades de su tío, un tío que las creía muertas y que, cuando supo de su existencia, intentó eliminarlas.

Por suerte, Alexandra se enamoró de Damian, un hombre muy peligroso y con muchos recursos. Gracias a él, ya nada tenían que temer, pues su tío hacía años que había sido enviado como recluso a las colonias por sus delitos, y ahora tenían un hogar donde podían reír y ser ellas mismas. Pero en el fondo siempre serían un poco como aquellas ladronas de los bajos fondos que sobrevivían al día a día únicamente con su ingenio.

—Finalmente perdiste tu toque,

Jacqueline, ¡mira que ser descubierta por un simple hombre! —reprendió Nicole entre hipos.

—No es un simple hombre, ahora es su prometido —comentó burlonamente Alexandra a la vez que su lengua se trababa.

—¿Queréis dejarme en paz las dos de una vez? ¡Por vuestra culpa me veo obligada a casarme con un tipo emocionalmente inestable que cree poder llegar a ser mi dueño! —replicó Jacqueline furiosa, arrebatándole la botella a su hermana Nicole y dando un buen trago.

—¿Crees que está loco? —demandó

Alexandra, muy interesada por la respuesta de su hermana.

—Por supuesto que lo está si desea casarse con Jacqueline —se mofó Nicole.

—No podemos olvidar que, si ese hombre está mal de la cabeza, es por tu culpa, Jack —señaló Alexandra.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué? —preguntó Jacqueline intrigada por la acusación de su hermana.

—Pues porque le has robado dos veces los pantalones. Y los hombres se obsesionan con las mujeres que son capaces de robarles esa prenda en particular —declaró solemnemente

Alexandra alzándose ante todas con una nueva botella de champán.

—Pues que no se los hubiera quitado —sentenció Jacqueline terminando la primera botella y arrojándola a un lado.

—¿Sabes qué...? —intervino Nicole entre risitas descontroladas—. ¡Te vas a casar con un hombre que, ante la menor oportunidad, va y pierde los pantalones!

—Entonces tendré que recordarle que yo soy la única que podrá reclamar sus pantalones a partir de ahora —contestó Jacqueline con enfado.

—¿Y cómo lo harás?—preguntó Nicole curiosa.

—Oh, tengo mis recursos —repuso

Jacqueline mientras jugueteaba con el cuchillo escondido en una de sus ligas —. Cambiando de tema... como te dije esta mañana, yo aún mantengo mi toque —se jactó Jack mientras sacaba el collar de la arrogante viuda de su escote y lo balanceaba frente a sus hermanas.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! —replicó orgullosa Alex a la vez que sacaba de una bolsa oculta en su liga una elegante pulsera de diamantes y un elaborado broche de perlas.

—¿Y vosotras os hacéis llamar ladronas? —las increpó Nick mientras sacaba de un bolsillo oculto en su vestido una elegante bolsa llena de

pulseras, broches y un par de pendientes que hacían juego con el hermoso collar que había aportado Jacqueline al botín.

—¡Qué pena que tengamos que deshacernos de todo esto! —comentó Alex entre suspiros—. ¡Cómo me gustaría lucir alguna de sus joyas delante de esa engreída viuda!

—Pero, ¡querida!, lo mejor de mi parte del botín es que ha sido obtenido legalmente, ya que nuestra amada y hermosa Linette tiene dos debilidades: es orgullosa y le gusta jugar. Las dos juntas la han convertido en una víctima muy competente para mis ágiles juegos de cartas.

—¡Brindemos por ello! —gritó Alex extasiada dando un nuevo sorbo a la botella y pasándosela a su hermana Jacqueline.

Finalmente, las tres ladronzuelas acabaron en el suelo de la habitación, borrachas y retorciéndose entre risas mientras admiraban su botín.

—¿Se puede saber qué narices estáis haciendo en mi habitación? —exigió saber un enfadado Adrian a su cuñada y a sus hermanas al entrar en la estancia y encontrar esa singular escena ante él.

Las tres mujeres se levantaron tambaleantes entre risas de deleite. Alex cogió el botín; Jacqueline, la botella de

champán que aún estaba medio llena, y Nicole, la baraja de cartas con la que a veces torturaba al pobre Adrian.

Cada una de ellas fue pasando despreocupadamente junto al joven en dirección a la puerta.

—¿Me vais a decir qué hacíais en mi cuarto a las tres de la mañana, borrachas y jugando a las cartas con un montón de joyas?

Alexandra fue la primera en intentar darle una explicación.

—No hacíamos nada malo...

—Estábamos celebrando mi futuro enlace... —prosiguió Jacqueline.

—Ya hemos elegido las joyas que

lucirá Jacqueline en su boda —comentó Nicole con una pícaro sonrisa.

Por unos instantes, Adrian suspiró aliviado de que no se tratase de otra de las trastadas de esas mujeres, hasta que la menor de todas ellas, y la más maliciosa sin duda alguna, mencionó en voz alta:

—Además, teníamos que esconder nuestro botín en algún lugar.

—¡Si creéis que podéis guardar vuestro alijo en mi habitación, estáis...!

—Sus furiosas palabras fueron silenciadas por la dulce y delicada voz de Alexandra.

—No te preocupes, Adrian, lo

hemos guardado en un lugar seguro donde nadie lo encontrará jamás.

—Sí, está junto a tus pagarés. Esos pagarés que no quieres que vea tu hermano... —señaló Jacqueline luciendo en su rostro una astuta sonrisa.

—Eh... Bueno... De acuerdo, sin duda ése es un buen lugar —convino al final Adrian, rindiéndose una vez más ante las taimadas ladronas que hacía tiempo vivían en su hogar.

Capítulo 7

—Y las flores irán adornando el carruaje de caballos blancos...

—¡No olvides la alfombra roja! — interrumpió Nicole el apasionado relato de Alexandra.

—¡Ay, es verdad! Será una gran

alfombra roja con bordes dorados que llegará desde la calle hasta el altar y...

—¡Un coro! Sin duda Jacqueline querrá un coro de preciosos niños cantando en su boda —añadió Nicole luciendo una maliciosa sonrisa.

—¡Basta ya! —susurró Jacqueline a Nicole—. ¿No ves que Alex se está tomando todas tus estúpidas sugerencias en serio?

—Eso es lo que pasa por no dejarle celebrar su boda en condiciones —contestó Nicole entre susurros recordando la inusual boda de Alexandra y Damian, que contó con una novia drogada, un pirata amigo del

novio como testigo y un sacerdote amenazado por el novio ante su reticencia a celebrar tal enlace. Mientras, ambas veían cómo su hermana Alexandra paseaba de un lado a otro de la habitación sin parar de hacer anotaciones cada vez más emocionada por el futuro evento.

—¿Has hablado con Damian para que la haga entrar en razón? —preguntó Jacqueline a su hermana pequeña.

—Lo siento, pero ni siquiera él pudo hacerle desistir de la idea de organizar tu boda. Así que, como no puedo hacer nada, he decidido divertirme a tu costa ayudándola —comentó Nicole entre

carcajadas.

—Ésta me la pagarás, Nicole —
amenazó Jacqueline enojada.

—¿Cómo quieres que sea el vestido,
Jacqueline? —preguntó Alexandra
repentinamente, interrumpiendo sus
cuchicheos.

—Eh... blanco —contestó la novia
resignada.

—¿Por qué no le pones grandes
lazos o volantes? —insinuó
pérfidamente Nicole.

—Creo que ahora se llevan los
volantes y... pero tal vez los lazos... —
continuó Alexandra, ausente a todo lo
que no estuviera relacionado con la

ceremonia.

—¡Te juro, Nicole, que cuando menos te lo esperes te apuñalaré por la espalda! —gruñó Jacqueline en voz baja entre maldiciones.

—¡Venga, no te quejes! Después de todo, no es para tanto.

—¡Lazos! Definitivamente será blanco y con unos grandes lazos que... —anunció Alexandra en voz alta.

Jacqueline, tras escuchar la última declaración de su hermana, fulminó a Nicole con la mirada y abandonó la estancia insultando una y otra vez a Lord Dragón por no haberle dado una boda como Dios manda a Alexandra, ya que,

después de todo, sería ella quien sufriría una desmesuradamente recargada sin poder hacer nada para librarse de ello.

Seguro que el maldito novio estaba descansando plácidamente en su casa en esos momentos sin importarle, para nada, que muy pronto su vida pasaría a ser la de un hombre casado.

¡Ese arrogante! Hacía días que no iba a verla y encima, la última vez que lo hizo, él le recordó que pronto todas sus posesiones pasarían a ser suyas, incluida la odiosa moneda. Si ese idiota creía en serio que le entregaría su talismán sólo por ser su marido, podía empezar a esperar sentado: un ladrón

nunca, nunca jamás, se deshacía de su talismán, y ella no iba a ser la primera.

Llevaba dos días sin dormir.

William había tenido que salir de la ciudad en busca de una pista sobre los espías franceses que iban a comprar el sello perdido. Se trataba de un rumor incierto que lo había conducido hacia las afueras. Como su ausencia en Londres llamaría demasiado la atención, había optado por disfrazar su aspecto, una vez más, bajo una de las tantas personalidades que utilizaba para sus investigaciones.

En este momento era Josh, un simple criado que volvía a su hogar después de hacerles una visita a sus adorados padres en el campo. Entró sin problemas por la puerta del servicio y, cuando se aseguró de la ausencia de ojos curiosos, subió a sus aposentos, donde sucio, dolorido y cansado se deshizo de su disfraz y llamó a Oliver, su inestimable ayuda de cámara.

—Me alegro de que por fin haya retornado al hogar, señor —comentó el serio anciano que en una ocasión había sido un disciplinado soldado de su pelotón mientras recogía el mugriento disfraz.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí, Oliver? ¿Ha notado alguien mi marcha?

—Todo ha procedido con tranquilidad, milord, excepto una extraña visita de su prometida que exigía verlo para, según ella, apuñalarlo y torturarlo lentamente.

—Algo muy normal en ella. ¿Qué le dijiste sobre mi ausencia?

—Que usted no estaba en condiciones de recibirla, ya que se encontraba ebrio.

—Bueno, ahora pensará que soy un beodo inútil —comentó William, molesto con la idea de añadir un defecto más a la larga lista que ya tenía

Jacqueline sobre él.

—Pensé que era mejor decirle que era usted un vulgar borracho a que supiera la verdad sobre su viaje. Por cierto, señor, ¿piensa hablarle a su esposa sobre su otra vida?

—No, sólo tú sabes mi secreto.

—¿Y cómo va a justificar sus largas desapariciones?

—Ya se me ocurrirá algo; después de todo, sólo es una esposa, y las esposas no molestan a sus maridos con preguntas sobre esas cosas.

—No es por llevarle la contraria, milord, pero me pareció que no era del tipo de mujeres que callan ante las

ausencias de sus cónyuges.

—¡Pues aprenderá a hacerlo! —
concluyó William enfadado por las insolentes preguntas de su ayuda de cámara—. Ahora ordena que me preparen un baño. Estoy sucio, cansado y únicamente deseo dormir. Ya pensaré más tarde en la desagradable tarea de convertirme en un hombre casado, después de todo faltan días...

—Es mañana, señor, la boda se celebrará mañana —interrumpió Oliver mostrándole la realidad.

Al día siguiente sería una mujer

casada. La ceremonia se llevaría a cabo en una pequeña iglesia que Alexandra había abarrotado de flores. De fondo, un coro de veinte niños cantarían alguna sentimental canción, demasiado empalagosa para sus oídos, y ella caminaría del brazo de su cuñado sobre una enorme y elaborada alfombra roja mientras lucía un horrendo vestido lleno de volantes y lazos, ya que su hermana, al final, había sido incapaz de decidirse por un adorno en concreto.

Y al mismo tiempo que ella sufría las innumerables molestias de la boda, como eran probarse mil veces el vestido, comprobar la lista de invitados,

la elaboración del banquete o los adornos de la iglesia, su querido futuro marido decidía cogerse una cogorza de dos días en los que no salía de su habitación ni siquiera para dignarse a hablar con ella.

Si al principio tenía una mala opinión de William, en esos momentos era simplemente terrible, pensaba Jacqueline mientras se dirigía al estudio de Lord Dragón en busca de paz y tranquilidad, pero para su desgracia el estudio ya estaba ocupado.

—Dime que mis hermanas no te han seguido hasta aquí —rogó Jacqueline al joven Adrian, que se hallaba tumbado en

el sofá intentando paliar los males que traían consigo los excesos de la noche anterior.

—¡Calla! ¿O es que quieres que nos descubran? —ordenó Adrian a Jacqueline mientras se incorporaba—. He escapado por muy poco de esas dos, que andan como locas organizándolo todo para mañana. Mi hermano, el muy listo, se ha largado a su club de caballeros y yo he conseguido esconderme aquí antes de que esas lunáticas decidan encargarme alguna tarea como realizar un arreglo floral —explicó con ironía el joven a la intrusa—. Por cierto, ¿tú qué haces aquí?, ¿no

deberías estar probándote el vestido o algo así?

—Me estoy escondiendo de mis dos queridísimas hermanas. ¿Sabes cuántas veces me han hecho probar el horrendo traje de novia? ¡Por lo menos veinte! Estoy hasta las narices de todo este lío, y encima no he podido contactar con el prometido...

—¿Tan deseosa estás de volver a verlo que no puedes esperar?

—Sí, estoy deseosa de verlo para poder apuñalarlo, ya que no tengo la suficiente fuerza como para pegarle una paliza. Todo este asunto de la boda es por su culpa.

—Pienso que los hombres somos unas incautas víctimas en todo lo que se refiere al matrimonio, pero no discutiré contigo sobre este asunto. No obstante, puedo hacerte el favor de comunicarle alguno de tus amorosos mensajes al novio, ya que esta noche nos veremos en su despedida de soltero.

—¿Me puedes decir en qué consisten las despedidas de soltero de los hombres? —preguntó algo molesta Jacqueline imaginándose cuál sería la respuesta de Adrian.

—Ya sabes, es una excusa como otra cualquiera para excedernos en el juego, la bebida y las mujeres. Seguramente

haremos un buen recorrido por cada uno de los prostíbulos de la ciudad.

—¿Me estás diciendo que, mientras yo tengo que permanecer en esta casa, aguantando a mis dos hermanas, el novio se irá esta noche de juerga y asistirá mañana a mi boda borracho, con los bolsillos vacíos y apestando a perfume barato? —gritó Jacqueline enfurecida.

—Lo siento, querida, pero yo pienso asistir así a tu boda —comentó Adrian socarronamente.

—Pero tú no eres el novio —señaló Jacqueline paseándose airada de un lado a otro de la estancia—. ¡Está loco si piensa que le voy a permitir irse con

otra mujer! ¡Mientras me pertenezca, no pienso compartirlo con nadie! —declaró Jacqueline en voz alta, ignorando la presencia de su joven amigo, que la miraba asombrado ante su reacción.

—Siento decirte que no hay nada que puedas hacer para evitar que William se baje los pantalones esta noche. Después de todo, tengo entendido que suele perderlos con mucha facilidad —bromeó Adrian—. Como no sea que amenaces a todas las amorosas mujeres de Londres... —comentó el joven sin percatarse de la astuta sonrisa que comenzaba a atisbarse en el rostro de Jacqueline.

—Creo que finalmente hoy no podrás descansar de tus excesos, Adrian, ya que tendrás que acompañarme a algún que otro sórdido lugar —indicó Jacqueline instando a Adrian a levantarse.

—¿Cómo de sórdido? —preguntó Adrian, emocionado ante una nueva aventura—. ¡Espera un momento! ¡Tú...! ¡No querrás...! ¡No serás capaz, ¿verdad?! —se alarmó el joven al percatarse de lo que la chica pretendía.

—¡Oh, sí! ¡Sí lo soy! ¡Yo no comparto nada de lo que es mío, y menos aún a mi futuro marido!

Cuando William finalizó su baño, se dispuso a dormir durante todo el día hasta que llegara el momento de su boda, pero su descanso pronto fue interrumpido por una visita inesperada. William se apresuró hacia el estudio para atender a su amigo, intuyendo que las noticias de éste tal vez no le agradarían en absoluto.

Después de entrar en la estancia, se aseguró de que la puerta se hallaba cerrada y de que nadie los molestaría. Se dirigió con paso firme hacia donde escondía los licores más exquisitos y le sirvió una copa a su invitado, a la vez

que le preguntaba por el motivo de su presencia a horas tan tempranas en su hogar.

—Buenos días, Morrison, ¿a qué se debe tu visita? No habrás venido a felicitarme por mi boda, ¿verdad? — bromeó William mientras saboreaba el exquisito licor.

—No, y creo que tu esposa me echaría a patadas si supiera de la misión que vengo a encargarte. Nuestro hombre cree recordar que fue una de las bellas damas que acuden a La Belle Femme la que le robó el anillo. Creo que deberías ir hoy o mañana a investigar a ese lugar antes de que el anillo cambie de manos.

—¿Me estás diciendo que el día antes de mi boda debo pasar toda la noche en un famoso prostíbulo?

—También puedes ir mañana.

—¡Perfecto! Paso mi noche de bodas entre mujeres disolutas y a la mañana siguiente mi querida esposa me convierte en eunuco —comentó con cierto sarcasmo el futuro marido.

—No todas las mujeres se molestan cuando sus maridos abandonan su lecho.

—¡Oh, te puedo asegurar que ésta sí lo hará! —contestó William.

—Bueno, cuanto antes encuentres el anillo, antes dejará tu esposa de estar enfadada contigo por visitar esos

lugares tan impropios para hombres casados.

—¿Y mientras tanto? —preguntó William, resignado.

—Tanto para tu esposa como para la sociedad, serás un hombre infiel.

—La sociedad lo puede soportar, pero mi mujer...

—¿Crees que entrará en un estado de depresión y enfado como hacen muchas damas? —preguntó Morrison preocupado.

—Más bien en uno de cólera y agresión. Creo que ésta es una de las misiones más peligrosas que me has encomendado nunca.

—Ya sé que tendrás que enfrentarte a un desconocido espía francés, pero ya lo has hecho antes y...

—Morrison, lo decía por mi futura esposa. Ella de verdad es muy peligrosa —indicó William interrumpiendo el discurso de Morrison.

—¡Venga, Adrian! ¡No me puedo creer que quieras irte tan pronto a casa! ¿Es que acaso me vas a dejar solo, tú, que eres uno de los mayores juerguistas de Londres? —preguntó William, incrédulo ante el anuncio de Adrian.

—Es que esta noche estoy muy

cansado, y te recuerdo que mañana serás un hombre casado.

—Pero hasta mañana soy un hombre libre y quiero disfrutar el momento —repuso alegremente William tirando del joven Adrian hacia el lugar requerido.

—¿Es que no te basta con el juego y el licor que hemos disfrutado? ¿No estás ni un poquito cansado? —preguntó Adrian esperanzado.

—No, estoy completamente despejado y dispuesto a disfrutar al máximo de mi última noche de libertad —contestó lord William a la vez que tocaba al llamador de la puerta.

Como a todos los demás lores de

bolsillos repletos que llamaban a la puerta, fue recibido con gran amabilidad por los dueños del establecimiento. Sin mediar palabra, lo invitaron a entrar, pero, cuando estaba a punto de dejar su abrigo a una bella morena con escasa vestimenta que no paraba de sonreírle, la *madame* lo interceptó de manera un tanto brusca.

Se trataba de una mujer de mediana edad, muy hermosa y vestida con la elegancia de un salón de baile pero con el atrevimiento de una cortesana. Se acercó airada hacia lord William acompañada de dos de sus hombres más fornidos.

—Siento decirle, lord William, que no es bienvenido en este lugar.

—¡Pero si es la primera vez que entro en este establecimiento después de mis años en la guerra! ¿Es que crees acaso que mis gustos han cambiado, Marian? —preguntó William tuteando a la conocida *madame*.

—Sí, señor, definitivamente sus gustos han cambiado. Ahora son más peligrosos y más... ¿cómo decirlo...?, pelirrojos —comentó la *madame*, molesta ante la insistencia de lord William.

—Que me vaya a casar no significa que no pueda disfrutar de un poco de

diversión de vez en cuando —se jactó William señalando a algún que otro hombre casado que rondaba el lugar.

—¡Oh, para usted sí lo significa! Si no me cree, pregúntele a su amigo, que fue quien la trajo hasta aquí —sentenció la furiosa mujer, señalando a Adrian.

—¿Qué ha hecho? —preguntó William empezando a comprender lo ocurrido.

—Yo... esto... verás... ¡Ella me obligó a hacerlo! Yo no quería, pero Jacqueline es muy manipuladora y finalmente... —intentó explicar Adrian titubeante.

—Su futura mujer nos sorprendió

entrando abruptamente en mi hogar un tanto molesta con la idea de que usted le fuera infiel. Nos amenazó fríamente a todas y cada una de nosotras. Cuando nos reímos y la invité a marcharse, ella ni se inmutó, simplemente sonrió y, cuando mis hombres le mostraron la salida, sacó una pistola, una espada y unos cuchillos y me dijo que retaría a un duelo a la mujer que se acostara con usted, ya que tenía todo el derecho del mundo a defender su honor. Luego pasó a demostrarles a mis hombres lo hábil que era con cada una de esas armas.

—Como puedo ver, no tienen ni un rasguño, así que... —comentó William

intentando aplacar la furia de la *madame*.

—¡Mis hombres antes eran cinco! ¡Luis tiene un disparo en el pie; Mario, una leve herida en el costado, e Iván, una herida de cuchillo en la mano derecha!

—¿Y mi mujer? —preguntó William realmente preocupado por su salvaje pelirroja.

—¡Su mujer, señor mío, es una bárbara que ninguna de nosotras está dispuesta a enfrentar! —gritó histérica la casi siempre imperturbable *madame*, enseñándoles la salida.

William fue guiado *amablemente*

hasta la puerta por los dos matones restantes.

—No sé si esa mujer está loca, pero tenía un buen revolcón —comentó uno de los matones a su compañero.

William comenzó a tensarse de furia creyendo saber de la mujer de la cual estaban hablando. Cerró fuertemente los puños, reteniendo su ira hasta tener la certeza de que esos tipos no eran tan estúpidos como para hablar así de su futura esposa delante de él.

—Sería algo complicado acostarse con ella... demasiadas armas.

—Sí, pero ¿te imaginas lo salvaje que será en la cama?

—Ya se sabe que las pelirrojas tienen mucho carácter.

Sí, definitivamente esos dos eran muy estúpidos, pensó William mientras golpeaba a uno de ellos con fuerza, dejándolo inconsciente. Al otro lo agarró vigorosamente de la camisa, golpeándolo contra la pared. Del puño de su camisa surgió un cuchillo hábilmente escondido. Cuando el puñal amenazaba la garganta del matón, mientras éste miraba aterrado sus fríos ojos, William habló teniendo al fin toda su atención.

—¿No te has preguntado, mientras injuriabas a esa pelirroja, cómo de

peligroso tiene que ser su marido para no tener ni un solo rasguño después de ver lo hábil que era ella? —preguntó William apretando aún más el arma contra su cuello.

—No... no, señor, lo siento. No sabía que usted... Por favor, ¡no me haga daño! —rogó y suplicó la temblorosa alimaña.

—Pues la próxima vez tenlo en cuenta antes de hablar así de una dama —señaló William soltando bruscamente al hombre y abandonando el lugar sin prestar la menor atención a las personas que lo miraban sorprendidas por su reacción.

—Sin duda eso ha sido una violenta muestra de lo celoso que puedes llegar a ser —comentó burlonamente Adrian a su compañero.

—Yo no soy celoso —masculló William entre dientes algo molesto.

—Sin duda alguna... ¡y Jacqueline tampoco! —añadió Adrian con ironía, por lo que fue fulminado por una de las airadas miradas de William.

—¡Cállate si no quieres acabar como ellos! Después de todo, fuiste tú quien la trajo aquí. ¡Cómo se te ocurre, Adrian ! —gritó William indignado—. ¡Podían haberle hecho daño!

—Oh, te aseguro que Jacqueline

sabe defenderse. Después de todo, estuvimos en tres prostíbulos más y...

—¡Tres más! —exclamó William encolerizado—. ¿Y se puede saber adónde iré esta noche? —preguntó resignado el novio.

—Yo que tú, a casa a emborracharme, amigo mío —respondió Adrian—, pues después del tercer establecimiento se corrió la voz por todo Londres.

William se dirigió con paso firme y airado hacia su carruaje mientras Adrian intentaba seguirlo al mismo tiempo que no dejaba de bromear sobre lo ocurrido.

—Piensa en positivo, amigo: a esta

hora, mañana, serás un hombre casado.

Al final de la noche, el coche de caballos de lord William partió del lugar con un solo ocupante. Adrian, deprimido porque William le hubiera dado con la puerta en las narices después de uno de sus comentarios, decidió regresar al prostíbulo donde bellas señoritas lo ayudarían a pasar el rato hasta que llegara el momento de acudir al enlace.

Pero cuando llamó a la puerta, se le negó la entrada.

—¡Venga ya, pero si yo no soy el novio! —se quejó Adrian dirigiéndose a una robusta puerta que en todo momento

permaneció cerrada.

—Pero ronda usted compañías muy violentas, milord —contestó intransigentemente la voz de la *madame* a la que sólo le quedaba un hombre para hacer la guardia esa noche.

Capítulo 8

William paseaba de un lado a otro del estudio mientras se preguntaba cómo narices iba a llevar a cabo su misión si le habían prohibido la entrada en todos y cada uno de los burdeles de Londres.

Podría intentar convencer a

Morrison de que la participación de algún joven disoluto sería esencial para poder localizar el anillo, pero ¿cómo revelar a su superior que todo se había ido a pique por los celos de una mujer?

Morrison pensaba como él, que las mujeres tenían definido su lugar en la sociedad: debían ser frágiles, silenciosas y apocadas, estar siempre en segundo plano, detrás del marido, y no preguntar nunca sobre los asuntos importantes que ellas, con su delicada mente, nunca llegarían a comprender.

¿Cómo podía explicar que había llegado a comprometerse con una fémica que era todo lo contrario al ideal

impuesto por la sociedad? Y lo más extraño, ¿de qué manera podía hacerle entender que finalmente había sido él mismo, sin verse obligado por otros, quien había decidido casarse con esa salvaje de cabellos llameantes?

Tal vez en un principio le desagradó la idea de contraer matrimonio, pero, después de encontrarse con ella de nuevo, todo su mundo había cambiado. Lo que al principio era únicamente un juego para ambos y puede que una dulce venganza para él, se había convertido en algo mucho más serio.

Cierto que ella tenía algún que otro defecto, como unas manos demasiado

largas con tendencia a apropiarse de objetos ajenos, un genio de mil demonios, unos celos desastrosos y unos afilados cuchillos siempre dispuestos para la acción... pero también era la mujer más hermosa, salvaje y apasionada que había conocido nunca, y eso que él había abandonado el lecho de más de una famosa meretriz en Francia.

Solamente tras escuchar cómo ella lo había defendido ante sus hermanas, cómo lo comprendía sin apenas conocerlo y alababa sus heridas de guerra sin llegar a compadecerse de él o a repudiarlo con desagrado por éstas.... sólo en esos instantes, en los que la

había escuchado injurarlo y defenderlo con el mismo fervor, comprendió que ella era la única pareja posible para él, aunque eso no significara que se dejaría pisotear por ella y sus arranques de furia. Jacqueline tenía que conocer desde el principio su lugar. Si no le hacía comprender esto desde el comienzo de su matrimonio, quizá se envalentonara y decidiera acosarlo constantemente con preguntas que él no podría contestar.

Lo mejor sería hablar con ella antes de la boda sobre lo ocurrido y dejarle las cosas lo bastante claras como para que los hechos no se volvieran a repetir

y él pudiera cumplir con su misión. Así pues, lord William decidió hablar con Jacqueline sobre sus deberes como esposa, horas antes de la ceremonia, para que no pudiera escapar.

Y después de la tercera botella de whisky, decidió que lo mejor sería ir en ese momento.

Adrian dormía profundamente en su lecho después de una tremenda borrachera que le había hecho llegar a casa casi a rastras en un viejo y desastroso carruaje de alquiler. Esa noche era especialmente silenciosa

después de que la casa de lord Conrad se hubiera visto afectada por un tumulto constante en los últimos días debido a la boda de Jacqueline.

El joven por fin descansaba plácidamente en su cama hasta que su sueño fue interrumpido de repente por la sombra tambaleante de un hombre que se adentraba en su habitación tropezando torpemente con todo lo que encontraba a su paso.

A pesar de estar medio adormecido, los reflejos de Adrian no habían mermado, por lo que rápidamente extrajo la pistola que guardaba debajo de su almohada y apuntó a la cabeza del

intruso.

—Si eres un matón al que han enviado a cobrar parte de mis deudas, te recuerdo que todavía no se me ha agotado el plazo. Pero a ti tal vez sí, si insistes en ello —comentó fríamente Adrian a la sombra.

—Aparta eso de mi cara, Adrian —se quejó molesto el intruso.

—¿William? ¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —preguntó Adrian confuso mientras encendía la lámpara de aceite de su mesita.

—He venido a hablar con alguien.

—Estoy tremendamente agradecido de que me consideres apto para

contarme tus preocupaciones, pero son más de las dos de la mañana y...

—¡No quiero hablar contigo, idiota! Quiero hablar con Jacqueline.

—¿A las dos y media de la mañana y completamente borracho? ¡Ni lo sueñes!

—negó el joven impidiéndole el paso hacia el pasillo que daba hacia los demás dormitorios.

—Te prometo que sólo voy a hablar con ella.

—Sí, claro, ésta es la mejor hora para dialogar y, por supuesto, tú te encuentras en el mejor estado posible para mantener una conversación coherente —comentó Adrian

irónicamente.

—¡Voy a hablar con mi futura mujer y lo haré con o sin tu permiso! —dijo William cortando las bromas del joven—. Y si me molesto en explicarte esto es únicamente porque me confundí de balcón.

—Sí, suele pasarme —repuso Adrian en voz alta recordando otra confusión parecida hacía un tiempo con su cuñada como protagonista—. De acuerdo, te llevaré junto a Jacqueline. Pero que conste que esa pelirroja tiene muy mal despertar y, si te pasa algo, no me hago responsable.

Tras esas palabras, Adrian abrió su

puerta y condujo a William hacia la habitación de Jacqueline.

—Ahí es —dijo el joven señalando una puerta orientada hacia el extremo contrario de la casa—. Ten cuidado, tiene el sueño muy ligero —musitó Adrian antes de marcharse.

Mientras se adentraba silenciosamente en la habitación de su futura esposa, William pensaba en las últimas palabras de su amigo. ¿Qué habría querido decir con ello?

Sus dudas fueron resueltas al instante cuando percibió la débil luz de

una lámpara a la vez que un cuchillo volaba a través de la estancia hasta clavarse en la puerta, pasando muy cerca de su rostro.

—Adrian, si vienes a quejarte una vez más sobre por qué no te dejaron entrar en La Belle Femme, te diré que te vendrá bien probar la castidad para variar, aunque sea sólo durante un tiempo —comentó Jacqueline, adormilada, mientras se incorporaba en su lecho.

—¿Y a mí, señora mía? A mí también me vendrá bien, ¿verdad? —preguntó William mostrándole cuán grande era su enfado.

—¿A ti? —repuso Jacqueline, confusa al principio y furiosa finalmente al percatarse de la identidad del intruso —. ¡A ti te vendría bien dejar de olvidarte los pantalones en cualquier lado!

—Ah, pero el de esta noche no era cualquier lugar. Se trataba de una espléndida mansión llena de mujeres complacientes.

—¡Cuidado con lo que dices, William! Poseo más cuchillos y en este momento tengo muchas ganas de clavarlos en una parte esencial de tu cuerpo a la que seguro que le tienes mucho aprecio —amenazó irritada

Jacqueline retándolo con sus hermosos ojos verdes.

—¿Serías capaz de herir a tu futuro marido? —preguntó un William imperturbable mientras se adentraba más en la estancia, situándose frente a ella.

La respuesta de Jacqueline no fue otra que alzar con rapidez uno de sus afilados cuchillos hacia su garganta.

—Pelirroja, me temo que te gustan demasiado esos utensilios —se expresó jocosamente lord William a la vez que desarmaba con rapidez a su amada.

El cuchillo fue a parar a un oscuro rincón mientras Jacqueline era apresada fuertemente contra el robusto cuerpo de

William.

—Pero no tienes de qué preocuparte. Tal vez, si eres la mitad de complaciente de lo que pueden llegar a ser esas mujeres, no tenga que acudir a ellas — afirmó William sonriente ante los forcejeos airados que hacía su futura esposa por liberarse de sus brazos después de escuchar esas palabras.

—¡Eres un ser despreciable! ¡Si piensas que mañana me casaré contigo...! —gritó Jacqueline colérica.

—¡Oh, sí! Te casarás conmigo. ¡Me lo debes! ¿Acaso crees que te vas a librar de mí tan fácilmente después de todo el tiempo que he pasado

buscándote? ¡Qué mejor venganza que hacer de ti mi esposa, convirtiéndote en mi obediente mujercita tanto en el lecho como fuera de él!

—Para que yo te amara tendrías que poseer mi corazón, cosa que no te daré nunca. Para que te respetara, tendrías que convertirte en un hombre mucho mejor de lo que eres ahora, y para que te obedeciera, tendría que ocurrir un milagro. ¡Ésos son mis votos matrimoniales! —declaró Jacqueline en voz alta burlándose de su futuro esposo.

—Conformémonos, pues, únicamente con uno de ellos —sentenció William decidido, justo antes de devorar

los dulces labios de Jacqueline acallando así sus posibles protestas.

Ella mordió su labio inferior como reprimenda por su brusquedad, pero en ningún momento se alejó de los fuertes brazos que la atrajeron contra su robusto cuerpo, atestiguando la evidencia de su excitación.

William se deleitó con el sabor de sus labios y jugó con su lengua, mostrándole cuán apasionado podía llegar a ser un beso. Una de sus manos acarició su larga melena hasta enredarla alrededor de su puño y tirar de ésta hacia atrás, haciéndole exponer ante sus ojos su hermoso cuello y sus

exuberantes y atrayentes pechos.

Los labios de William abandonaron su boca para recorrer lentamente un camino descendente por su garganta; lamió y saboreó su piel hasta llegar a los turgentes senos, y los succionó por encima de la tela de su liviano camisón blanco.

Jacqueline gimió llena de excitación, dejándose llevar por la irracional atracción que los unía. William acarició uno de sus pechos, jugueteó con sus erectos pezones y finalmente, harto de la tela que ocultaba el hermoso cuerpo de su amada, rasgó con brusquedad el camisón, apartándolo de su camino.

Jacqueline, sorprendida por su violento comportamiento, se tensó entre sus brazos sin poder apartarse de él, ya que William aún la retenía junto a él, agarrando con fuerza su melena. Le preguntó confusa y entrecortadamente:

—William, ¿qué estás haciendo?

—Disfrutar de mi luna de miel — contestó él sin dejar de recorrer su cuerpo con apasionadas caricias.

—Pero la boda será mañana, hasta mañana no podemos...

—Querida, ahora ya es mañana — comentó sonriente William dirigiéndola hacia su lecho.

William tumbó a Jacqueline con

delicadeza en su cama, para luego desprender con dulzura los restos de su ajado camisón y sentir cómo la confusión llegaba a los ojos de su mujer. La silenció tomando de nuevo sus labios con dulces y delicados besos que descendían hacia la curva de su cuello, y continuó bajando al mismo tiempo que las caricias de sus manos.

Sus besos la hicieron estremecer de pasión cuando llegaron al ombligo y William utilizó su lengua. Jacqueline intentó detenerlo cuando él se dispuso a bajar hacia su lugar más íntimo, pero él finalmente separó sus firmes muslos para observar con gran placer el vértice

de rizos pelirrojos que cubrían su feminidad y acarició despacio con una de las manos su húmedo interior.

Ella gimió apasionadamente a la vez que alzaba sus caderas en busca de placer. Tras observar su sonrojado rostro, William decidió hacerla delirar. Bajó su cabeza hasta su íntimo lugar y lo besó con deleite. Luego pasó a utilizar su lengua con maestría una y otra vez sobre su sensible clítoris hasta hacerla gritar su nombre.

Cuando William introdujo uno de sus dedos en su interior sin dejar de lamerla, ella apresó sus cabellos con fuerza entre sus manos, guiando su

lengua hacia donde las cuotas de placer eran indescriptiblemente intensas.

El cuerpo de Jacqueline se convulsionó de éxtasis bajo su lengua; William no se detuvo hasta que ella estuvo completamente saciada y quedó lánguida bajo su cuerpo.

En el momento en el que ella apartó las manos de sus negros cabellos, William se alejó con lentitud y se desprendió con rapidez de su ropa sin dejar en ningún instante de mirar a su hermosa y salvaje gitana, cuyo cuerpo aún no sabía el nivel de gozo que podía llegar a alcanzar entre sus brazos.

El cuerpo de William poseía un

porte elegante aun sin ropa, y sus fuertes músculos eran muy atractivos. Mostraba alguna que otra pequeña cicatriz en el pecho y una bastante grande e imponente en la pierna izquierda, pero ninguno de estos hechos lo hacían menos atractivo.

Jacqueline lo miró curiosa, deleitándose con su desnudez, hasta que sus ojos se fijaron en su erguido miembro. Fue entonces cuando ella comenzó a dudar sobre la cordura de ambos.

¿Qué narices estaban haciendo?

William se alzó expectante ante el bello cuerpo de su futura mujer que lo esperaba ansioso y se introdujo en ella

con una feroz arremetida. William controló su desbocado deseo al percatarse del grito de dolor de su amada, que tras el malestar por la pérdida de su inocencia lo miraba con ojos acusadores.

—Al final parece que yo también te he robado algo —comentó complacido William mientras observaba cómo sus ojos verdes brillaban llenos de furia ante sus palabras.

—¡Quítate de encima! —gritó Jacqueline intentado apartarse de él.

—¡Oh, no! ¡Ahora no! —negó William cogiendo las delicadas manos que intentaban arañar su semblante y

colocándolas una a cada lado de su cabeza.

Luego movió su cuerpo lentamente, sin dejar de mirar cómo el rostro de su salvaje pelirroja se llenaba de placer, cuando sus acometidas pasaron a ser más rápidas y profundas.

William bajó su cabeza nuevamente al encuentro de los jugosos senos y, sin dejar de moverse en su interior, lamió y jugó con sus pezones, haciéndola gritar una y otra vez con deleite.

Cuando Jacqueline se movió bajo su cuerpo intentando seguir su ritmo, buscando su placentero clímax, él se introdujo más despacio, retrasando así

su llegada al éxtasis. Ella se enojó por lo que William le negaba, y lo rodeó con sus ágiles piernas, atrayéndolo más profundamente hacia su interior.

—¿Me quito ahora de encima, Jacqueline? —pregunto William jocosamente mientras la embestía con la fuerza que el cuerpo de ella le reclamaba—. ¿Salgo de tu cuerpo? —acometió de nuevo William, marcando un violento ritmo que la hizo sollozar de placer—. ¿Te dejo sola esta noche? —continuó William, aguardando su respuesta a la vez que soltaba las manos de Jacqueline.

La respuesta de ella no se hizo

esperar: sus manos lo atrajeron con fuerza hacia su excitado cuerpo y recorrieron su fuerte espalda. El cuerpo de Jacqueline se alzaba bajo él, reclamándolo, y William finalmente cedió cuando escuchó la rendición de su esposa.

—¡No, William, no te vayas! — suplicó Jacqueline entre gemidos de placer.

William le dirigió una sonrisa triunfante y arremetió contra su excitado cuerpo con fuertes embates que la llevaron a arañar su espalda y morder su hombro para acallar un grito de éxtasis cuando su cuerpo se convulsionó debajo

de William.

El autocontrol de William se deshizo en el momento en el que las uñas de su gitana se clavaron en su espalda... y, cuando ella lo mordió, él finalmente se dejó llevar por el placer.

Complacido y satisfecho, William se acostó a un lado de Jacqueline, cerró los ojos, cansado, y esperó durante unos instantes las réplicas y recriminaciones por lo sucedido. Pero, al no oír ni una sola palabra de sus labios, se acercó para observarla mejor. Ella descansaba de manera plácida con una sonrisa en los labios y se hallaba profundamente dormida.

William se rio al ver cómo podía domar a su salvaje fiera y la abrazó con fuerza contra su cuerpo, feliz al saber que al día siguiente ella le pertenecería para siempre.

Capítulo 9

La boda se celebró sin mayores contratiempos, aunque todos se sintieron sorprendidos ante la gran sonrisa de satisfacción que exhibía el novio frente al fruncido ceño de enojo que mostraba la novia.

Ya estaba, por fin lo había hecho. Al final se había casado con ese energúmeno luciendo el vestido más horroroso del mundo. A cada paso que daba, se ahogaba en medio de una marea de volantes y lazos que no la dejaban respirar. En esos momentos no sólo estaba molesta con William por haberse largado silenciosamente antes del amanecer sin despedirse siquiera, también estaba furiosa porque el muy taimado le había conseguido robar su talismán. No sólo eso, sino que se había atrevido a llevarlo triunfante en su

cuello el día de su boda.

¡Ah, pero a una ladrona no se la reta de esa manera y queda impune! De modo que, cuando el sacerdote los hubo declarado marido y mujer y hubo recitado mecánicamente la típica frase de «ya puede besar a la novia», había sido ella quien se había alzado amorosamente hacia el novio envolviendo su cuello con sus brazos, demostrándole con sus labios que la pasión de la noche anterior aún estaba presente entre ellos.

El novio le había devuelto el beso acercándola con fuerza contra su cuerpo para que notara lo preparado que estaba

para repetir pronto lo ocurrido en el dormitorio. Fue ella la que al final se apartó de William cuando comenzó a escuchar los murmullos de desaprobación de la alta sociedad ante tales muestras de cariño, pero, mientras él sonreía lleno de satisfacción por su victoria, ella se deleitaba en el hecho de que su talismán volvía a estar en sus manos. Esta vez a mejor recaudo de su antiguo dueño, quien todavía no se había percatado de que le habían robado frente al mismísimo altar, con decenas de testigos, el mismo día de su enlace.

William disfrutaba del espléndido y delicioso banquete que se estaba llevando a cabo en la mansión del conde de Cousland junto a sus amigos y familiares, cuando de repente se dio cuenta de la pérdida de su moneda. Ahora comprendía el motivo de la desmesurada muestra de afecto de su cariñosa esposa. Se volvió hacia ella sin perder en ningún momento la sonrisa y le declaró la guerra abiertamente.

—Ahora que eres mi mujer, no me importa que tengas mi valiosa moneda. Después de todo, siempre sabré dónde hallaros a ambas: esta noche, sin duda alguna, en mi cama —declaró William

sonriente, fijándose con atención en la reacción de la airada novia.

Ésta no se hizo esperar. Jacqueline lo miró indignada a la vez que dirigía su mano por debajo de la mesa hacia el bajo de su vestido. Antes de que ella pudiera extraer el afilado cuchillo para amenazarlo, él detuvo su mano apretándola con la suya contra su muslo.

—Aquí no, querida, o me temo que tendré que cachearte —susurró con socarronería William, soltando su mano y acariciando incitadoramente su muslo por encima de la liga—. Y ya sabemos cuánto me excita desarmarte; mejor lo dejamos para esta noche, cuando no

tengamos espectadores —comentó William mostrándole que ése no era el momento ni el lugar apropiado para comenzar su particular batalla.

Al fin, Jacqueline se rindió alzando su mano para seguir disfrutando de la comida, pero William continuó acariciándole maliciosamente el muslo, subiendo cada vez más hasta dar con su lugar más íntimo, donde una barrera formada por sus apretadas piernas intentaron hacerlo desistir de sus avances.

William se mostraba alegremente despreocupado ante todos los invitados mientras seguía con sus perversos

juegos por debajo de la mesa, por lo que Jacqueline permanecía tensa a su lado. En más de una ocasión intentó apartar la escandalosa mano de su muslo, pero él era más fuerte que ella y la traviesa mano acababa siempre en el mismo lugar o incluso un poco más arriba.

Cuando William comenzó atrevidamente a acariciar su húmedo interior, Jacqueline se sintió enormemente acalorada y excitada. Antes de que nadie supiera que estaba muy cerca de ignorarlos a todos y abalanzarse sobre William para rogarle que la poseyera allí mismo, buscó con desesperación una retirada de los

apasionados avances de su marido, por lo que, sin apenas importarle quién era, aceptó bailar con un desconocido cuando la música de un vals comenzó a sonar... algo que sin duda alguna fue un error, ya que desde la pista de baile pudo observar cómo la enfurecida mirada de William la seguía en cada instante, reprendiéndole su cobarde retirada.

Minutos después tuvo la certeza de que su enfado no era por su huida, sino por la pareja de baile que había aceptado, ya que, aunque dijera ser primo del novio, apretaba con demasiado entusiasmo a la novia contra

su cuerpo mientras le sonreía pérfidamente a William.

William observaba con atención la elegante pareja de baile que formaban su hermosa mujer y su refinado primo, y no le gustó nada que toda la sociedad comentara lo adecuado que hubiera sido una unión entre ambos. Su primo Christian era el prototipo de perfecto lord inglés, un atractivo rubio de ojos azules de exquisito comportamiento.

Con sólo un año más que él, Christian había decidido ser el hombre ocioso que toda la sociedad esperaba de

él; por ello, en vez de ganarse su sustento, recibía una pequeña asignación de sus familiares más cercanos y esperaba con entusiasmo a que William falleciera para poder heredar su título y sus tierras.

Mientras tanto, las deudas lo habían acosado hasta tal punto que finalmente se había casado hacía algunos años con una joven heredera, gracias a la cual ahora podía gastar todo el dinero que quisiera, pero su temprano casamiento le llevaba a intentar buscar diversiones en los lugares más extraños, como en esos instantes, en los que se atrevía a coquetear con su esposa jugándose con

ello la vida, ya que, si no lo hería Jacqueline con su cuchillo, sería él mismo quien le rebanaría el pescuezo si se acercaba un poco más a su esposa.

William apretó los puños con firmeza a ambos costados, intentando controlar la rabia que le invadía al ver a Jacqueline con otro, y respiró profundamente una y otra vez repitiéndose que no podía matar a nadie el día de su boda.

—Controla tu temperamento, William. Yo ya estoy acostumbrada a pasar por alto sus indiscreciones. Tal vez te convendría comenzar a hacerlo — manifestó una pequeña y poco agraciada

rubia que miraba a su marido con resignación.

—Eleonor —respondió William saludando a la esposa de su primo—. Siento que mi primo sea un dandi indiscreto, pero mi mujer nunca me sería infiel. Aunque, si mi primo sigue insistiendo, al final tendré que convertirte en una alegre viuda.

—¡Por Dios, William! Ninguna mujer merece tal despliegue de violencia.

—La mía, sí.

—Las mujeres no apreciamos los actos violentos; de hecho, nos desagradan sobremanera. Te recomiendo

simplemente que hagas como yo y mires hacia otro lado...

Mientras Eleonor seguía con su innecesario discurso sobre la discreción, él era el único en el baile que veía en realidad lo que estaba a punto de ocurrir. Rio al observar cómo los ojos de su amada brillaban llenos de furia mientras una de sus manos no dejaba de rozar sutilmente el vestido asegurándose de que su arma continuaba en su sitio.

Sin duda su salvaje pelirroja estaba pensando en la manera de apuñalar a su primo sin llegar a manchar el immaculado suelo blanco que tanto le

costaba limpiar a Alfred... así que, decidido a evitar un asesinato, avanzó hacia su amada, ignorando las miradas de asombro de la concurrencia ante la interrupción del baile, y cogió la mano con la que Jacqueline distraídamente acariciaba su escondida arma. La atrajo hacia sí con habilidosa soltura y prosiguió bailando al son de la música ante la irritada mirada de su primo.

—¡Gracias a Dios, William! ¡Si llegas a tardar un minuto más, le clavo un cuchillo en el ojo! —exclamó ella aliviada.

—¿Es que acaso te estaba molestando? —preguntó William

sonriendo, satisfecho ante la reacción de la novia, ya que todos siempre se dejaban encandilar por el atrayente encanto de Christian.

—¿Molestarme? Más bien me estaba insultando al insinuar que a mí me podría interesar tener una aventura con él —comentó indignada Jacqueline.

—Muchas mujeres lo encuentran tremendamente atractivo y podrían sentirse tentadas a...

—William, yo no soy como las demás mujeres —interrumpió Jacqueline ofendida.

—Entonces, ¿cómo has respondido a sus avances? —quiso saber William,

poseído por los celos, acercándola a él hasta que no quedó distancia alguna entre sus cuerpos.

—Le he comentado con amabilidad que, si se atrevía a hacerme alguna otra proposición deshonesta, le cortarían la lengua, pero él sólo se ha reído de mí. Te juro que he estado a punto de demostrarle lo hábil que soy con el cuchillo.

—El infeliz no se imagina lo cerca que ha estado de perder varios miembros de su cuerpo —comentó maliciosamente William, mientras, con alegría, daba vueltas por el salón de baile.

—William, yo sólo le he amenazado con cortarle la lengua...

—Pero, querida, yo segaría otras partes menos evidentes de su anatomía. Y créeme cuando te digo que de mí no se reiría —sentenció William dirigiéndole una mirada beligerante a su primo, que los observaba atentamente desde un apartado rincón.

Él está feliz, demasiado feliz para que ésta sea una boda forzada como cuentan todos.

Tenía la ilusión de que llegara a ser tan infeliz como yo, pero siempre se

puede lograr destruir un matrimonio cuando está lleno de mentiras y engaños. Y ésta es, sin duda, una unión de lo más extraña, parece débil, es débil..., y por eso cualquier rumor puede dañarlos.

No sé si deseo más el sufrimiento de William al verlo perder algo que aprecia... o su muerte. Las dos opciones me agradan. Ahora tan sólo tengo que elegir una de ellas para llevarla a cabo; después de todo, la Sombra me ayudará, ya que yo le he conseguido lo que tanto ansiaba.

William estaba hasta las narices de tantos festejos.

Tras hablar con Morrison detenidamente, por fin habían encontrado al candidato perfecto para ayudarlos en su cometido. Aunque no le había costado mucho convencer al joven licenciado para que los ayudara en su misión, sí que le había resultado difícil conseguir que Morrison le concediera un respiro en su trabajo. Al final, convencido de que William pronto podría regresar a la acción, le había dado un permiso temporal.

Lo único que quería hacer, ahora que era un hombre casado, era arrastrar a su

mujer hacia su alcoba y no salir de ella en una semana, aunque no sabía si ese tiempo le bastaría para acallar su deseo por su pelirroja.

Después de pasar la primera noche con Jacqueline, pensó que se olvidaría de ella, que su cuerpo ya no le resultaría tan atrayente una vez probado, pero estaba muy equivocado: ahora la deseaba con más anhelo que antes de poseerla.

A cada instante recordaba todo lo sucedido en su habitación y pensaba cómo repetirlo en decenas de sitios y posturas distintas. Hacía años que no se encontraba con la libido tan desbocada

como en esos instantes; de hecho, la última vez había sido en su adolescencia.

En el momento en el que vio a Jacqueline dirigirse hacia el estudio, puede que en busca de tranquilidad, no pudo evitar la tentación de seguirla. Tal vez, si insistía un poco, podrían llegar a terminar lo que habían comenzado hacía unos cuantos días en el sofá de Lord Dragón.

Por desgracia para William, lady Albany se interpuso en su camino. Ella se adentró en el estudio poco después de que su mujer entrara en él, así que William decidió esperar. Se introdujo en

una habitación adyacente, que tenía una puerta que comunicaba ambas estancias, dispuesto a esperar su momento.

Mientras lo hacía, la voz de la viuda sonaba tan estruendosa y la de su mujer tan serena que no pudo evitar entreabrir la puerta para observar la escena sin que ellas se percataran de su presencia.

—¡Esos pendientes son míos! — gritó colérica lady Albany a Jacqueline.

«Menudos pulmones», pensó William cada vez más interesado.

—Sí, lo sé. Y también sé que mi hermana Nicole los ganó honradamente jugando a las cartas contra usted. Si usted los apostó y perdió, no es

problema mío. Ahora me pertenecen — comentó Jacqueline imperturbable ante sus gritos.

«Conociendo a las hermanas de Jacqueline, sin duda hay trampas de por medio», especuló el novio ansioso por saber qué ocurriría a continuación.

—¡Su hermana hizo trampas! ¡La acusaré a la policía si no me los devuelve! —amenazó la viuda, molesta.

—Si puede demostrar que mi hermana hizo trampas, son todo suyos — respondió irónica Jacqueline con una sonrisa.

«Nunca podrá demostrarlo.»
William lo supo en el mismo momento

en el que Jacqueline lo sugirió.

—No le conviene convertirse en mi enemiga —advirtió Linette como último recurso.

—Señora, usted simplemente me es indiferente —repuso Jacqueline dándole la espalda en busca de un buen libro con el que pasar el rato.

—¡Tú, niña insolente! —chilló lady Albany mientras cogía a Jacqueline con brusquedad del brazo y la volvía hacia ella.

Tras ver la mirada de advertencia de los amenazantes ojos de la joven, lady Albany la soltó; no obstante, prosiguió con sus advertencias.

—¿Sabes que haré? Sólo por diversión, me convertiré en la amante de tu marido y, cuando nos crucemos en alguna fiesta, luciré las joyas que él me regale —declaró la viuda dispuesta a hacer daño.

«Tremendo error», pensó William cuando vio un brillo beligerante en los preciosos ojos verdes de su esposa.

—Mi marido no tendrá amante alguna. Es mío y no me gusta compartir —anunció la salvaje pelirroja con tono amenazador.

—¿Y qué harás para impedirlo? —preguntó jactanciosa lady Albany.

—¿Acaso no ha escuchado rumores

sobre mí y mis celos?

«No, no será capaz...», pensó William.

—Sí, pero eran tremendamente ridículos. El pensar que una mujer supiera manejar un cuchí... —antes de que la dama terminara de hablar, un cuchillo voló por la estancia hasta clavarse en una pared cercana. En el trayecto consiguió cortar varios mechones del cabello de la viuda y lograr que ésta enmudeciera de terror.

—Los rumores sobre mí son ciertos. —Jacqueline sonrió ladinamente mientras sostenía con habilidad otro de sus cuchillos entre los dedos.

«Por desgracia para todos, sí lo es; es capaz de eso y de mucho más», concluyó William al observar el cuchillo clavado en la pared.

La reacción de la viuda no se hizo esperar y salió corriendo de la estancia como una loca gritando que la querían matar.

Jacqueline, por su parte, suspiró resignada ante la idiotez de la mujer y con tranquilidad desclavó el cuchillo de la pared y lo volvió a guardar en su sitio, una hermosa liga de cuero que tenía cabida para unos cuantos cuchillos, pequeños pero afilados, que rodeaban su esbelto muslo haciéndolo más tentador

si cabía.

William se excitó por primera vez en su vida ante la visión de un arma y, recordando el motivo que lo había llevado hacia esa habitación, abrió la puerta dejándola sorprendida por su inesperada aparición.

—¡Nos vamos ahora! —ordenó William después de besarla con pasión, arrastrándola hacia la salida.

Mientras evitaban a la multitud y se escabullían, Lord Dragón se interpuso en el camino de su amigo y reprendió severamente a Jacqueline.

—¿Se puede saber qué le has dicho a lady Albany? No para de chillar y de

decir estúpideces, alarmando a todo el mundo.

—Tan sólo fue una pequeña desavenencia entre mi mujer y lady Albany —la defendió William.

—Pero ella asegura que Jacqueline intentó matarla lanzándole un cuchillo —comentó Damian insistiendo en saber lo ocurrido.

—Exagera —concluyó William restándole importancia, pero, cuando Lord Dragón comenzaba a apaciguarse, añadió—: mi esposa tiene una excelente puntería.

Adrian permanecía tumbado en uno de los amplios divanes rojos de ese escandaloso establecimiento. A su alrededor, un grupo de féminas lo halagaban con promesas de placer y lo tentaban con sinuosas caricias que prodigaban desvergonzadamente por todo su cuerpo.

A pesar de que todo el que lo viera en ese lugar coqueteando con las desvergonzadas mujeres que lo frecuentaban creería que el joven disoluto era un simple hedonista en busca de placer, no era eso lo que en verdad estaba haciendo Adrian.

Aunque muchos dudarían de ello,

Adrian estaba ayudando a un amigo. Concretamente al pobre de William, un hombre casado que en esos momentos correría el peligro de ser acuchillado si hubiera ido a ese licencioso burdel. Lo más terrible resultaría que la herida no sería causada por parte de sus enemigos, sino por la hábil mano de su querida esposa.

¿Cómo podía meterse en esos líos sólo por ser un buen samaritano y ayudar a sus amigos? Bueno, sus buenas acciones siempre tenían su recompensa, pensaba Adrian mientras las dulces manos de una voluptuosa morena se dirigían a su entrepierna. Pero, a pesar

de todo el placer que estaba recibiendo, sus sentidos permanecían alerta porque su misión era realmente peligrosa.

Frente a William había aceptado sin preocupación su encargo y se había reído de su inquietud debido al hecho de dejarlo solo. Pero la realidad era otra. Él no era tonto, y claro que estaba preocupado por su seguridad en esos momentos, pero ¿quién podría hacer de espía en un prostíbulo mejor que él?

Sin embargo, las opciones para William habían sido limitadas: o él o nadie, ya que su hermano Damian podía acabar castrado sin remedio, y William, apuñalado en su lecho. En fin, sonrió

Adrian con lascivia al observar cómo la rubia de su derecha inclinaba la cabeza hacia su entrepierna; tendría que sacrificarse por el bien de su amigo.

Parece que el joven Adrian está disfrutando mucho esta noche. Podría parecer una coincidencia que él estuviera aquí, pero la Sombra ya me ha advertido sobre un espía cuya identidad aún le es desconocida. La Sombra sólo sabe que frecuentaba las altas esferas de la sociedad, siendo posiblemente un noble poco destacado.

Al principio sospeché de William;

después de todo, ha estado en la guerra y ahora ronda todo evento importante. Hubiera sido perfecto para la Sombra deshacerse de él y descubrir, al final, que era el espía inglés que tanto lo había molestado en el pasado. Pero, tras su reciente matrimonio, lo había descartado por completo. Ahora estaba claro que William no buscaba a ningún sospechoso de traición, sólo a una mujer con la que dar a su título el debido heredero. Un heredero que yo me encargaré de que no llegue a tener, ya que supondría una molestia para mis planes. En fin, la muerte de William tendrá que esperar, pero

Adrian...

Adrian recorrió el local en busca de un rumor, un leve cuchicheo o de alguien que estuviera descaradamente fuera de lugar en ese ambiente.

Pero todo era demasiado normal... siempre las mismas mujeres complacientes y los mismos hombres lujuriosos. Cuando se disponía a marcharse con una bella morena hacia un sitio más íntimo, al fin encontró a alguien que sin duda alguna no debería estar allí.

Aunque su rostro estuviera oculto

detrás de un negro antifaz, él era muy bueno memorizando las facciones de las personas, una cualidad que sólo utilizaba para las apuestas en los bailes de disfraces, pero que en esos momentos parecía servirle para hallar al posible espía.

Sin prestar demasiada atención a la morena que intentaba conducirlo hacia las habitaciones, Adrian vio cómo su presa escapaba y decidió ir tras ella para poder averiguar dónde escondía el anillo.

La siguió con rapidez hasta la puerta trasera, pero posiblemente no tanto como debía, ya que, al llegar al callejón

oscuro al que daban las puertas de ese lupanar, se halló solo en la oscuridad de la noche. En la distancia oyó un ruido y, dispuesto a averiguar si sus sospechas eran ciertas, se dirigió hacia el sitio de donde provenía el sonido.

Pero su presa parecía haber escapado, ya que Adrian fue recibido por dos mamarrachos que buscaban despojar de sus bienes a algún incauto.

Los personajes que lo miraban con codicia eran dos tipejos andrajosos y sucios, unos hombres de mediana edad, barrigudos y borrachos, que creían haber tenido suerte esa noche al haberse topado con él. No podían estar más

equivocados. En un intento de ser benevolente, les comentó con sorna sus opciones.

—Bueno, caballeros, como veo que no son la persona que busco, tienen dos opciones: me marchó sin más por donde he venido y los dejo en paz, o nos enzarzamos en una pelea en la que posiblemente perderán algún que otro diente.

—Elegimos la opción número tres: le damos una paliza a un niño bonito y nos largamos tranquilamente con su bolsa —replicó jactancioso uno de ellos mientras el otro reía.

—Bueno, señores, veo que escogen

la difícil —dijo serenamente Adrian a la vez que se despojaba de su chaqueta, dejándola en el suelo, y remangaba su camisa dispuesto para la acción que no se hizo de rogar.

Pronto los dos tipos se abalanzaron sobre él. Adrian los esquivó con agilidad y propinó una burlona patada en el trasero a uno de ellos, que para su desgracia trastabilló y se golpeó la cabeza contra la pared, cayendo al suelo inconsciente.

«Perfecto, ya sólo queda uno», pensó Adrian mientras abría los brazos retadoramente dándole la bienvenida al individuo que aún quedaba en pie. El

malhechor sacó un cuchillo que blandió con habilidad frente a él, pero, para desgracia de ese desperdicio humano, Adrian había aprendido a luchar con los mejores y más sucios hombres de su hermano, así que fue muy fácil despojarlo de su arma cuando intentó apuñalarlo. Sólo tuvo que apartarse a un lado, coger con sorprendente velocidad su brazo en una llave y retorcerlo tras su espalda hasta que éste soltó su arma.

Luego lo empujó contra la pared y, agarrándolo de sus grasientos cabellos, lo estampó contra un muro dejándolo inconsciente como a su compañero.

—Bien, parece ser que aquí he

terminado —comentó Adrian en voz alta sacudiéndose las manos satisfecho consigo mismo, ya que, aunque no hubiera podido atrapar a su sospechoso, ya tenía un nombre que dar a William. Sin duda alguna, William estaría de acuerdo con él. Era muy sospechoso que...

La ensordecedora detonación de un arma de fuego rompió el silencio de la noche.

Adrian sintió cómo su camisa blanca se empapaba con su sangre. Cuando bajó su rostro hacia su pecho, se tocó incrédulo la sangre que no paraba de manar de su herida. Finalmente su

cuerpo cayó al sucio suelo de Londres, en un oscuro callejón.

—Vaya, así es como voy a morir. Nunca lo hubiera imaginado... —soltó irónico el joven, sonriéndole a la muerte.

Capítulo 10

Cuando William llegó a su hogar tuvo que comportarse como un buen marido e ignorar sus deseos de llevar a su esposa a su habitación con la máxima rapidez posible y desnudarla con apremio para tomar su dulce cuerpo una y otra vez

bajo las sábanas.

Frustrado e irritado, tuvo la paciencia de presentarle uno por uno a sus sirvientes. Luego, dispuesto a concederle un tiempo prudencial, le mostró sus aposentos privados, consistentes en una elegante recámara con una hermosa cama con dosel, una elaborada cómoda, un amplio vestidor y, por supuesto, la puerta que comunicaba con su propio dormitorio.

La dejó en su habitación y marchó hacia su estudio decidido a esperar un poco, a no apresurarla en nada. Después de todo, la noche anterior la había tomado con brusquedad y medio

borracho. Aún no sabía cómo ella se había dignado aparecer en la boda en lugar de huir asustada como hubiera hecho cualquier otra mujer. Pero su mujer no era como ninguna otra, y eso lo hacía sentirse afortunado, pues todo hasta ahora daba muestras de que su matrimonio nunca llegaría a ser aburrido.

Después de tan sólo unos minutos en el estudio, William decidió que ya había esperado bastante y se adentró en su dormitorio dispuesto a utilizar la puerta que comunicaba con el cuarto de su esposa, pero no tuvo que hacerlo.

Jacqueline lo esperaba en su lecho,

desnuda.

Se hallaba cubierta parcialmente con una blanca sábana de seda que se amoldaba sensualmente a las curvas de su cuerpo. Una de sus piernas, al igual que su brazo izquierdo, se extendía hacia un lado del lecho buscando su presencia.

Aunque se hallaba dormida, Jacqueline lo excitaba intensamente con la desnudez de sus hombros y su sinuosa espalda. La tela que cubría su cuerpo se deslizó con cada una de sus acompasadas respiraciones y mostró sus exuberantes senos, cuyos pezones, ante el frío de la noche, se irguieron

provocativos.

William no pudo evitar acercarse a su mujer y tumbarse junto a ella; sonrió al ver prendida en el cuello de Jacqueline su valiosa moneda y se alegró ante la perspectiva de arrebatársela de nuevo. Pero en esos instantes le interesaba mucho más desvelar ante sus ojos el bello cuerpo de su esposa y satisfacer las exigencias de su enervante miembro, que le reclamaba que se hundiera fuertemente en Jacqueline, poseyéndola con la pasión arrebatadora que habían compartido la noche anterior.

Jacqueline se movió en sueños,

poniéndose boca abajo.

William sonrió ante la visión de sus hermosas posaderas y decidió despertarla de su profundo sueño de una forma que satisficiera a ambos, así que recorrió su desnuda espalda con delicados besos que la hicieron estremecer, y con lentitud llegó hasta su tentador trasero, lo acarició con lentitud con una de las manos, que luego introdujo entre sus piernas buscando su húmedo interior.

Jacqueline, todavía algo adormilada, alzó sus nalgas en busca del placer que hacía arder su cuerpo.

William elevó el excitado cuerpo de

su mujer cuando ésta apenas había comenzado a despertarse y la colocó de rodillas en su lecho mientras él se incorporaba desprendiéndose con rapidez de sus ropas. Jacqueline, desorientada y algo confusa, miró a William por encima de su hombro.

—William, ¿qué haces? —preguntó ruborizada.

—Despertarte como te mereces, mi amor. —William sonrió lujuriosamente a la vez que se acercaba a su cama, permaneciendo de pie tras Jacqueline.

—Pero William, esto no es decente —comentó Jacqueline avergonzada.

William ignoró las inocentes

protestas de ella, dirigiendo una de sus manos hacia sus sinuosos pechos para luego acariciar uno de ellos con deliberada lentitud desde detrás de su esposa mientras su otra mano buscaba su sensible clítoris, que adoró con sus insaciables dedos.

William pegó su fuerte pecho a la espalda de su salvaje gitana y su rígido miembro quedó acunado por la redondez de sus nalgas. Jacqueline enloqueció de placer cuando las manos de William jugaron a la vez con sus enhiestos pezones y su húmeda entrepierna.

Se movió desesperada contra su erección, reclamándolo, y William no se

hizo de rogar: la cogió con brusquedad del pelo e incorporó levemente su cuerpo mientras la penetraba profundamente con su erguido miembro.

—Querida, ¿quién te ha dicho que yo sea un hombre decente? —preguntó William a Jacqueline entre furiosa acometidas.

—Pero eres un noble ocioso y... — señaló Jacqueline entre jadeos de placer.

William la obligó a incorporarse tirando de sus rebeldes rizos y la apoyó contra su pecho. Cuando soltó su cabello, una de sus pecaminosas manos se dedicó a recorrer su cuerpo con

suntuosas caricias hasta que decidió seguir torturando sus atrayentes senos dando leves pellizcos a sus duros pezones. La otra mano seguía acariciando su lugar más húmedo y sensible, haciéndola enloquecer.

Cuando Jacqueline estaba próxima al clímax, William paró y le susurró al oído.

—Esta noche te voy a demostrar lo noble y ocioso que puedo llegar a ser, en todas las posturas posibles. —William sonrió triunfante mientras embestía cada vez con más brusquedad el cuerpo de su mujer, llevándola finalmente al éxtasis.

Jacqueline se agitó llena de placer

contra el cuerpo de William a la vez que sus manos agarraban con fuerza su cuello, clavándole las uñas.

William detuvo sus acometidas tras el primer orgasmo de su amada, dejó que ella se apoyara lánguidamente en su pecho y se dispuso a colocar su cuerpo en una postura más cómoda para su placer cuando los apremiantes toques de la puerta lo hicieron desistir de su noche de pasión.

—¡Más vale que sea importante, Oliver! —gritó William furioso, aún dentro de su amada.

—¡El señor Morrison lo espera en su estudio, señor! Parece algo de suma

importancia.

William suspiró resignado, ya que lo único que podía llegar a separarlo del cálido cuerpo de Jacqueline era una cuestión de vida o muerte, algo que sin duda era lo que ocurría para que Morrison se presentara a esas horas en su hogar. Se separó despacio del cuerpo de su esposa, que lo miró extrañada desde el lecho mientras él se vestía.

—¿Quién es Morrison? —quiso saber Jacqueline, interesada en averiguar por qué era abandonada en su noche de bodas.

—Nadie relevante para ti, querida
—contestó William

condescendientemente.

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera te vas a ir sin darme explicación alguna! —gritó Jacqueline furiosa mientras se levantaba de la cama cubriendo su desnudez con la sábana.

—No te debo explicación alguna —contestó William impasible ante su enfado.

—¡Soy tu mujer! —reclamó airada Jacqueline.

—Por eso mismo no te voy a explicar nada de mi vida, ni adónde voy, ni con quién, ni cuándo. Tú sólo eres mi esposa, un bonito adorno en mis fiestas y un buen entretenimiento en mi cama. Eso

es lo único que espero de ti —señaló de forma arrogante William mientras salía de la habitación abandonando a su mujer en su lecho nupcial.

William pensaba, mientras caminaba hacia su estudio, que ésa era la única manera de hacerle desistir de sus preguntas, pero no le gustaba haber tenido que vapulearla de esa manera. Después de todo, Jacqueline era una mujer y posiblemente la habría herido profundamente, tal vez ahora estuviera en su cuarto llorando amargamente por sus duras palabras.

—Señor —lo paró bruscamente Oliver antes de que entrara a su estudio.

—¿Qué ocurre ahora, Oliver? — preguntó William aún molesto por su anterior interrupción.

—Alguien ha clavado una decena de cuchillos en el reverso de su puerta, ¿qué debo hacer? —demandó el mayordomo tremendamente preocupado.

—Quítalos de allí y colócalos en la habitación de tu señora— ordenó William sonriente.

En definitiva, Jacqueline no era de las mujeres que lloraban.

—Señor, temo por usted —comentó finalmente el criado, asombrado.

—Yo también, Oliver —confesó William entre carcajadas, disminuyendo

con ello la preocupación del viejo sirviente.

Habían pasado varias semanas desde que Morrison trajo consigo las malas noticias.

Adrian había sido herido gravemente al recibir un disparo por la espalda. Un poco más a la izquierda y su amigo hubiera fallecido en el acto. Por suerte, fue encontrado en el callejón por uno de los hombres de Morrison y llevado a casa. Ya había transcurrido algún tiempo desde lo ocurrido y Adrian aún no estaba recuperado, pues tenía fiebres

muy altas que lo hacían delirar con el momento del disparo.

Por lo visto había encontrado algo sospechoso en La Belle Femme y había puesto nervioso a quien no debía. Pero, hasta que su amigo no se restableciera, él no sabría lo ocurrido.

Ante la sociedad, Adrian había sido atracado por unos maleantes en un oscuro callejón. Sólo Morrison y él sabían la verdad de lo sucedido. Por eso había puesto más empeño que nunca en su misión. Deseaba encontrar a la persona que había herido a su amigo y darle una lección.

Por desgracia, para ello tenía que

disfrazarse una y otra vez y abandonar su hogar casi todas las noches, haciendo que su querida mujer se preguntara continuamente sobre adónde iba su esposo y con quién se reunía. William, como espía veterano que era, no podía desvelarle nada sobre su misión para que no corriera peligro, y el código le aconsejaba desviar las sospechas de su mujer hacia otros derroteros, pero... es que nadie tenía una mujer como la suya y eso, en ocasiones, le acarreaba alguna que otra dificultad.

—¡Jacqueline, soy tu marido! ¡Te

exijo que abras la puerta! —gritaba William mientras aporreaba la puerta que comunicaba con el cuarto de su esposa.

—¡No! —fue la simple contestación que recibió un hombre tremendamente frustrado.

—Ya llevamos así varias semanas y un hombre tiene sus necesidades, sé razonable...

—Soy una mujer muy razonable. ¿Adónde vas cuando desapareces por la noche entre las dos y las cuatro de la madrugada?

—Yo no voy a ningún sitio, querida, simplemente me encierro en mi estudio a

meditar sobre mis negocios. Ya sabes que no puedo dormir y éstas son las mejores horas para mí...

—¡Mentira! El otro día por fin me pude deshacer de Oliver, que hacía guardia frente a la puerta, y, cuando forcé la cerradura del estudio, no había nadie dentro. ¿Adónde narices vas y por qué te escabulles así?

—Cariño, sólo fue una coincidencia que yo no estuviera en ese momento, ¿y desde cuándo sabes tú forzar cerraduras?

—¡William, no cambies de tema! Quiero saber adónde vas, ¡y lo quiero saber ahora! —ordenó Jacqueline

beligerante.

—¡Me niego a seguir hablando con una puerta! —gritó William frustrado.

—¡Pues acostúmbrate a ello, porque, hasta que no me digas la verdad, no pienso dejarte entrar en mi habitación!

—¿Quieres que me busque a otra?, ¿es eso lo que pretendes?— señaló William furioso.

—¡Inténtalo y verás lo que pasa!

—Te lo advierto, Jacqueline, mi paciencia tiene un límite. Hasta ahora he permitido que siguieras con tus enfados infantiles, pero, desde mañana, cada puerta que me cierres prohibiéndome la entrada la derribaré a patadas si hace

falta.

—¡No serás capaz! —gritó Jacqueline ofendida.

—¡Después de varias semanas de celibato, pregúntate mejor con qué puedo llegar a derribarla! —indicó soezmente William.

—¡Bruto! ¡Como te atrevas a entrar, te lanzo uno de mis cuchillos! —chilló la joven ultrajada.

—Cariño, valdrá la pena con tal de recibir luego alguna de tus caricias —proclamó William antes de concluir que esa noche tampoco compartiría cama con su adorada mujercita.

Jacqueline estaba harta.

Si ese ser insufrible al que tenía que llamar *marido* se atrevía a derribar la puerta, lo apuñalaría en su frío y negro corazón.

William la había abandonado en su noche de bodas sin decirle adónde iba o por qué; lo había esperado despierta en la habitación contigua, por eso supo que no llegó hasta las cinco de la madrugada.

A la mañana siguiente le pidió explicaciones que él se negó a darle, por lo que, finalmente, furiosa, le había negado la entrada en sus aposentos. A

las dos de la madrugada de la siguiente noche lo buscó en su lecho para disculparse, tal vez se había excedido un poco en su enfado, pero él no estaba allí ni en ningún otro lugar de la casa. Preocupada, llamó a Oliver, quien parecía saber el paradero del señor, pero se negó a confesarlo, por lo que Jacqueline se enfureció.

Y su rabia aumentaba con cada mentira que decía William y con cada explicación que le negaba; ¿la estaría engañando finalmente?

¡Ah, pero esa noche lo descubriría todo! Una de las últimas noches que no podía dormir observó atentamente a un

criado que atendía a William a altas horas de la madrugada.

Le pareció algo sospechoso, así que, a partir de aquel momento, se fijó mejor en él... y por fin descubrió por qué su gran espalda y su fornido pecho le llamaban tanto la atención, junto con una leve cojera en la pierna izquierda: ese sucio criado no era otro que su William disfrazado.

Su marido podía ponerse todas las narices postizas, barbas canosas y peluquines envejecidos que quisiera, pero su noble porte y sus inflexibles andares serían siempre los mismos. Esa noche los dos jugarían a los disfraces: si

él podía convertirse en un anciano criado, ella podía volver a ser Jack, el raterillo de los barrios bajos que interpretó durante los largos y duros años en los que se escondía junto a sus hermanas de su aterrador tío.

Y así, mientras el supuesto criado bajaba por la puerta del servicio, Jack descendía por una de las ventanas de su habitación hasta la calle, siguiendo los pasos de su evasivo marido.

¡A un burdel! ¡Ese hijo de... se atrevía a ponerle los cuernos! Pues bien, ese día volvería a casa sin pelotas,

pensaba Jacqueline mientras lo seguía desde lejos hacia el interior del establecimiento por la puerta del servicio.

Lo vio subir una de las escaleras que conducían hacia las habitaciones de la planta superior y continuó su persecución sin ser vista, aparentando ser un servil criado más. Cuando William finalmente entró en uno de los dormitorios, no pudo más y se adentró en la estancia decidida a enfrentarlo.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?
—preguntó William amenazante.

—Eso mismo me pregunto yo, William, ¿qué haces aquí? —lo increpó

Jacqueline despojándose del sucio sombrero que cubría su hermosa melena pelirroja.

William recorrió de arriba abajo su escandaloso disfraz: unos pantalones de muchacho, una camisa holgada cubierta con un abrigo andrajoso y unas sucias botas que la hacían parecer un joven de apenas unos catorce años.

—¡Jacqueline! ¡Qué demonios haces aquí! —exclamó su marido sorprendido ante su audacia.

—Quería averiguar qué hacías por las noches y finalmente... —se interrumpió Jacqueline al ver que allí no había ninguna mujer esperando a

William. De hecho, la alcoba estaba vacía y su esposo parecía haber estado rebuscando en ella, ya que había algún que otro cajón entreabierto.

—William, ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Jacqueline confusa.

William se disponía a relatar alguna de sus estúpidas mentiras cuando oyeron cómo alguien se dirigía hacia la habitación en la que ellos se encontraban.

—¡Rápido, escóndete! —sugirió William mientras la empujaba hacia un gran armario que se hallaba en un rincón de la desordenada estancia.

William entró tras ella y cerró las puertas, quedando solamente unas pequeñas rendijas en la madera para poder ver lo que ocurría en el exterior. Ambos miraron, expectantes.

En la estancia penetró una elegante mujer vestida totalmente de negro. Su rostro permanecía oculto por una máscara y sus cabellos estaban cubiertos por un velo. Tras ella no tardó en adentrarse en el dormitorio un guapo y fornido hombre con el torso desnudo y portando solamente unos pantalones.

—¿Eres tú la siguiente mujer casada? —comentó el hombre.

—Sí, y ya sabes lo que me gusta —

ordenó ella.

Lo que siguió a esta escasa conversación fue un apasionado encuentro, que tuvo lugar en varias zonas de la estancia. Para desgracia de William, la enardecida pareja parecía no cansarse nunca y ellos tendrían que esperar hasta el final.

William maldijo en voz alta mientras acomodaba el duro miembro en sus pantalones.

Varias semanas de celibato, unas escenas de tórrido sexo y su esposa ataviada con unos pantalones le hacían desear hacer lo mismo que esos dos en ese oscuro y estrecho armario, donde no

paraba de rozarse con el trasero de su esposa.

—William, no lo entiendo. ¿Por qué es ella la que ordena? ¿No debería ser al revés? —preguntó Jacqueline entre susurros interesada en el juego que llevaban a cabo.

—En este caso no es él quien paga los favores, sino ella. ¡Y no mires más! —la reprendió severamente William.

—¿Por qué no? Así tal vez aprenda algo. ¿Cómo se llama a los hombres que venden sus favores?

—Se llaman *sementales* y, si quieres aprender algo, lo harás conmigo —exigió William—. Por cierto, ¿qué

llevas debajo de esos pantalones? — preguntó William mientras acariciaba el delicioso trasero de su esposa.

—Nada—respondió Jacqueline sonriente rozando su culo con su dura entrepierna.

—¡Jacqueline, no juegues conmigo, por Dios! No sabes lo que me está costando no tomarte en este viejo armario. Si no fuera porque el movimiento de este mueble inútil nos delataría, te haría el amor aquí mismo —declaró William dándole la vuelta lentamente entre sus brazos.

Ella lo miró a los ojos llena de ardor y, rodeando su cuello con los

brazos, se pegó a su fuerte cuerpo a la vez que lo besaba, demostrándole la excitación de su cuerpo. Sus henchidos senos se rozaban contra el robusto cuerpo de William, y él, sin poder resistirse más, la atrajo contra sí para demostrarle cuánto la echaba de menos en su lecho.

Jacqueline, juguetona, se frotó contra su erguido miembro, haciéndolo estremecer. William gimió descontrolado cuando la mano de ella se dirigió hacia el interior de sus pantalones para agarrar su virilidad y prodigarle inocentes caricias.

—¡Por Dios, Jacqueline, no pares!

—rogó William disfrutando del momento, pero el momento pronto pasó.

—William —susurró Jacqueline sugerentemente al oído de su marido mientras soltaba su miembro—. Se han ido —comentó con una malévola sonrisa mientras abría la puerta del armario y salía al exterior.

—Jacqueline, no juegas limpio —se quejó William mientras salía del rancio mueble.

—Nunca lo hago —señaló Jacqueline sonriente—. ¿Y bien? ¿Me dirás ahora lo que hacías en este lugar o tendré que averiguarlo?

—No puedo decirte nada; aunque

quisiera, no puedo, yo... lo siento.

—No sé si me gusta, William.

—¿El qué? Te juro que no he estado con otra y...

—Que seas un espía —concluyó Jacqueline al mismo tiempo que arreglaba su disfraz y se disponía a salir de ese escandaloso lugar.

William la miró boquiabierto mientras intentaba asimilar lo que acababa de decirle su esposa. Ella sabía que era un espía y él no había tenido que contarle nada.

Su mujer era demasiado lista para su bien y eso lo llenaba de preocupaciones, porque, si sólo por curiosidad lo había

seguido a ese establecimiento, ¡qué no haría cuando él desapareciera durante algún tiempo por alguna de sus misiones en el extranjero!

Damian esperaba impaciente a su amigo en el estudio de William. Una estancia muy similar a la suya, sólo que carente de un toque femenino. Eso no tardaría en cambiar, pensó Lord Dragón al recordar los cambios llevados a cabo por su mujer.

Esa misma mañana su hermano había tenido desvaríos sobre una misión y sobre William. En esos instantes sólo

quería saber cuánto de lo que decía Adrian era verdad y, si era cierto, matar a su amigo por inmiscuir a su hermano pequeño en algo tan peligroso.

William, como de costumbre, no se hizo esperar y entró en la estancia con una sonrisa, algo extrañado porque su amigo no se la devolviera. Se sentó tras el sillón de su escritorio y esperó a que el Dragón empezara a lanzar su fuego, lo que no tardó demasiado en ocurrir.

—Quiero saber qué tienes tú que ver con que mi hermano esté herido —comenzó a decir Damian.

—Entonces no quieres una copa, ¿verdad? —ironizó William mientras se

servía un buen trago para intentar darse ánimos.

—No, ¡quiero la verdad! —exigió Damian.

—Tuve que pedirle ayuda a Adrian, pero nunca creí que llegara a estar en peligro. Lo siento, pero no puedo explicarte nada más —dijo William, apenado por lo ocurrido.

—Si algo le pasa a mi hermano, te mataré —comentó Damian algo más apacible mientras se servía una copa—. Pero parece que tienes algo de suerte. Adrian mejora por momentos, y yo sólo quiero una cosa: que atrapes al que le pegó un tiro para poder matarlo con mis

propias manos.

—No te preocupes, lo haré —juró William a su amigo, alzando su copa a modo de brindis.

—Ahora, ya que no puedes hablarme de lo ocurrido con mi hermano, ¿por qué no me entretienes un poco y me cuentas cómo te va siendo un feliz hombre casado?

Cuando Jacqueline pasaba junto al estudio de camino al gran salón, oyó la inusual conversación y quiso saber lo que opinaba William de su vida de casado.

—Es lo peor que he hecho en mi vida... mi mujer no es para nada como la

había soñado. Yo quería a una mujer elegante, comedida, tal vez un poco insulsa y frágil. Una mujer con la que pudiera mantener mi vida en orden. Y ahora tengo a una rebelde masa de cabellos pelirrojos. ¿Cómo voy a decirle a mi padre que me he casado con una gitana de ojos verdes? Creerá que estoy loco, y en verdad perdí la cabeza en el momento en que accedí a casarme con ella...

Jacqueline lloró en silencio junto a la puerta por las amargas palabras de William y salió corriendo hacia su

dormitorio mientras limpiaba su rostro con la manga de su vestido, por lo que no llegó a escuchar lo que dijo a continuación su marido:

—Pero, a pesar de todo ello, la amo y no podría imaginarme ahora mi vida sin ella. En fin, debo darte la razón, querido amigo: la vida de casado no es tan mala después de todo.

—Creo que eso únicamente ocurre si te casas con la mujer adecuada —comentó Lord Dragón sonriente.

—Por nuestras mujeres —propuso William alzando su copa, y ambos brindaron por las bellas damas que formaban todo su mundo.

—Creo que es hora de que te cuente algo del pasado de tu bella mujer — señaló Damian convencido de poder al fin dejar a Jacqueline en manos de su amigo.

—Ya sé que era una gitana. Ella y yo coincidimos en una ocasión —dijo William sin darle importancia.

—Lo sé —comentó Damian luciendo una sonrisa triunfante en el rostro al conocer al fin cómo había sido ese encuentro—. Pero has de saber que Jacqueline no era una gitana, sino una ladrona. Se escondía junto a sus hermanas en los barrios más peligrosos de Londres disfrazada de chico.

—¿Por qué hacía tal cosa? — preguntó William preocupado por el pasado de su esposa.

—Verás, William, al final te has casado con una mujer tremendamente rica. ¿Has oído hablar alguna vez sobre las bastardas de Withler?

—Sí, eran tres niñas, cada una hija de un padre distinto. Desaparecieron el mismo día de la muerte de su abuela. Según su tío, se escaparon. A lo largo de los años se las dio por muertas. ¿Qué tiene que ver eso con mi mujer?

—Ella es una de esas niñas... sólo que no huyeron de Londres, sino que se escondieron a la espera de reclamar lo

que les pertenecía. Por lo visto, Beatrice de Withler se lo dejó prácticamente todo a ellas, sus nietas, hijas de su hija Monique, y ese cerdo que se hacía llamar tío quiso deshacerse de las crías vendiéndolas a un prostíbulo...

—¡Lo mataré! —interrumpió William furioso.

—Oh, no tendrás que hacer nada. Ya me encargué yo de que lo metieran en prisión para toda la vida cuando intentó matar a mi esposa y a sus dos hermanas.

—La cárcel no es suficiente. Tú déjame lo a mí... —añadió fríamente William al pensar en lo que podía haberle ocurrido a su esposa.

—Si te lo he contado es únicamente para que sepas cómo fue la vida de tu esposa y que no te extrañes ante sus raras habilidades.

—Eso, amigo mío, me hubiera venido mucho mejor si me lo hubieras comentado antes de la boda —agregó William, resignado.

—Te lo cuento ahora porque dejo esto en tus manos —explicó Damian a su amigo, tendiéndole un papel viejo y arrugado.

—¿Qué es? —preguntó William, observando confuso una lista de nombres y lugares.

—Aquí es donde pierdo de vista al

último pariente vivo de Jacqueline: su padre.

—¡No puede ser! ¡Jacqueline no puede ser hija de...!

—Lo es. Y ahora te toca a ti hallarlo. Buena suerte con ello y ten cuidado a la hora de decirle que te has casado con su hija —concluyó Damian sonriente antes de dejar a su amigo.

Esa misma noche, William estuvo horas en su estudio intentando dar con el paradero de un hombre que para algunos era una leyenda y, para otros, una pesadilla.

Cansado y derrotado por la poca información que había encontrado sobre el padre de Jacqueline, fue a su alcoba para, como de costumbre, probar suerte tras la puerta de su esposa, pero esta vez ella lo estaba esperando.

Cuando entró en su habitación, Jacqueline lo aguardaba ataviada con un traje de gitana como el que lucía el día que la conoció: una holgada blusa que dejaba sus hombros al descubierto e incitaba al pecado se amoldaba a sus pechos; un ancho cinturón se acomodaba a su exquisita cintura, y una falda roja que llegaba tan sólo un poco más allá de sus rodillas lo tentaba con su continuo

bamboleo. Por último, unas tintineantes pulseras de plata adornaban sus muñecas, y una extraña cadenita formada por pequeños cascabeles decoraba uno de sus delicados tobillos.

William la miró asombrado y su miembro reaccionó rápidamente ante tan tentador recibimiento. Él se dejó guiar hacia un sillón colocado de forma estratégica en un lugar de su dormitorio, el cual se hallaba iluminado por algunas velas que le hacían recordar su estancia en el campamento gitano. William se preguntó expectante qué ocurriría a continuación.

—¿Sabes lo que he recordado,

William? —preguntó muy sensual Jacqueline al oído de su marido.

—¿Qué? —dijo William sin apartar los ojos del sinuoso escote de su mujer.

—Que nunca he bailado para ti —respondió la fogosa pelirroja a la vez que se retiraba de su lado y comenzaba a provocar a su marido con un baile que tentaba al pecado.

Cuando Jacqueline alzaba los brazos al son de una música imaginaria, sus pulseras tintineaban y su corta camisa se alzaba, mostrando parte de su cintura. Cuando bajaba su cuerpo, le permitía a William atisbar un poco sus senos plenos y henchidos. Cuando movía su

falda, en ocasiones se levantaba y él podía ver sus hermosas piernas, y cuando daba vueltas sobre sí misma, todo el conjunto le hacía arder de anticipación ante el momento en el que ella le permitiera hacerla suya.

El baile que William sabía que debía finalizar en el suelo dio fin en su regazo: ella se sentó a horcajadas encima de su cuerpo y, cuando él cogió instintivamente su cintura, el cuerpo de Jacqueline cayó hacia atrás como si de una ofrenda se tratase. En el instante en el que se incorporó, susurró al oído de su marido.

—William, ¿qué te parece?

La respuesta de éste fue inmediata: besó ardientemente su boca y sus manos arremangaron su falda en busca del lugar más sensible de su cuerpo; ella estaba preparada para recibirlo y él no quiso esperar más.

Mientras una de sus manos acariciaba su húmedo interior, con la otra se bajó los pantalones.

Las delicadas manos de ella lo ayudaron a sacar su erguido miembro y fue finalmente ella la que lo guió a su interior, suspirando de placer cuando lo tuvo dentro colmándola, llenando su cuerpo.

Fue Jacqueline la que marcó el ritmo

subiendo y bajando encima de su rígido miembro, en pos de las cimas de su placer. William la dejó hacer controlando sus instintos, que lo urgían a tomarla con violentas y rápidas acometidas; acarició su cuerpo, deleitándose en sus dulces pechos para luego pasar a devorarlos cuando ella aumentó el ritmo de su cabalgada.

En el momento en el que ella estaba próxima al clímax, él no pudo más y cogió su cintura con fuerza, impulsándola enérgicamente contra su miembro a la vez que alzaba las caderas, introduciéndose profundamente en ella y llevándola a las cotas más altas

de goce. Jacqueline se convulsionó encima de su miembro y se dejó llevar, mientras William gritaba eufórico derramándose en su interior.

Minutos después, con sus cuerpos apenas saciados, William llevó a su amada a su lecho, el lugar en el que siempre debía estar.

—Bailarás para mí todas las noches —exigió William sonriente ante tan atrayente futuro.

Capítulo 11

William holgazaneó en la cama algunos minutos recordando lo ocurrido la noche anterior.

Después de esa noche de pasión conseguiría que su mujer le dijera que lo amaba, y tal vez, si se portaba bien en su

lecho, él le confesaría al fin la verdad de lo que sentía por su salvaje esposa. Volvió su rostro satisfecho hacia el lugar donde debería descansar su amada, pero lo halló vacío.

No se preocupó en esos momentos por el paradero de su mujer, hasta que intentó incorporarse y sus nobles partes rozaron contra algo muy frío. Cuando observó el objeto detenidamente, vio que éste se hallaba clavado en el colchón.

William se movió con cuidado hasta sentarse en su cama y descubrió que sus partes habían dormitado durante gran parte de la noche muy cerca de un puñal

al que acompañaba una nota. Lo desclavó enfurecido y observó que no estaba afilado. Sin duda alguna era uno de los cuchillos de su esposa y la nota estaba redactada con su habitual impertinencia.

Estimado William: como sé que la peor decisión que has tomado es casarte conmigo, y tú deseas buscar a una mujer elegante, comedida, frágil e insulsa, tu rebelde masa de cabellos pelirrojos se despide de ti. He decidido que estaremos mucho mejor separados el uno del otro. No obstante, como me merezco una recompensa por haberte

aguantado tanto tiempo, me llevo tu colgante, tu bolsa, algo de tus ahorros y la mitad de las joyas de tu familia. Suerte en la búsqueda de tu segunda esposa, espero sinceramente que te dure más que la primera.

*Tu gitana de ojos verdes,
Jacqueline*

—¡Maldita sea! —rugió William en voz alta después de terminar de leer la nota de abandono de Jacqueline.

—¡No! ¡Esta vez no me abandonarás! —gritó William enfurecido mientras arrugaba el papel entre sus manos y lo tiraba a un rincón

sin contemplación alguna.

Después de vestirse, se dispuso a salir al galope en su mejor semental, pero éste también había sido confiscado por su querida esposa, así que tomó su segundo mejor corcel y marchó con gran celeridad hacia el único rincón en el que Jacqueline podía haber decidido refugiarse, la casa de su querida hermana Alexandra.

Cuando llegara allí le comunicaría cuál era su lugar, su cama sin duda alguna, y, si se resistía, la cargaría como un lastre sobre sus hombros y la devolvería a su hogar. Como siempre, Jacqueline lo complicaba todo: no había

escuchado al completo lo que había dicho de ella, sólo una parte de sus estupideces... y encima las que había recitado para desahogarse con su amigo.

Con su altivo genio, estaba seguro de que se habría marchado después de escuchar las primeras críticas hacia su persona, y por ello no llegó a oír que la amaba.

¡Maldita pelirroja y su mal genio! ¿No podía haber hecho como las demás mujeres y enfrentarse a él mostrándole el daño que le habían provocado sus palabras?

No, ella tenía que seducirlo de tal manera que soñara con esa noche el

resto de su vida y, luego, para terminar, abandonarlo en la soledad de la noche con una nota y una nada sutil amenaza a sus genitales.

Y como era frecuente en ella, se había marchado sin dejar rastro alguno; nadie la había visto salir de casa, ni coger su caballo. Pero William tenía claro adónde acudir: después de todo, ella no tenía ningún otro lugar donde poder esconderse más que la guarida del terrible Lord Dragón.

—¿Cómo que no está?! —gritó William impaciente—. ¡Tiene que estar

aquí! —rugió William a la hermana mayor de Jacqueline, que le impedía la entrada a su casa.

—Estuvo, pero se marchó — comentó Alexandra dirigiéndole una mirada de desagrado—. No sé para qué quieres encontrarla; después de todo, ella nunca llegará a ser tu ideal de mujer...

—¡No lo entiendes! —repuso él desesperado—. Ella no escuchó el resto de la conversación, yo... ¡yo la amo!

—¡Ja! ¿Y por qué debería creerte, cuando mi hermana vino a mi casa con restos de lágrimas en los ojos?

—Yo no sabía que había escuchado

mi conversación. Si se hubiera quedado hasta el final, si se hubiera enfrentado a mí, tal vez...

—Tus excusas me son indiferentes; por lo visto mi hermana no es feliz a tu lado y, si lo es estando lejos de ti, ya me encargaré yo de que no la encuentres nunca.

—¡Ella es mi esposa y removeré cielo y tierra si hace falta para encontrarla! —gritó William airadamente a la exasperante mujer.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó Damian saliendo de su estudio acompañado de un viejo un tanto desaliñado para ser uno de los

conocidos de lord Conrad.

—¡Mi mujer ha desaparecido! —
soltó William desesperado a su amigo.

—No, no ha desaparecido, ¡te ha
dejado! —señaló Alexandra
fulminándolo con la mirada.

—¡Por favor, Damian, ayúdame! —
suplicó William.

—No puedo ayudarte, yo no sé
dónde está —confesó Damian apenado
—, pero... tal vez él sí —añadió
señalando al viejo que permanecía a su
lado con una amplia sonrisa.

—Así que éste es el marido de mi
revoltosa Jack; sabía que no me
decepcionaría con su elección —

comentó orgulloso el anciano observándolo atentamente y evaluándolo como si de un caballo se tratase.

—Te presento a John —dijo Damian mientras apartaba a Alexandra de la puerta—. Él fue el mentor de tu mujer, quien le enseñó todo lo que sabe. Si alguien está al corriente de dónde se esconde Jacqueline, sin duda será él.

—¡Traidor! —gritó Alexandra enfurecida a su marido mientras éste la cargaba a su hombro boca abajo y se alejaba con ella de allí—. ¡Olvídate de volver a pisar mi lecho nunca más!

—No te preocupes, cariño, siempre lo podemos hacer de pie, o en el sofá

O...

—¡Te odio! —dijo Alexandra resignada, acomodándose entre sus brazos.

—Yo también te quiero, mi vida, vamos a la cama —decidió Lord Dragón al ver una sutil rendición en su rostro.

La pareja desapareció hacia las habitaciones de la planta superior, desde donde llegó el ruido de algún que otro insulto y unas felices carcajadas que anunciaban cuál sería el final de aquella discusión.

—Lord Dragón es perfecto para mi Alex, ahora me queda saber cuán bueno eres tú para mi Jack —comenzó John.

—Todo fue una confusión y ella no me dio tiempo a explicarme... y... todo es siempre tan confuso con ella —suspiró William frustrado, pasándose las manos por el cabello nerviosamente sin saber cómo explicarse ante el hombre que trataba a Jacqueline como una hija.

—Bueno, joven, será mejor que empieces por el principio —apremió el hombre un tanto impaciente.

—Pues verás: todo empezó hace años, el día de su cumpleaños, en un campamento gitano. Yo...

—¡Por Dios, hijo! ¡No me digas que tú eres el lord pomposo sin pantalones! —interrumpió John entre carcajadas.

—Sí, supongo que ése soy yo —
confirmó William resignado.

—Vayamos al estudio de Lord
Dragón y allí me cuentas la historia
desde el principio. Esto se merece un
brindis. Después de todo, al fin has
hallado tu preciado tesoro —comentó
John, pensando en la moneda de la que
tanto hablaba Jacqueline.

—Sí, pero lo he dejado marchar —
contestó William apenado, refiriéndose
a su mujer.

¡Por fin la había encontrado!

En el momento en el que John le

señaló que hacía poco un carromato de gitanos había abandonado la ciudad, supo dónde hallaría a su esposa. Tardó sólo un día en dar con ella, pero, después de haber pasado toda una noche en vela forzando el galope de su caballo para alcanzarla antes de que se alejara aún más de su hogar, después de haber pasado horas preocupándose por si le habría pasado algo, ella lo había recibido distante y altiva, negando en todo momento que fuera su esposa ante los gitanos, los cuales habían salido en su defensa, apartándola del intruso.

Le había solicitado que lo escuchara, pero ella se había negado; le

había pedido que lo perdonara, pero ella lo había ignorado; finalmente le había ordenado volver a casa, pero ella, enfurecida, le había gritado que ése era ahora su hogar.

Así que había hecho lo que cualquier hombre enamorado podía hacer para demostrar su arrepentimiento: arrastrarse ante ella, quedándose en ese mugriento lugar a la espera de su perdón.

En esos momentos, la situación se había convertido en una lucha de voluntades, porque, si bien ella se negaba a escucharlo, él se negaba a marcharse sin ella. Y así se hallaban,

dado vueltas el uno alrededor del otro con toda una tribu gitana de por medio, que ya había comenzado a hacer apuestas sobre quién se rendiría primero ante la presión.

Iban diez a uno a que Lord Pomposo se marcharía antes de diez días.

Para desgracia de ellos, ése era el décimo día y William no pensaba irse sin su mujer.

—El noble no se va; dijiste que se largaría el primer día y ya van diez — señaló Giorgio molesto.

A pesar de los años transcurridos, el

jefe del campamento gitano únicamente lucía, como muestra del paso del tiempo, alguna que otra arruga en su alegre rostro y un cabello encanecido por la edad.

—Pronto se cansará, la vida al aire libre no es para él —remarcó Jacqueline a la vez que le dirigía una enojada mirada a William.

—¿Por qué no te vas con tu marido y arregláis las cosas? Ya lo has torturado suficiente por lo que te hizo; perdónalo y a otra cosa. ¡Niña, la vida es muy corta para desperdiciarla con tonterías!

—No me importa lo que tenga que decirme, ¡no le voy a perdonar! —

sentenció Jacqueline.

—¡Mujeres! Sois todas unas cabezotas —masculló Giorgio mientras se alejaba de allí.

Giorgio ya estaba harto de la mala cara de esos dos, que no traían sino tristeza y división entre los suyos.

Las mujeres comenzaban a ponerse del lado de Jacqueline, opinaban que había hecho bien en abandonar a un hombre que no la valoraba. Los hombres, aunque no eran partidarios de darle la razón a uno de esos perezosos aristócratas, habían comenzado a defenderlo ante sus esposas, produciéndose algún que otro

enfrentamiento entre las parejas de su clan.

Él mismo había sufrido la desgracia de tener que dormir lejos del lecho de su amada cuando había sugerido que tal vez Jacqueline era un tanto rencorosa con su marido. Hacía frío, el ambiente comenzaba a humedecerse y pronto vendrían las lluvias. Giorgio se alejó con paso decidido hacia el noble caballero dispuesto a poner fin a esa situación. ¡Por nada del mundo dormiría otra noche lejos de su mujer!

William cepillaba el hermoso pelaje

de su negro purasangre sin dejar de contemplar desde la distancia a su bella esposa, que con esas ropas de gitana lo atraía más que nunca.

Jacqueline se hallaba al otro extremo del campamento haciendo pulseras de cuero para vender en la feria, ya que, como le explicó Giorgio, aunque la hospitalidad era gratis, la comida escaseaba y todos tenían alguna tarea que hacer. William, por su parte, al ser un noble ocioso, podía librarse soltando alguna que otra moneda.

Suspiró resignado al observar las miradas airadas que su mujer le dirigía y siguió cuidando de sus posesiones, sin

apenas prestarle atención al ajetreo del campamento.

Giorgio, el hombre que desde el momento de su llegada le había dirigido tan sólo unas cuantas frases para indicarle lo que debía hacer para no estorbar, se sentó junto a él en un viejo tronco del camino y procedió a guiarlo como hacía con los demás hombres de su clan.

—Si fuera mi esposa, ya me la hubiese llevado a casa... cargándola al hombro si hiciera falta.

—La última vez que intenté acercarme a ella, si no recuerdo mal, una decena de cuchillos amenazaron mi

cuello y, aunque no lo creas, Giorgio, le tengo mucho aprecio a mi pescuezo — recordó William irritado.

—Es que ninguno creemos que ella se haya casado contigo, tienes demasiado hielo en las venas y ella es todo fuego.

—Créeme, Giorgio, lo sé, por eso mismo la convertí en mi esposa — señaló William ante la afirmación del gitano.

—¿No preferirías estar en tu hogar, frente a un buen fuego, en vez de aquí, durmiendo a la intemperie y muriéndote de frío?

—Sin ella, no —declaró William

con pasión.

—Está bien, ¡me rindo! Te ayudaré, pero que conste que, si vas contando por ahí que Giorgio ayudó a un noble, lo negaré —explicó ceñudo mientras se dirigía al interior de su caravana.

El muy cerdo se atrevía a sonreír desde su lugar privilegiado, y encima no era a ella a quien dirigía sus encantos, sino a Coral, una de las mujeres más casquivanas del clan.

En un principio creyó que Giorgio quería burlarse de William cuando le tendió unas ropas de hombre tan vistosas

como las suyas; creyó que quedarían ridículas sobre un noble de su abolengo. Pero, por desgracia, le sentaban magníficamente. De hecho, no parecía su noble William, sino un aventurero y fresco cingaro.

Los pantalones negros eran algo holgados, pero se adaptaban a él perfectamente; la camisa blanca que llevaba despreocupadamente abierta lo hacía irresistible, y el chaleco rojo sin botones era perfecto para acentuar el bello color de sus ojos, mientras que el pañuelo atado a su cabeza lo convertía al instante en un hombre distinto y peligroso. Finalmente, William había

soltado su larga melena negra y en ese instante todas las mujeres del campamento suspiraron al verlo aparecer.

Para colmo de males, no había permanecido quieto como el noble ocioso que se suponía que era, sino que había ayudado a los hombres con los caballos, ganándose su respeto y algún que otro suspiro más de las mujeres.

Y ahora estaba sentado junto al fuego con los hombres, hablando del duro día, mientras una descocada y hermosa gitana le servía la comida, dejándole entrever lo que podría tener de postre si él lo deseaba.

Jacqueline, comida por los celos, observó desde la distancia cómo William, tras tender su plato vacío a Coral, le agradecía su labor con un bello cumplido. Coral, como mujer libre y sin pareja que era, se sentó a su lado en el momento en que alguno de los hombres dejó su sitio libre para ir en busca de su mujer.

Su querido marido se recostó junto a un árbol y Coral se acercó un poco más a él, tentadoramente. William no la tocó, pero, para desgracia de ella, tampoco la apartó.

En el instante en el que Coral deslizó su traviesa mano por el interior

de la camisa de su marido, Jacqueline no pudo más, se levantó furiosa de su sitio y se dirigió con paso decidido hacia su William. Cuando estuvo de pie frente a la pareja, miró iracunda a la escandalosa mujer y rugió enfurecida.

—¡Coral, como no apartes la mano de mi marido, la vas a perder!

—Pero ¿tú no decías que no era tu marido y que no lo querías? Que te has... ¿cómo se dice...? Ah sí, ¿que te has separado de él? —comentó Coral sin dejar de acariciar a William.

—¡Te lo advierto, Coral! ¡Deja a mi marido! Estoy empezando a perder la paciencia y tú vas a perder esa mano

como sigas tocando lo que es mío.

—Pero ¿de verdad estáis casados? No sé cómo un buen partido como éste pudo desear casarse contigo, con el mal genio que tienes.

—Pues lo hizo, y es mi marido. ¡Así que vete de aquí!

Coral intentó proseguir con sus caricias, ignorando las advertencias de Jacqueline, cuando una fuerte mano la detuvo, apartándola de sí.

—Coral, hazle caso a mi esposa. Por desgracia para todos, es muy capaz de cortarte una mano si continúas con tus arrumacos.

Coral se levantó altanera y,

dirigiéndole una pícara mirada a William, proclamó sensualmente:

—Si alguna vez te cansas de ella, ya sabes dónde encontrarme.

Coral se alejó sin saber lo cerca que había estado de ser herida de muerte por la rápida mano de Jacqueline, que la miraba llena furia mientras tanteaba su cuchillo oculto.

William la cogió con fuerza entre sus brazos antes de que se decidiera a seguirla y la retó con una astuta sonrisa.

—Sabes lo que has hecho, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Espantar a una posible conquista tuya? —comentó Jacqueline sin percatarse aún de su error.

—No, querida, has confirmado ante todo el clan por tres veces que soy tu marido y, según las costumbres que me ha comentado Giorgio, ahora somos pareja ante todos.

—Yo... ¡No! —titubeó Jacqueline confusa al percatarse de repente del sucio truco de su esposo—. ¡No la apartaste hasta que yo mencioné que eras mi marido por tercera vez! ¡Eres...! ¡Eres...!

—Tu marido, Jacqueline —señaló William jubiloso.

—Sí —confirmó Jacqueline resignada—. Soy tu mujer.

—Bien, ahora sólo falta que me

obedezcas en todo y seré un marido feliz —bromeó William ante la rendición de su esposa.

Jacqueline se alejó de él enfurecida, intentando calmar su enfado antes de volver a hablar con ese hombre tramposo al que debía llamar esposo, pero, cuando giró su rostro y vio una vez más su sonrisa triunfante, no pudo resistirse y le lanzó uno de sus cuchillos, que se clavó en el árbol que se hallaba detrás de él.

William, sorprendiendo a todos los hombres del lugar, sólo se rio ante las amenazas de su mujer.

Esa noche todo el clan estuvo de

acuerdo: William era el hombre más valiente de todos ellos; después de todo, dormía con esa mujer... y sus cuchillos.

Capítulo 12

William al fin había conseguido obtener el favor de la tribu gitana.

Al haber reconocido Jacqueline ante todos que él era su marido, nada podían hacer los cingaros para impedirle acercarse a ella. Aunque Jacqueline

había protestado ante la idea de marcharse con él, finalmente fueron los miembros del clan quienes decidieron, tendiéndole a William las pertenencias de su esposa envueltas en un pequeño petate.

Jacqueline protestó, chilló, injurió, pero al final tuvo que rendirse ante la realidad de que él era su marido y, según las leyes del campamento gitano, ella debía obedecerle en todas sus decisiones.

La respuesta de ella ante las órdenes de William fueron airadas miradas, seguidas de un silencio demasiado temible para llegar a complacerlo.

—Vamos, Jacqueline, no te enfades. Después de todo, he venido a por ti, ¿no? —comentó William mientras ensillaba su caballo.

Jacqueline lo fulminó con una de sus furiosas miradas y le tendió las provisiones para que las colocara en las alforjas de su semental.

—No debiste huir de mí —continuó William—. Si tienes algún problema conmigo, sólo tienes que hablarlo, para eso soy tu esposo.

La respuesta siguió siendo el silencio mientras ella, obedientemente, le tendía sus pertenencias.

William, harto del mutismo de ella,

decidió irritar el mal humor de su susceptible mujer.

—Que tú no seas mi mujer ideal no significa que no podamos disfrutar de nuestro enlace forzado; después de todo, en la cama nuestra relación siempre funcionará, ya que permaneces la mayor parte del tiempo callada. —William se volvió esperando ver ante sí una furiosa y salvaje pelirroja, pero el rostro de su mujer mostraba algo más que furia. Alguna que otra lágrima silenciosa manchaba su rostro.

Jacqueline se alejó de William con rapidez, intentando ocultar el dolor que sus palabras le habían producido.

William enmudeció ante la reacción de ella y, sin pararse a pensar en nada más, corrió a su encuentro. La alcanzó en un rincón del campamento y la volvió hacia sí para enfrentarse a sus lágrimas.

—¿Crees realmente que me casé contigo por obligación? —preguntó William mientras limpiaba sus lágrimas —. No olvides, querida, que nadie puede obligar a un conde a hacer algo que no quiere —declaró William pomposamente haciendo que a los labios de Jacqueline asomara una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo, William? —preguntó Jacqueline confusa.

—Porque finalmente comprendí que me obsesionan las pelirrojas, pero sólo una en particular: tú, mi bella gitana — confesó William haciéndole comprender que, después de todo, él no era tan reacio a ese matrimonio como demostró en un principio.

Tal vez algún día dejarían de jugar y se confesarían por fin su mutuo amor, pero, mientras tanto, ambos acercaron sus cuerpos expectantes ante la promesa de un beso de reconciliación que tal vez los llevara a algo más.

El ruido de unos invitados inesperados los hizo retroceder.

Los planes de William de marcharse

del lugar fueron interrumpidos cuando se percató de que los nuevos invitados recibidos amablemente por Giorgio eran tres franceses, uno de los cuales portaba el anillo que tanto tiempo había estado buscando y que tantos problemas le había acarreado.

—Tengo que conseguir ese anillo —susurró William con decisión.

—Yo te lo conseguiré —declaró Jacqueline, determinada a ayudar a su esposo.

—No, no harás nada que pueda ponerte en peligro y ésta es mi última palabra, la cual, como mi esposa que eres, debes obedecer.

—Esto no me gusta en absoluto — dijo una vez más William mientras permanecía apartado de los nuevos invitados junto a Giorgio, observando cómo Jacqueline les daba la bienvenida a los franceses con demasiado entusiasmo según el parecer de su esposo.

—No te preocupes, ella es muy buena robando. Tú, más que nadie, deberías saberlo —comentó Giorgio con una ladina sonrisa, recordándole su vergonzoso pasado.

—Esto es demasiado peligroso. Si

descubren lo que Jacqueline intenta hacer...

—Por eso estamos lejos de ellos. Tú eres lo único que puede hacer que Jack se descubra. Aunque tu apariencia pueda parecer la de un gitano... si una palabra sale de tus labios, se descubrirá que eres un pomposo aristócrata en un santiamén.

—Pero no me gusta que esté tan cerca de ellos. Esos estúpidos se comportan como si este lugar fuera suyo y tuvieran derecho a todo lo que hay en él, incluida mi esposa —murmuró William irritado.

—Ah, pero ése es un

comportamiento muy típico de los nobles: creer que todos vivimos sólo para servirlos parece ser su único pensamiento —indicó el jefe gitano haciéndole ver cuán terrible había sido su comportamiento en el pasado.

—¿Tan estúpido fui? —preguntó William al presenciar cómo los invitados exigían comida, bebida y diversión.

—Tú tenías excusa: eras muy joven... —respondió Giorgio cada vez más molesto con sus invitados—... pero ellos no la tienen —señaló cuando uno de ellos intentó hacer que Jacqueline cayera en su regazo.

—¡No puedo más! ¡Voy a destriparlos como vuelvan a poner sus manos en mi mujer!

—¡Qué pena que no seas tan bueno con los cuchillos como Jacqueline! De lo contrario, podríamos asustarlos un poco —manifestó Giorgio mientras una pérfida idea comenzaba a rondar por su cabeza.

—¿Y quién te ha dicho que yo no sé manejar los cuchillos con habilidad? Es algo de lo que no me gusta presumir, pero soy tan bueno o mejor incluso que mi esposa —confesó William sonriendo con malicia.

—Pero Jacqueline...

—Ella no lo sabe. Tengo que guardarme algún que otro as en la manga; después de todo, su temperamento puede llegar a ser muy peligroso.

—Bien, entonces juguemos, noble; ya me está comenzando a molestar el comportamiento de esos estúpidos. Es hora de darles una lección —sentenció Giorgio mientras se acercaba a los franceses con paso decidido, seguido de cerca por William, un hombre resuelto a que ninguno de aquellos personajes que se atreviera a tocar a su mujer siguiera con vida.

Jacqueline sabía lo peligroso que podía ser robar a esos hombres.

De hecho, William se lo había prohibido innumerables veces mientras ella intentaba calmarlo asegurándole que ésa era la mejor solución a su problema con el misterioso anillo.

Ya que ella insistía en hacer algo tan arriesgado, finalmente William le había confesado cuál era su última misión. Jacqueline había sonreído ante la desesperación que mostraba William por explicarle sus misteriosas escapadas y su silencio: William simplemente no podía revelar ningún detalle de sus

misiones a nadie, pues pronto podría descubrirse su identidad. Pero ante el miedo, desesperado por lo que pretendía hacer ella, su marido se lo había revelado todo intentando con ello hacerla desistir del robo.

Parecía que no la conociese: cuanto más peligroso, mejor, y si con ese acto su marido dejaba de visitar burdeles, estaba más que decidida a despojar a ese francés de su anillo y de todo lo que llevaba encima si hacía falta.

Se sorprendió mucho cuando vio cómo Giorgio se acercaba a ellos seguido de William, quien afortunadamente aún vestía sus ropajes

de gitano, que no le hacían destacar mucho entre los demás hombres del campamento.

Estuvo a punto de derramar el vino sobre uno de los tipos a los que estaba sirviendo cuando vio a su esposo hacer malabares con cuchillos y escuchó las palabras de Giorgio.

—Os presento a Ran, el esposo de esa vivaz pelirroja y el mejor lanzador de cuchillos del mundo. Para desgracia de todos, nació mudo, pero sus cuchillos lo expresan todo por él —presentó Giorgio jocosamente mientras hacía una burlona reverencia a los nobles invitados.

Éstos, entre las risas y el vino, apenas se percataron de las burlas de Giorgio y lo recibieron de buena gana para beber y compartir hazañas.

Los intentos de los franceses de incitar a la pelirroja a caer en sus regazos cesaron cuando William se levantó y clavó uno de sus cuchillos en el tronco donde permanecían sentados, a un milímetro de distancia del miembro de uno de los hombres cuyas manos eran demasiado largas para su gusto.

—¡Dios, tenías razón! ¡Es el mejor lanzador de cuchillos que he visto! — exclamó uno de ellos tremendamente sorprendido.

—Giorgio nunca miente —declaró el jefe gitano—. Por desgracia para todos, también es uno de los hombres más celosos que he visto; son muchos los hombres que han recibido sus heridas por culpa de su coqueta esposa —reveló Giorgio dedicándole una mirada supuestamente airada a Jacqueline.

Con los franceses pendientes de cada uno de los movimientos de los cuchillos de William, Jacqueline indicó a sus amigos que comenzaran en serio con los festejos y, tras una leve inclinación de cabeza, la música y las risas llenaron todo el campamento.

Las mujeres se reunieron con Jacqueline y todas juntas comenzaron a danzar junto al fuego, pero los ojos de todos siempre se desviaban hacia la salvaje pelirroja que parecía tener la música en la sangre.

Una y otra vez, Jacqueline bailó de forma insinuante alrededor de los invitados, dejándolos embobados, con leves roces de su falda y sensuales movimientos de piernas y brazos.

Cuando la música finalizó, ella concluyó su baile derrumbándose a los pies de los invitados y, cuando levantó la vista provocadoramente hacia ellos, fue William quien, enfurecido, la alzó

cogiéndola de uno de sus brazos y la arrastró fuera del lugar.

En el momento en el que William estuvo seguro de que nadie podía oírlos discutir, soltó el brazo de su esposa y comenzó con sus airadas recriminaciones.

—¡Nunca jamás bailarás para nadie! ¿Me oyes? ¡Para nadie! ¿Cómo se te ha ocurrido bailar para esos...?

Jacqueline acalló sus palabras sacando de su escote el preciado anillo.

—Ten —le dijo poniendo el botín en la mano de su sorprendido esposo—. En algunas ocasiones los hombres se distraen con mucha facilidad —afirmó

Jacqueline presumiendo de sus habilidades—. Además, tus celos están fuera de lugar. Sólo lo hice para conseguirte el anillo.

—¡Yo no estoy celoso! —rugió William—. Pero, como bailes para algún otro hombre que no sea yo, será mi cuchillo lo último que verá antes de irse al otro mundo. Así que no bailarás nunca para otro que no sea yo.

—¿Y eso no son celos? —preguntó Jacqueline con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—No, son derechos de esposo —declaró William arrastrando a su mujer hacia los caballos sin que ésta pudiera

dejar de reírse de su comportamiento.

Finalmente él también sonrió en el momento en el que dejaron atrás el campamento y se dirigieron hacia Londres.

Se suponía que todo saldría bien, que los hombres estarían demasiado borrachos para perseguirlos, que ellos llegarían rápidamente a Londres y luego él podría visitar a Morrison y entregarle el anillo junto con la posición de los espías franceses.

Pero nada salió como tenían planeado.

Uno de sus caballos se hirió en el camino y comenzó a cojear, por lo que los dos tuvieron que montar en un solo animal, ralentizando así su galope. Pronto se hizo de noche y, sin ninguna posibilidad de llegar a una posada antes del amanecer, buscaron por los alrededores un buen escondite que los ocultara de sus enemigos. Finalmente encontraron una pequeña cabaña de caza aislada del camino y decidieron descansar en ella hasta las primeras luces del nuevo día.

Ambos se desplomaron sobre un polvoriento colchón en el pequeño y sucio hogar que apenas consistía en una

mugrienta habitación provista de una mesa patizamba, con dos sillas bastante inestables junto a una abandonada chimenea y un mueble de provisiones lleno de telarañas. Se acurrucaron bajo una vieja manta y descansaron hasta el amanecer, seguros de que los franceses habrían puesto fin a su búsqueda.

A la mañana siguiente fueron despertados bruscamente por el ruido del galope de unos caballos que se dirigían hacia el lugar en el que ellos se encontraban.

William atrancó la puerta con el viejo armario de provisiones mientras se posicionaba al lado de la ventana con

una de sus pistolas. Ordenó a Jacqueline permanecer agachada y, antes de que los franceses intentaran nada, disparó y mató a uno de sus enemigos.

—¡Cerdo inglés! —gritó uno de ellos cubriéndose de un posible disparo—. ¿No creerías que no te habíamos reconocido, verdad, Camaleón? Sólo un espía como tú podría camuflarse igual de bien entre nobles y gitanos.

La respuesta de William fue un nuevo y certero disparo que hirió levemente a otro de los hombres.

—¿Cuánto crees que podrás resistir escondido en ese pequeño enclave, sin apenas balas y con una preciosa mujer

que podría acabar herida en cualquier momento? —increpó el espía regocijándose del aprieto de su rival.

Una masa de fuego pelirrojo se alzó por unos instantes y momentos después un cuchillo volaba muy cerca del hablador francés.

Desde dentro de la cabaña llegaron los gritos de un hombre enfadado.

—¿No te dije que te agacharas? —regañó el Camaleón a su esposa, mostrando sin saberlo su punto débil ante el enemigo.

—¿Sabes lo que haremos cuando nos hayamos encargado de ti? ¡Disfrutaremos una y otra vez de tu

gitana! Yo seré el primero en abrirla de piernas y luego se la pasaré a mi amigo, aunque tal vez no esperemos y la disfrutemos los dos a la vez. Estoy seguro de que ella está acostumbrada a eso y a mucho más —anunció uno de los franceses a la espera de la reacción de su rival.

William se levantó furioso dispuesto a cerrar la boca del miserable que se atrevía a injuriar a su mujer. Por desgracia, los espías esperaban su movimiento y los dos dispararon al unísono.

Una de las balas falló; la otra dio en su hombro derecho, dejándolo

inutilizado para seguir disparando.

En el interior de la cabaña William intentaba hacer entrar en razón a su esposa, mientras ésta, desesperada, taponaba su herida con la ajada manta para que dejara de sangrar, lo que parecía ser insuficiente en esos momentos.

—Escúchame bien, Jacqueline. Voy a salir de la cabaña, me rendiré ante ellos y, mientras estén distraídos, tú huirás y te pondrás a salvo.

—¡No! ¡No pienso dejarte aquí herido y en manos de esos asesinos! ¡Yo te ayudaré!

—Jacqueline, los espías vivos valen

más que los muertos, así que no me matarán —trató de razonar William—. Yo estaré mucho más tranquilo sabiendo que estás a salvo. Cuando llegues a Londres...

—¡No! ¡No te dejaré! —respondió Jacqueline entre sollozos.

—Cuando llegues a Londres —continuó William, ignorando las súplicas de su mujer—, puedes pedir ayuda a Oliver. Él sabe cómo encontrar a Morrison, mi contacto. Él sabrá qué hacer.

—¡No pienso abandonarte, William! ¡Yo te quiero! —confesó Jacqueline abriendo su corazón finalmente a su

marido.

William sonrió feliz por las palabras de su mujer.

—Yo también te quiero, cariño. Desde el primer momento en el que te vi bailando alrededor del fuego, cuando apenas eras una niña, me enamoré de ti. Pero no reconocí lo que sentía por ti hasta que te volví a encontrar y te tuve al fin entre mis brazos.

—¿Y en todo el tiempo que has tenido para decírmelo me lo confiesas justo ahora? —preguntó Jacqueline indignada—. ¿No podías habérmelo dicho antes, en un momento más romántico? ¿En una ocasión mejor? Me

lo dices ahora...

—Siento no tener rosas, Jacqueline —gruñó William—, pero... ¿sabes?... cuando una persona se está desangrando no suele prestarle atención a los detalles.

—Me lo has confesado ahora porque vas a morir; es eso, ¿verdad? —preguntó Jacqueline temerosa.

—No, Jacqueline, no voy a morir. Y, aunque sea sólo por una maldita vez, ¿podrías hacerme caso cuando te digo que te pongas a salvo? ¿Qué crees que te harán esos hombres si descubren que eres mi esposa? ¿Cómo crees que me sentiré yo sabiendo que te pueden hacer

cualquier daño, que todo lo que te hagan será por mi culpa?

—Te sentirás igual que yo si tengo que abandonarte para buscar ayuda y, cuando vuelva, estés muerto.

—¡Pues entonces date prisa! —rugió William dándole su arma y poniendo fin a sus protestas con un beso.

William salió por la puerta y distrajo a los hombres mientras ella, silenciosamente, se escabullía por una de las ventanas traseras de la cabaña. Jacqueline montó de prisa sobre el semental de William, poniendo rumbo a Londres con la mayor rapidez posible.

Tan sólo se atrevió a mirar a su

espalda una vez antes de huir, y con lágrimas en los ojos observó cómo William caía herido al suelo, mientras esos dos tipos reían a la vez que golpeaban el cuerpo abatido de su amado.

—¡Aguanta, William! —suplicó Jacqueline mientras corría tan veloz como el viento en busca de ayuda.

La rápida carrera de Jacqueline muy pronto fue interrumpida por la oscura sombra de un hombre a lomos de un semental color azabache.

El lúgubre personaje, que estaba

cubierto de pies a cabeza por un negro atuendo, no mostró signo alguno de ser enemigo o amigo cuando detuvo la montura de Jacqueline. Ella lo miró airada por hacerle perder un tiempo preciado para William y estaba dispuesta a huir cuando el hombre descubrió su rostro hasta entonces envuelto por un extraño pañuelo que cubría también su cabello.

Ambos se miraron confusos, reconociéndose por primera vez y confundidos por ello.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el extraño.

—Soy Jacqueline Turner; hasta hace

poco era Jacqueline de Withler.

—Lo suponía —concluyó el oscuro personaje sin soltar a su presa—. ¿Adónde vas? —quiso saber a continuación.

—¡Busco ayuda para mi esposo y no hay tiempo que perder! —anunció muy seria Jacqueline, moviéndose nerviosamente en su montura, al pensar en lo que estaría sufriendo su marido.

—¿Te sirvo yo?

—Eso depende de lo temible que seas —dejó caer Jacqueline como un reto.

—Oh, cielo, en estos momentos, para esos hombres soy el mismísimo

diablo —comentó jocoso sonriendo por primera vez.

—Entonces me sirves —decidió Jacqueline haciéndolo reír mientras marcaba orgullosa el camino a seguir.

—¡Qué narices estás haciendo aquí! —susurró William, furioso, para no delatar a su esposa, que en esos instantes estaba cortando con gran rapidez las ligaduras que lo ataban a un árbol.

—Salvarte la vida. No te preocupes, he encontrado ayuda —respondió Jacqueline a su marido, orgullosa.

—¡Joder, Jacqueline, no me mientas! Es imposible que hayas ido y venido de Londres en tan poco tiempo.

—He conseguido ayuda; tal vez no es la que tú esperabas, pero nos servirá.

—¿De quién has conseguido ayuda, y cómo estás tan segura de que lo hará?

—De mi padre —reveló Jacqueline—. Y está muy enfurecido porque, por lo visto, los franceses se han atrevido a usar su nombre haciéndose pasar por él para despistar a los ingleses.

En el momento en el que Jacqueline ponía fin a su confusa explicación, un oscuro hombre hizo acto de presencia ante los despistados franceses. Éstos,

nada más verlo, se pusieron rápidamente en pie, atemorizados, en busca de sus armas. La Sombra fue mucho más rápida, y dos de sus cuchillos volaron hacia las manos de los hombres, atravesándolas en el acto.

—No me gusta que nadie usurpe mi nombre —declaró siniestramente el personaje, acercándose a uno de los espías.

—¡Tú! ¡Tú... estabas mu... muerto! —tartamudeó el francés arrastrándose lejos de él—, ¡eres una leyenda, no existes!

—Cuando los franceses se deciden a matar a alguien, deberían asegurarse de

que está bien muerto... si no, esto es lo que ocurre —dijo el hombre señalándose—. Aunque, quién sabe, tal vez hice un trato con Lucifer y por eso estoy aquí —comentó jocosamente la Sombra descubriendo el rostro y mostrando sus rojos cabellos, por lo que los hombres temieron aún más su persona.

Sin apartar en ningún momento los ojos del hombre que se arrastraba, la Sombra indicó amenazadoramente al hombre que se hallaba a su espalda:

—Yo que tú, Chacal, no lo haría. No, si no quieres llegar a perder una de tus manos.

—Tú no puedes ser... —antes de que el espía terminara de hablar, con una rapidez asombrosa, la Sombra le arrebató el arma a su enemigo y golpeó su cabeza, dejándolo inconsciente. El otro francés, aterrado ante la presencia de una leyenda posiblemente salida del infierno, simplemente se desmayó.

A continuación, el oscuro personaje los ató a ambos y despojó a uno de ellos de su anillo, que arrojó al sorprendido William, quien admiraba ante sí a una leyenda viviente sin saber qué decir.

—Se suele decir «gracias» cuando alguien te ayuda, muchacho —indicó la Sombra a William ante su falta de

educación.

—Gracias, señor —repitió William, enmudecido por su asombro.

—Oí que me buscabas. Supongo que no lo hacías por cuestiones de estado, sino para informarme de que te habías casado con mi hija, ¿no es así? —preguntó el hombre algo molesto.

—No, señor, lo buscaba para que mi esposa pudiera al fin conocer a su padre, y para darle un rostro al hombre que la abandonó durante años dejándola a su suerte —recriminó William furioso—. ¿Sabe usted que mi mujer pasó años escondida en los bajos fondos, que su tío intentó matarla hace unos años y que,

cuando era una niña, por poco la venden como joven mercancía a un prostíbulo? ¿Dónde estaba usted mientras ella y sus hermanas sufrían estas desdichas?

—Hasta hace unas horas no sabía siquiera que era padre, así que hazme un favor y cesa de molestarme con recriminaciones que sólo a mi hija le pertenece reprocharme.

—¿Cómo podías no saber que existo? —preguntó Jacqueline confusa acercándose más a su marido para recibir el apoyo que tanto necesitaba en esos instantes.

—Yo era un espía francés, pero, después de conocer a tu madre, me pasé

al bando inglés, convirtiéndome en agente doble. Decidimos que, cuando nos casáramos, iríamos a Inglaterra a vivir. Pero, después de mi boda, los franceses comenzaron a sospechar y me retuvieron en sus calabozos durante años, entreteniéndome con torturas de lo más retorcidas —explicó la Sombra con ironía—. Conseguí pedir ayuda a los ingleses, pero éstos se desentendieron: siendo yo prisionero, ya no les servía. En el momento en el que hui de la prisión, poco me importaba la lucha entre franceses o ingleses. Fui en busca de lo único que me había mantenido cuerdo todos esos años, mi mujer. Pero

la hallé casada con otro. Habían pasado cinco años y yo había sido declarado muerto hacía mucho tiempo. Ella tenía una nueva vida, así que simplemente desaparecí. Nunca supe que una de sus hijas era mía, hasta ahora. Ha sido toda una sorpresa para mí hallar a la viva imagen de mi querida esposa con mis rojos cabellos. ¿Cómo dudar de que fueras mía?

—Mamá me hablaba por las noches de la leyenda de la Sombra. Siempre lo hacía con un tono nostálgico, así que supuse que eras mi padre. Cuando vi tus rojos cabellos, lo supe sin lugar a dudas —señaló Jacqueline dedicándole una

sonrisa a su padre.

—Y ahora que sabes que tienes una hija, ¿qué harás? —increpó William a la Sombra.

—¿Tú qué harías, Camaleón, si te persiguieran los dos bandos que te traicionaron para matarte a ti y a los tuyos? Haré lo que he hecho siempre: huir. Pero esta vez con una sutil diferencia: ahora que sé que tengo una hija, la vigilaré, y más vale que la cuides como el tesoro que es o caeré sobre ti como la leyenda que soy — sentenció el espía despidiéndose de su hija con un dulce beso y un cariñoso abrazo que le hicieron parecer más

humano.

Después de eso, simplemente cubrió su rostro y se marchó. En unos instantes había desaparecido tan súbitamente como había llegado.

—Si no sabía que existías, ¿cómo fue que os encontrasteis? —preguntó William.

—Había venido a matar a los que utilizaban su nombre, pero por lo visto decidió que era mejor dejártelos a ti —contestó Jacqueline señalando a los prisioneros franceses—. Por cierto, mamá sólo me contaba historias de divertidas aventuras de la Sombra, famoso espía francés que se burlaba

constantemente de los ingleses. ¿Por qué lo temen los franceses?

—Cariño, según los informes, ninguno de los espías franceses que lo apresaron sobrevivió después de que él escapara, y ningún inglés que lo haya enfrentado sigue aún vivo para contarlo.

—¿De verdad buscabas a mi padre por mí? —preguntó Jacqueline ilusionada.

—Sí, cariño. Damian me dio una lista de posibles lugares donde dar con él y diversos nombres que había usado la Sombra a lo largo de los años, y yo me estaba devanado los sesos para encontrarlo, pero nunca llegaba a nada.

—Y ahora que sabes que es mi padre, ¿qué harás? —preguntó Jacqueline cautelosa.

—Cuidarte mucho, por supuesto — bromeó William.

—William, en serio, ¿se lo dirás a Morrison? —quiso saber preocupada por el destino de una leyenda.

—Jacqueline, nunca haría algo que pudiera llegar a dañarte, así que, para mí, la Sombra es solamente una invención.

—Bueno, y después de entregar a los malos y devolver el anillo, ¿qué haremos? —planteó Jacqueline, arrojándose a los brazos de su marido.

—Creo que deberíamos tener una segunda luna de miel —comentó William.

—Perfecto, sé de un sitio donde nadie nos molestará —añadió Jacqueline susurrándole el lugar exacto al oído.

—No, Jacqueline, ¡ni hablar! Ahí no, si piensas que... —Las palabras de William se acallaron al ver la sensual figura de su mujer alejándose a la vez que movía sus caderas de modo atrayente—. Bueno, vale, tú ganas. ¡Pero sólo bailarás para mí! —decidió William olvidándose de todo excepto de su esposa.

Capítulo 13

—Christian, por más que me intentes convencerme de que tu primo se ha casado con alguien inadecuado, sé que eso no es verdad. Mi hijo es ahora un soldado condecorado, serio y recto, que nunca se dejaría engañar por unas faldas

—señaló lord Maximilian Turner mientras recorría sus tierras a caballo.

—Pero, tío, ella es vulgar y completamente inapropiada para asumir el título de condesa —comentó Christian, poniéndose a la par con su jamelgo.

—Christian, no digas tonterías. A mis oídos han llegado noticias sobre que es pariente del conde de Cousland. Ninguna señorita que tenga parentesco con ellos puede ser indigna de mi hijo.

—Pero me amenazó, tío, y mi primo no hizo nada sino retarme.

—Seguramente pusiste las manos donde no debías. Alégrate de que tu

primo no decidiera cortártelas —zanjó Maximilian, harto de las múltiples quejas de su sobrino.

—¿Adónde vamos, tío? —preguntó Christian sin dejar de seguir a Maximilian con constantes quejas sobre su primo.

—Los gitanos han vuelto a acampar muy cerca de mis tierras y quiero asegurarme de que haya paz en todo momento, así que pienso hacerles una visita.

—Ah, tío, se me olvidó decirte que ella es pelirroja —declaró Christian llamando la atención de Maximilian.

—Ahora estoy totalmente seguro de

que inventas falacias sobre tu primo. Mi hijo nunca, nunca, se dejaría atrapar por una mujer cuyos cabellos fueran tan vulgares.

Justo cuando el conde de Wilmore terminaba de pronunciar estas palabras, hallaron a una pareja de amantes revolcándose en los prados. En un principio el conde sonrió recordando sus tiempos de juventud, pero, cuando fijó sus ojos en el hombre que vestía con gastados ropajes de vivos colores similares a los de los gitanos, descubrió que éste le era familiar, por lo que decidió acercarse un poco e interrumpir a la amorosa pareja.

—William, creo que tenemos compañía —susurró la sensual pelirroja ante el carraspeo de lord Maximilian.

—Tú simplemente ignóralos, gitana mía; ¿por dónde íbamos? —comentó insinuante William mientras besaba el cuello de su mujer.

Jacqueline lo apartó de ella entre carcajadas y se incorporó mientras reprendía a su esposo.

—Cariño, creo que tenemos visita. Ese hombre es igual a ti, pero más viejo y con barba. Creo que puede ser mi suegro —señaló Jacqueline a su marido.

William se incorporó y observó a la pareja de jinetes que los juzgaba desde

sus altas monturas.

Alegremente, se sacudió la hierba de la ropa y abrazó con fuerza a su mujer mientras dirigía una mirada despreocupada a su padre y anunciaba:

—Padre, te presento a mi mujer, lady Jacqueline Turner, futura condesa de Wilmore.

Lord Maximilian miró a su hijo con severidad.

—¡William, tenemos que hablar! — indicó impasiblemente, dirigiendo una mirada de desprecio a la mujer que abrazaba su hijo.

Christian sonrió pérfidamente ante la indignación de Maximilian y la posible

reprimenda que desheredaría a su agraciado primo. En cambio, William le devolvió la sonrisa haciéndole saber lo poco que le importaba en esos momentos satisfacer los deseos de su querido padre.

A pesar de que su matrimonio podía dejarlo sin nada, William parecía muy feliz.

Por primera vez en años, Christian volvió a tener celos de su perfecto primo.

—¡Es tremendamente inapropiada!
—gritó Maximilian mientras se paseaba

nervioso por su regio estudio reprimiendo a su estúpido hijo, que a su entender había perdido la cabeza.

—Es tremendamente apropiada — contestó William, contradiciendo a su querido padre sin apenas alterarse.

—Su comportamiento es grosero.

—¿Por qué? ¿Porque por primera vez alguien desdeñó tu dinero? Créeme, a ella no le importa si me desheredas o no — comentó sin preocupación William mientras se servía un buen trago para calmar su enfado.

—¡Me dijo que me metiera el dinero por donde nunca me da el sol! — recordó Maximilian indignado.

—Padre, intentaste sobornarla con dinero para que me abandonara.

—Y quizá habría funcionado si tú no hubieras estado delante, esa clase de mujer...

—Padre, su fortuna, aún compartida con sus hermanas, es superior a la tuya.

—¿Cómo puede ser eso posible? —preguntó Maximilian asombrado ante las palabras de su hijo.

—Antes de ser una Turner, pertenecía a la familia de Withler.

—Una Withler, dices, ¿cómo es eso posible? Los Withler son una de las familias más prestigiosas y antiguas de Londres. Aun así, es altamente

inapropiada, ¿no podías haberte buscado una mujer como Eleonor? —reprendió Maximilian.

—Padre, ninguna de las mujeres de esta Temporada me servía. Yo quería una salvaje gitana de llamativos cabellos pelirrojos —señaló William a su progenitor entre felices carcajadas mientras apuraba el licor de su copa.

—¡Estás desheredado! —gritó el conde de Wilmore decidido a darle una lección a su hijo por su mala elección.

—Como gustes, padre —contestó jocoso William mientras realizaba una irónica reverencia y salía de su estudio riéndose del estúpido intento de su

padre por intentar ordenar su vida.

¿Acaso no se daba cuenta de que, desde que conoció a Jacqueline, su vida era un caos? ¡Pero qué caos tan placentero!, pensaba William mientras se precipitaba escaleras arriba en busca de su adorada esposa.

La Sombra era un engaño, ni siquiera era la Sombra verdadera, sino un simple Chacal. Ahora tengo que ver cómo la promesa de la muerte de William se deshace. Pero aún puedo verlo sufrir. Aunque él es demasiado peligroso para atacarlo de frente,

siempre puedo ver desde lejos cómo se derrumba ante la desgracia de la muerte de su esposa. Porque, por increíble que parezca, él la ama verdaderamente, y eso me enfurece aún más.

¿Cómo se atrevía ese viejo chivo a insultarla creyéndose superior por tener dinero y un título? No era de extrañar que William fuera, en ocasiones, tan pomposo si ése era el ejemplo que había tenido que seguir.

Jacqueline se había resignado a esperar en la antigua habitación de

William a que éste terminara su discusión con su padre a pesar de sus deseos de clavar un cuchillo en el trasero de su suegro para que éste dejara de gritar «lo tremendamente inapropiada» que era ella para su adorado hijo.

Esperaba que William la defendiera, porque, si no, iba a pasar unas cuantas noches durmiendo solo y...

Sus pensamientos y desvaríos fueron interrumpidos cuando la puerta se abrió y en la estancia se adentró una insulsa y poco agraciada mujer vestida con un recatado y digno vestido blanco que hubiera representado la perfección del

decoro si no fuera porque en una de sus manos portaba un arma que apuntaba hacia ella.

Cerrando la puerta tras ella, entabló una conversación como si el entrar armada en una estancia fuera lo más normal del mundo. Definitivamente esa mujer no estaba en sus cabales y, por desgracia, ella parecía estar en el punto de mira de esa loca que no paraba de mover su arma mientras explicaba su astuto plan.

—Tú eres su debilidad; sólo tengo que matarte y él sufrirá. Ya que William no pudo ser mío, y me tuve que conformar con su primo, que nunca

llegará a conde, yo no soy feliz por su culpa. Tenía que haber sido William, no Christian. Como la Sombra no lo mató y yo no me atrevo a hacerlo, te mataré a ti y así él será infeliz, porque él te ama... ¿Por qué nadie me ama a mí? —continuó desvariando la ida mujer, sin dirigirse a nadie en particular.

—Porque estás loca —contestó Jacqueline deseosa de haberse mordido la lengua cuando unos ojos airados se alzaron y el arma apuntó esta vez más amenazadoramente a su persona.

Su ejecución fue pospuesta cuando su amado esposo aporreó la puerta como un energúmeno reprendiéndola por

haberle prohibido la entrada a su dormitorio una vez más.

—¡Jacqueline! ¡Abre de una maldita vez! ¡Ya te advertí de lo que pasaría si te encerrabas de nuevo detrás de una puerta!

—¡Deshazte de él! —susurró la loca.

—Como tú digas; después de todo, eres tú la que tiene el arma —respondió con burla Jacqueline, intentando ocultar una sonrisa ante lo que se avecinaba.

—William, no pienso abrirte la puerta, ¡así que márchate!

Tras estas palabras, la reacción de su marido no se hizo esperar: de una

violenta patada, William derribó la puerta, que fue a caer justo encima de la loca que la apuntaba con un arma, dejándola inconsciente.

—¿Qué hace Eleonor debajo de la puerta? ¿Y por qué tiene un arma? —preguntó William sorprendido.

—Querido —señaló Jacqueline mientras le quitaba el arma a la mujer enajenada y se la tendía a su marido—. Acabas de encontrar al enlace con los espías franceses. Está como una regadera y por lo visto planeaba verte muerto —simplificó Jacqueline, pasando por encima de la puerta hacia la salida sin molestarse en levantar antes a

la inconsciente mujer.

—¡Qué ocurre aquí! —exclamó lord Maximilian algo confuso y enfadado ante la escena que halló ante él al subir las escaleras de su hogar.

—Aquí tienes a tu preciada mujer perfecta. ¡Qué pena que esté como una cabra y vaya a ser encarcelada por ayudar a un espía! —indicó irónico William a su padre mientras ataba a Eleonor con las cuerdas de las cortinas —. Voy a mandar llamar a Morrison. Yo que tú, no la desataría hasta que él venga si no quieres meterte en problemas — advirtió William a su severo padre, quien por una vez permanecía en un

inmutable silencio ante lo que ocurría.

—Por mi parte, padre, yo me voy con la que, según tu parecer, es inadecuada. Tal vez cuando tenga un heredero te mande llamar. Mientras tanto, estoy demasiado molesto con tus opiniones sobre mi esposa para ser educado —concluyó William marchándose de allí con su adorada mujer para continuar con su interrumpida luna de miel.

Epílogo

—Con certeza, tu mujer aún me guarda rencor —señaló Maximilian a su hijo.

—No te quejes, padre; por mí, que hubiera tardado algún que otro año más en perdonarte —reprendió William a su arrogante padre.

—Estoy seguro de que lo ha hecho para fastidiarme —recriminó el conde de Wilmore a su hijo.

—Lo dudo mucho, padre.

—Sólo a ella se le ocurre tener una niña, en vez del esperado heredero. Sin duda alguna estará sonriendo complacida ante mi enfado.

—Padre, te puedo asegurar que, si mi esposa sonrío, es de felicidad por nuestra hija y no por tu enfado.

—¿Y qué hago ahora? —protestó enfurruñado Maximilian.

—De momento, coger a tu nieta —comentó William despreocupado mientras depositaba a su hija en brazos

de su abuelo.

—¡Es pelirroja! —protestó una vez más el aristócrata.

El bebé de apenas unos días sonrió a su abuelo y le tendió su manita cogiendo uno de sus robustos dedos en su pequeño puño.

—Es muy bonita, y parece inteligente, en eso se parece a mí. Tendrá que ir a un buen colegio y... William, ¿por qué huele tan mal? —preguntó el noble asustado, devolviendo a su nieta a los brazos de su hijo.

—Sin duda alguna, padre, te ha contestado ante tus planes para su futuro —respondió William entre carcajadas

llevando a su hija con Jacqueline para que la cambiara.

—Al parecer ha sacado el carácter de su madre —dijo Maximilian antes de que su hijo saliera del estudio donde estaban reunidos.

—¿Se molestó? —preguntó Jacqueline mostrando una sonrisa de deleite en su rostro desde el lecho donde descansaba.

—Mira que eres malvada. — William sonrió mientras le tendía a su hija.

Una vez que la pequeña estuvo

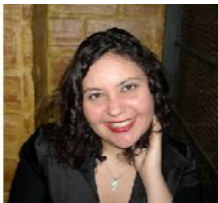
limpia, William volvió a coger amorosamente a su pequeña.

—Se indignó por el hecho de que fuera una niña, y le molestó sumamente que sus cabellos fueran color fuego —comentó William a su esposa sin apartar los ojos de su hija.

—¿Y a ti? ¿Te molesta que sus cabellos sean rojizos? —preguntó Jacqueline preocupada.

—Sin duda, en una cosa tengo que darte la razón: siento una tremenda debilidad por las pelirrojas —concluyó William mientras besaba con cariño los dos nuevos tesoros más importantes en su vida... su mujer y su hija.

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de

humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su pasión por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Juego de conquista

Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código

Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Subbotina Anna / Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16054-0

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí
tu próxima
lectura!**

NOVELA **ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes
sociales!**

